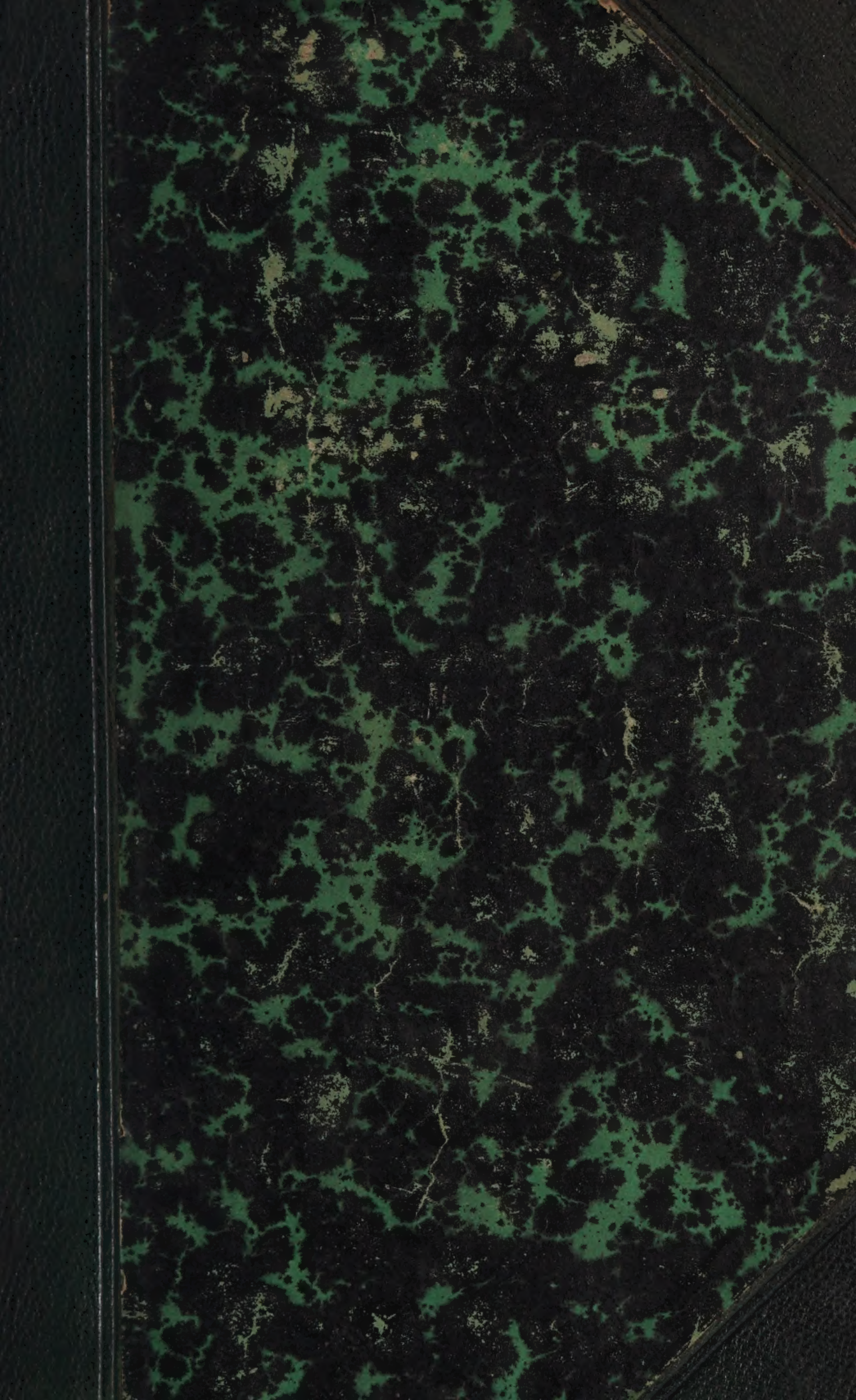


CUADROS

DE

COSTUMBRES POPULARES

ANDALUCES,

POR

FERNAN CABALLERO.



Sevilla.

IMPRENTA: LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANGERA DE D. JOSÉ M. GEOFRIN, CALLE DE OLAVIDE NÚM.S 4 Y 5.

1852.


THE CITY OF BOSTON * LIBRARY * BOSTON *

PRÓLOGO.

El pintor de costumbres, el fisiologo, el buscador de tipos, ha escogido siempre los asuntos de sus cuadros en todas las clases de la sociedad; esto es un hecho, y no lo referiríamos, á no ser por que algunos parecen ignorarlo, y mirar con menos precio los populares.

Si en todos los paises cultos ha sido el pueblo descrito por los novelistas de primer órden, si su poesía y sus leyendas han sido recogidas con ánsia por sus mas grandes poetas, si su lenguage enérgico y florido ha sido estudiado por sus mas ilustrados escritores, y todo esto ha sido celebrado y gustado de la mas culta literatura, (1) con cuánta mas razon deberá hacerse en nuestro pais y particularmente en Andalucía, en donde se encuentra el pueblo mas caracterizado, mas agudo, mas entendido, mas naturalmente elegante y delicado, teniendo las mas enérgicas pasiones y las mas graciosas ideas de esas de que dice Henri Blaze, que la tradiccion echa á volar en gérmen y á las que dá vida la poesía.

Hay personas que no conciben que haya en el pueblo, mas originalidad, mas fisonomía, mas individualidad, mas poesía que en las clases mas altas de la sociedad civilizada, ó bien que gustan mas ver pintados lugares comunes con

---

(1) Con qué encanto no se leen en la Revista de DEUX MONDES, que es una de las mas importantes publicaciones de Francia, los cuadros de costumbres populares que publica el afamado Emile Souvestre? ¿con qué estudio, afan y buen gusto ha recogido las espresiones, refranes, y comparaciones de las gentes que pinta? ¿con qué estudio sus costumbres y el giro de sus ideas y de sus sentimientos?

frac, que no originalidad con zamarra; esto nada tiene de estraño, pero tampoco lo tiene el que otros prefieran lo último.

A estos dirigimos nuestros bosquejos, deseando que otros con mas talento hiciesen en su provincia lo que en la nuestra: qué lindos cuadros veríamos ya de Galicia con su divino campo, su hermosa raza y pintoresco trage, ya de Valencia, ese jardin y sus ligeros y airosos habitantes; de la grave, triste y Señora Castilla, de Cataluña, de Aragon, de la preciosa Navarra, en fin, de todas; ¿pues qué provincia hay que no tenga sus bellezas, su fisonomía peculiar, su carácter propio y sus tradiciones, que no amen sus hijos, que no sientan y puedan cantar sus poetas?

Ojalá que un entendido é ilustrado editor se propusiese formar un album que contuviese un cuadro de costumbres de cada provincia, en los cuales los escritores encerrasen una descripcion de su campo, de sus pueblos, de las costumbres y del carácter de sus habitantes, y que á estas acompañasen dibujos! podríamos pronosticar á esta publicacion una gran popularidad y un brillante éxito.

Fernan Caballero.



LA NOCHE DE NAVIDAD.

Esta noche es Noche-buena,
Y no es noche de dormir,
Que está la Vírgen de parto
Y á las doce ha de parir.

Era una nublada y fria noche de diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecia cerrar los ojos y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigoroso frio. Una partida de soldados habia llegado tarde á un pueblo en que solo debian descansar unas horas, y despues proseguir su marcha hácia un puerto de mar en el que debian embarcarse para América.

Notó el oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, una animacion, estraña en un pueblo tan quieto, y mas á esa hora. Aunque no distinguia bien los objetos por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hácia allá sin

ser notado. ¿Qué podría ser? ¿Qué se intentaba? Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En *ca* de tia Belem hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

—Y en *ca* de tia Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—En *ca* de tia Belem hay tortas, repuso con energía la voz anterior.

—Y en *ca* de tia Beatriz buñuelos y mistela, contestó el tiple con brío.

—¡Pues vamos allá! gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tia Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivía sola con una *vieja* que le servia de *moza*; esta vieja que tenia un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tia Pavona, porque su marido habia tenido por nombre el tío Pavon; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habianla colocado una *a* al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasion, porque la tia Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisco, podia darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones habia llegado en casa de la tia Beatriz que estaba llena de bote en bote.

—Ea, largaos, que no se cabe, fuera la polilla.—Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tia Pavona, que á la sazon se hallaba en el zaguan, añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cer-

rando los ojos. Los recien llegados no hicieron caso ninguno ni se dejaron intimidar.

—Cuela tú, Juanillo, dijo al oido del mayorcito la voz del tiple que bajó al suave susurro de un céfiro, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hácia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tia Pavona, que lo queria retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demas lo siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabon.

—Mal hayá vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer!-gruñía la tia Pavona; por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar, ahí están ellos, es decir, en todas partes, ¡Qué plaga de GITO! Que no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!!!

—Válgate Dios, tia Pavona, dijo la viuda que acertó á pasar por allí; déjelos V. ¿No sabe V. que hoy es la fiesta de ellos, hoy, la santa noche buena?

—Su fiesta es la de todos los dias del año, contestó la tia Pavona; ¿en dónde por ventura no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comejen! ¡Langosta ¡Jesus y que bien vendría otro Herodes!

—Tia Pavona, que entren todos, que el niño Dios los quiere al rededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones.—Pero ¿quién es el que ha visto un nacimiento y no lo ha sentido?—Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantás-

tica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucificado un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, el que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel para dejar libre paso á los tres reyes, que en las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inesplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pasen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os dá frio aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os dá ganas de calentaros aquella hoguerita tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tambien un rio helado, los peces, las tortugas, los cangregos, que están con toda comodidad sobre el cáuse de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vése aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un raton colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; mas allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño, un toro se vé en igual contienda en punto á sus cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro

partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores. Y sobre todo, ¿no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente: en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir, aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos puestas allí con tanta buena fé y tanta devocion, nos parecen animarse y recibir alma de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guia á los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yase el Dios hecho hombre nos parece brillar, no por las luces que transparenta sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas, y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta mas alegre, mas sencilla, mas tierna y al mismo tiempo mas elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que mas le complace, la inocencia, la fé y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena*, mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, á qué punto está instruido de ella, y cómo la esplica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-buena, que aquí trascribirémos, escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de espresarse dá á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuidad*; tienen una buena fé que con-

mueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Dia llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demas paises de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares como se buscan las fuentes de todo rio.

Cuando los niños entraron cantaba una muchacha.

Cuando el Eterno se quiso hacer niño
Le dijo á un ángel con mucho cariño:
Anda Gabriel, vete á Galilea
Allí veras una pequeña aldea;
Es Nazaret su gracioso apellido;
Junto á una casa hay un ramo florido;
En esa casa, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene
Está casada con un carpintero,
Y aunque es muy pobre, yo así la quiero.
Dile que quiero en ella hospedarme,
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.
Fué el santo ángel bebiendo los vientos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vió á la hermosa María
Le ha dado el encargo con que Dios le envia.
Dios te salve, dice, con gran alegría
Dios te salve, reina y dichosa María,
El Señor es contigo y bendita tu eres,
Unica escogida entre las mugeres,
Y bendito el fruto que has de dar á luz
El rey de los cielos y tierra, Jesus.

Acabado este canto, cantado con su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de las infinitas coplas sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unian en el

estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluia una copla, los dos niños que habian bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban, y esclamaban: *¡Por tí!*

No es posible esplicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla esclamacion: *por tí.*

¿Y qué significa esa frase *por tí*?

¿Vos no lo habeis comprendido? Será porque la veis friamente estampada sobre el papel, pero si la hubiéseis oido de aquellos lábios fervientes é infantiles; si hubiéseis observado en aquellos espresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubiérais conocido, como nosotros, que decia *por tí* nuestra alegría, *por tí* somos cristianos, *por tí* somos felices, *por tí* seremos salvos, *por tí* laten nuestros corazones, *por tí* cantan nuestros lábios, *por tí* queremos vivir, *por tí* queremos morir. Todo, todo, *por tí.*

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal,
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
El redentor de las almas,
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen esos instrumentos.
Y alégrese el mundo que ha nacido Dios.

Esta noche nace el niño
Entre la paja y el hielo,
Quien pudiera, niño mio,
Vestirte de terciopelo.

En el portal de Belen
Hay estrella, sol y luna:

La vírgen y San José
Y el niño que está en la cuna.
En Belen tocan á fuego,
Del portal sale la llama,
Es una estrella del cielo,
Que ha caido entre la paja.
Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Egipto aquí,
Y al niño de Dios le traigo
Un gallo quiquiriqui.
Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia
Y al niño de Dios le traigo
Lienzo para una camisa.
Al niño recien nacido
Todos le traen un don;
Yo soy chico, y nada tengo,
Le traigo mi corazon.

En este momento se oyó la voz de la tia Pavona, cancerbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior, pues por entre el grupo de hombres que de pié estaban á la entrada de la sala, se vieron asomar simultáneamente cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabia si existian, de tal suerte se habian encogido y embutido entre las capas de los hombres; de suerte que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

—¡Un sarampion! ¡Un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y que bien que nos vendria un sarampion! Desde que dieron con la *vajuna*, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se mue-

re. ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loqueo.

Los hombres que oian regañar á la tia Pavona se pusieron á cantar:

Una pandereta suena
Yo no sé por dónde vá,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal;
Y dijo Gaspar
Que por buena que sea una vieja
Ni el mismo demonio la puede aguantar.

Restablecida un poco la calma que esta invasion de infantiles conquistadores habia producido, se apareció el alcalde precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde habia sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y habia tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no habia que pensar en que Beatriz mudase de estado. Habríase Beatriz dejado arrancar el corazon antes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecia preferible á todos, mas tranquilo que ningun otro, y mas cercano á la perfeccion á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenia cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parceria con la viuda. En cuanto á Florin era amigo íntimo de la tia Pavona, y como los muchachos lo molian y perseguian terriblemente á causa de su estraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de 20 años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseia muy buena voz, y tenia un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo los demas vuelto á cojer la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

Pues la noche está fria
Y está serena,
Canten los villancicos
De Nochebuena (bis)
El niño ya ha nacido;
Venid, pastores,
No le temais al frio
Ni á sus rigores. (bis).
A un portalito pobre
Se han retirado.
Donde el buey y la mula
Lo han albergado. (bis).
En ese portalito
Su cama ha sido
Una poca de paja
Que han recojido. (bis).
Aunque en Belen te vea
Tan pobrecito (bis)
Te creo rey poderoso
Pero muy rico,
Que á conquistar bajastes
Todas las almas,
Pero sin armas (bis).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La vírgen lava pañales,
Y los tiende en un romero,

Los pajaritos cantaban,
El agua se iba riendo.
La Vírgen estaba lavando
Las pobrecitas mantillas,
Y San José las tendia
Al sol en las maravillas.
Mientras cortaba la tela
Y hacía las camisitas
Cuántas lágrimas de amor
Corrian por sus mejillas.

Entró á la sazon un pastor, pariente de Beatriz con su zamarra, sus alforgas, su chivata. Venia del campo, como lo atestiguaba el olor á tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relacion, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fué esta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena
A las doce de la Nochebuena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno.
Y los angelitos,
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado,
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Unas luces muy resplandecientes,
Y luego al momento
Por quitarse de ese pensamiento,
Si era cosa mala

Un mocito de aquellos con álas,
Les dice: zagales,
Arrimaos aquí á estos portales;
Ninguno se asombre
Que esta fiesta se hace por el hombre,
Con este consuelo
Los pastores bajaron de un vuelo.
Llegan al establo
Y del cielo hallan un retablo:
En un pesebrito
Ven á un niño con su refagito,
Y por todos lados
Ven ángeles arracimados
A la dulce madre
Y á su esposo, que nunca fué padre,
Ven dos animales
Recostados sobre los umbrales.
Pidiendo licencia
Se entraron con gran reverencia:
Llegan á la Vírgen
Se arrodillan y humilde la dicen:
Señora del cielo,
¿Cómo á Dios teneis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora paristeis al mundo;
Mi niño, no llores
Que nos quemas con agua de amores; (1)
Adios, gran Señora,
Padre Pepe, adios por ahora
Que vamos á casa
A ofrecéroslas todas sin tasa.

---

(1) ¿Qué poeta calificó jamás mas bellamente las lágrimas?

Adios, mi niñito,
Descansad y dormid un poquito.
Adios, señor buey,
Señor mulo, con Dios os quedeis.
Y así van saliendo
Los pastores, y á Dios bendiciendo.

—¡Otra, otra! clamó el auditorio á una voz.

—¡Otra, tio Gaspar! ¡Así Dios os dé salud! Tia Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frio como sed, gritó el alcalde.

—Toda la mistela se la ha dado la tia Pavona á Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

—Es muchísima mentira, dijo con su agria voz la tia Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hácia el grupo de niñas. Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca por tu tejado
Vá subiendo una culebra;
Madre, como pica el sol;
Mas pica una mala lengua.

—¿Burlarse de las canas? ¿Quién vió eso? decia furiosa la tia Pavona á su amigo Florin.

—El mundo anda perdido, contestaba este.

Entre tanto Gaspar habia bebido su vaso de mistela y recitaba la relacion pedida.

Hácia Belen caminando
Iba una niña preñada,

Montada en un jumentillo,
De un anciano acompañada.
Vamos, vamos de prisa
Porque ya la noche viene,
Y quizás no encontraremos
Casa donde nos alberguen:
Abre, abre, mesonero,
La puerta de tu meson,
Que está Maria de parto,
La traigo en el corazon.
Salió al punto el mesonero
Diciendo: ¿quién es quien llama
Con tanta prisa á mi puerta,
En una hora tan mala?—
Yo soy, le respondió el santo,
Que vengo á pedir posada
Para un pobrecito anciano
Y una doncella preñada.
El mesonero responde:
Vaya San José con Dios,
Que yo no quiero esta noche
Mas ruido en mi meson..
¡Ay! Dános albergue
Hazlo en caridad.
¡Que el vernos tan pobres
Te mueva á piedad!—
No doy posada ninguna
Si no me aprontan la paga;
Que con recoger á pobres
Mi bolsa no gana nada.
El mesonero era tuerto,
Y al cerrar el aldabon,
Se le saltó el otro ojo,
Que fué castigo de Dios:

Y bien merecido;
Por tan temerario:
Ya puede vender
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pié, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesion que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la Iglesia ha instituido, es eterno como todo lo suyo:—Vense al poderoso tiempo, destruye al ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que por él oran. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oracion, que fué seguida de la domínica. (1)

Animas benditas fieles
Que en el purgatorio estais,
Tremendas penas pasais
Y tormentos mil crueles.
El Señor que os redimió
Tenga por bien el llevaros
A la gloria que os ganó.

No parecia sino que la campana de la Iglesia, al imponer con su grave voz silencio, habia tenido dos fines para hacerlo, y que despues de implorar el socorro es-

(1) Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse á Dios, porque domínico es lo perteneciente á Señor ó amo.

piritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspension de la alegre algazara á que llegase á oidos de todos, apenas hubieron concluido la oracion, un quegido.

¡Dios mio! ¿á quien no estremece un quegido? ¡un quegido que es un llamamiento á la humanidad! ¡un quegido que es á veces el triste desahogo de la mansa resignacion, á veces el desatinado gemido de la angustia,. á veces el brote de la desesperacion, y á veces el estertor de la muerte! ¿Qué corazon no saltó en el pecho que lo encierra al oir un quegido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no prestar socorro? ¿qué corazon hay de hierro que un quegido no hiere como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

¡Dios mio! ¿quién puede oir esa suprema espresion del sufrimiento, aunque sea en un pobre animal, privado de todo, hasta de la compasion y no acudir en su ausilio? No lo concebimos, y confesamos que todas las demás culpas de los hombres, al lado de esa, nos parecen pequeñas. Y allí hallamos la atroz y doble inhumanidad de la pena de muerte, y es enseñar á todo un pueblo á presenciar inerte, y sin volar á socorrerlo, la muerte dada voluntaria y premeditadamente á un hermano criminal. ¡Oh si! ¡La civilizacion, si es que progresa, (1) acabará con esa tremenda licencia del hombre contra el hombre! ¡La pena de muerte, ese crímen de lesa humanidad desaparecerá! ¡Pero esta santa reforma no la harán los novadores revòlucionarios, la ha-

(1) Aunque de esto dudamos, apoyando nuestro juicio, entre otras muchas autoridades, en la del famoso Cárlos Nodrier. Ese ilustrado y sábio literato, ese gran bibliófilo, miembro de la Academia, cuyo gran saber y ameno talento se grangeó tan universal

rá la civilizacion con su legítima bandera, la religion cristiana!

El primer quegido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que esperimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia al oir el triste quejido que les llegaba de fuera en donde reinaba la noche tan fria y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oirse poco despues el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hácia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos, porque apenas habia salido Beatriz cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mugeres en general, y de las españolas en particular, sobre todo si esta se egerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban rodearon á la viuda, y las esclamaciones de lástima, de cariño y de dolor que como un santo coro saludaron á la abandonada criatura; en cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima

---

simpatía entre todos los partidos en Francia, en particular en el liberal á que pertenecía, dice así en sus *Melanges*:

«No hay polingenesia (voz de la química, que vale lo mismo que regeneracion) específica para la actual organizacion del hombre. Si las especies tuvieran ese privilegio, el metal habria vegetado, la planta habria sentido, el animal habria pensado, y siguiendo esta perfeccion progresiva, estaríamos nosotros en camino de la comprension. Nada de esto ha sucedido desde el dia inmemorial de la creacion, que encerró á los séres en ciertas posibilidades de progreso.»

Estas posibilidades, hubiera podido añadir el sábio pensador, están contenidas y marcadas en el Evangelio.

viva; abrigaba contra su latiente pecho el arrecido y desfallecido espósito; calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piececitos al brasero. Las mugeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traia de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvia á hacer circular activa su sangre: por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz llamando á su madre. Tendria la pobre criatura abandonada sobre dos años; traia puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raido.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Habia su madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luego como allí espuso al niño. Es imposible que las personas mas cultas y delicadas discurriesen mas consuelos y mas alhagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es, que la verdadera delicadeza es hija de la bondad y tiene su fuente en el corazon! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondia á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la estrañeza y repulsa que le inspiraban las caras estrañas de que se veia rodeado; quien lo logró fueron los demás niños. Este mondándole una castaña, el otro dándole un bizcocho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas le dijo: misi gatito, pan con ajito, etc., las lágrimas se secaron y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemian en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros,

y mas bellas y alegres que antes, porque en ellas brillaba la santa satisfaccion que comunica al hombre la buena accion que se ha hecho; porque digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretacion y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace trae aun en este mundo su recompensa interna y esterna; el que diga lo contrario es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres mas caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció al rededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solia decir: «Muchos se quejan de la ingratitud y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna.» Este hombre era nuestro padre! Perdónesenos el santo orgullo que nos mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh, caridad, virtud de las virtudes, placer de los placeres! Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¡qué sería el mundo sin tí!

—¿Cómo te llamas? preguntaba Beatriz al niño que todos seguían rodeando.

—Memé, memé, respondió el niño.

—Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

—¿Comadre, y qué va Vd. á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

—¿Y qué he de hacer? contestó la buena viuda; quedarme con él, ampararlo, prohijarlo. ¿No veis, compadre que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparado, de hambre y de frio, me lo envia el niño de Dios? ¿Habia de cerrarle mi puerta? ¿Habia de desentenderme del llamamiento? ¡No lo per-

mita Dios! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltacion que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al nacimiento: «Señor, dijo, tú me lo envias; por tí lo prohijo, en tí le seré madre, por tí hago esta obra de misericordía, *por ti*; *por ti.*»

—¡Bien hecho! ¡bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer, que quien bien hace para sí hace.

Cuando dígimos que todas las caras sonreian, dijimos mal, porque una habia que lejos de prestarse á hermosearse con esta gala del rostro, se habia encapotado mas de lo acostumbrado; era esta la de la tia Pavona, que decía á su amigo Florin: «Habráse gran picarona que haya abandonado á su hijo! amigo, no tenerlos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¿Pues qué, no hay mas que echar hijos á puerta agena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Herege! ¿Si se habrá figurado esa judía que esta casa es la inclusa? No, no, en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños! ¡de ellos nos libre Dios! ¡Con que los propíos son, y no son mas que pensadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me *destetuanaron*, Florin, y cuando fueron mozos se los llevó el rey, y los franceses de Napoleon, malditos sean, me los mataron; de manera, que despues que les dí todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oir la perentoria declaracion de Beatriz, de prohijar al pobre expósito, la tia Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho muy resuelta á quedar completamente estraña á la crianza de ese niño.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



EL DIA DE REYES.

Segunda parte.

Los tres reyes del oriente
caminan con agua y frio,
hasta llegar al portal
á ver al recien nacido.

Los reyes magos caminan
guiados por una estrella,
hasta llegar al portal
donde hallaron la mas bella.

Seis años habian pasado; seis años en los niños traen estraordinarias mudanzas. El pobre espósito, pero que tan feliz amparo halló en la casa de Beatriz, se habia hecho un hermoso muchacho, que á la sazon contaba ocho años. Era este niño tan bonito, y habia sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocian, hasta de la tia Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le era anexo como al suave arroyuelo su murmullo, se miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que habia recibido al pobre niño, la tia Pavona, para no dar su brazo á torcer, con-

testaba á su ama, que era tambien medio parienta suya: «Si, si, cria hijos, cria hijos para el rey! ¡Si, sí! ¡Si hay una guerra con el francés ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos! ¡Hijos no son mas que pesadumbres!

La viuda, aunque habia llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenia fresca, suave y serena.

El alcalde habia aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones, pero por mas que habia hecho, no habia podido estrechar los lazos que le unian á su parcera, que no queria mas parcería que la del rancho.

La pergaminosa tia Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuve la honra de presentárosla, no cabia en estas tres *antigracias* el *mas*. Tampoco cabia el mas en su amistad con Florin. Seguia esta en su apogeo, dando un mentis á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo son bastante atrasadas para que aun se celebrasen las fiestas religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existian por entonces gacetilleros melífluos, de tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y panderetas, que hoy dia atacan los nervios de los gacetilleros, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazon, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fé y una ley. Es cierto que no habia *dandys*,

coquetas, ni la profusion y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valer y adelantos en lo *fashionable;* pero sabíamos entonces derribar al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabia ser un desprendido héroe para defender la independencia, el altar y el trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entonces acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo. Hijos predilectos de la precocidad, tened presente que si los españoles dejamos de ser españoles haciéndonos *dandys* y *coquetas* etc., además de dejar de ser una cosa muy buena, serémos una cosa muy ridícula, no solo porque lo son vuestros modelos, sino porque siempre se ha dicho que mas vale un mal original que una buena copia. Quereis guiar la opinion presentando las vuestras, acabaditas de salir del cascaron como modelos, tened presente que para aspirar á guiar la opinion se necesita, segun la espresion vulgar, tres pares de tacones, ó segun una náutica, algunas arrobas de lastre. Contentáos con vuestra bellísima corona de Hebe; adornadla con los frescos laureles de Apolo; adorad á Terpsícore; idolatrad á Euterpe; cantad á Venus y á su hijo; ensalzad las gracias, pero dejad á Minos, Eaque y Radamante pesar los destinos del mundo.

El dia en que volvemos á anudar nuestra relacion era el de Reyes. Afanábase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo de punto color de carne, le habian puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sugeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturon de plata. Ceñia su cabeza una corona de rosas; en los pies llevaba unas sandalias con cor-

dones de plata, y en la espalda tenia colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se habia puesto el misterio al pié del altar. La Vírgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recien nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoracion. Como para esto se elegian entre los mas bonitos y acomodados que habia en el pueblo, uno de ellos habia sido Manolito el de Beatriz, que reunia estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoracion ante el Dios de los ángeles! No habia ni un corazon frio, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recien nacido; bailando luego al pié del altar con movimientos lentos y graves, baile que causaba la estraña y ferviente sensacion de devocion que causa la bellísima danza de los seises en la Catedral de Sevilla, con su orígen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesía y magnífica sencilléz. Toda innovacion se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su mas preciosa joya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso panteon del mas santo de sus reyes.

Siguieron á los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de reyes magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito. Precedíalos una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia se apearon. El primero que entró, representando un

magestuoso anciano con barba y cabello blanco, se arrodilló ante el recien nacido, y ofreciéndoselo le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba al rey Gaspar, se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchór, ofreció oro, diciendo: Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atencion del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habria notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoracion que le inspiraba el misterio, tan embebido en su contemplacion, que no parecia sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenia muy buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestía, aunque con mal gusto bien y aseadamente, y tenía en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la funcion hubo concluido, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia, quién era aquel forastero.

Solo podia contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haría el dueño de Mivarts hotel en Lóndres al decir que tal ó cual rey ó primadona, emperador ó barítono, Nabab ó desterrado político honraba su establecimiento. Súpose que el forastero era un *teniente capitan* retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no habia decidido donde asentar su reales, y fijar sus cuarteles de invierno.

Un *teniente capitan* mal vestido y de cincuenta años en un ejército, no llama mayormente la atencion; pero

no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposicion de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitan* llama estraordinariamente la atencion, es un personaje muy visible, y si me apurais diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mugeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tia Pavona, que se esforzaban de sustraer á Manolito á los cariños de las mugeres, y envolverlo en una abrigada manta.

—¡El demonio del *militronche* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tia Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero, y dijo:

—Pues es un real mozo.

—Un real viejo replicó la muchacha.

—Calla, pispireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios.

—¿Y cómo sabe V. que es *meletar* si no trae casaca? ¿Le ha hechado á V. algun requiebro?

—No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisacada.

—¡Ya!! Al menos que los suyos no estuvieran hueros.

—Se lo conozco en lo girocho, ¿estás?

—Tia Pavona, si la oye á V. Florin se vá á amoscar.

—¡Ay! Que nos viene siguiendo, dijo otra.

—Ya, como ha notado que á la tia Pavona le ha entrado por el ojito derecho, que es el que tiene como Dios manda.

—Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la *rete-guardia.*

—Tia Pavona, la decencia manda que le diga V. que toque la retirada estando por medio Florin.

—¿Quereis callaros, cotorras descaradas? esclamó sofocada la tia Pavona. Sobre que las mozuelas hoy dia no gastan ni respeto ni recato! alegrarme habia de que el *meletar* os plantase una fresca, que os sacase los colores á la cara, hato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido.

—Vaya, déjelas V. tia Pavona, dijo la buena Beatriz; los pocos años, señora, los pocos años; alegría, y no mas que alegría.

Habian llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas y Beatriz entró en la suya con el niño y la tia Pavona; pero, ¡cuál no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa! Beatriz, que habia quitado la manta que envolvia al niño para desnudarlo, se paró, y preguntó al atrevido:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Señora, respondió este; tan solo, y con licencia de V., una pregunta y me retiro; porque yo no estoy de mas en ninguna parte.

—¿Y cuál es esa pregunta, señor?

—¿Ese niño es vuestro?

No es posible espresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oir aquella inesperada pregunta.

—¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan estraña pregunta? dijo al fin haciéndose dueña de su conmocion.

—Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada y escusado sería contestar á las preguntas que me haceis;

si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

—Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si es ese niño mi hijo ó nó.... y no responderé.

—¡Hola! ¿Con que es un misterio como el santo?

—Nó, no es misterio; el niño es mio y muy mio; ya estais contestado.

—¿Y cuál es su padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus megillas y las lágrimas á sus ojos.

—Señora, prosiguió el militar con voz conmovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi muger.

—Ni fué madre ni fué muger la que abandonó á un hijo suyo, exclamó exaltada Beatriz, y si lo fué, con ese mero hecho, dejó de serlo.

—Pero yo soy su padre, y no lo abandoné yo, nó.

—¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decís? Pues qué ¿no hay mas que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

— Las pruebas yo os las daré, señora; contestó el militar sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentia vacilar sobre sus pies.

Entonces hizo con grandes pormenores la relacion que en breves palabras transcribimos á continuacion.

Era sargento, cuando fué destinado su regimiento á la espedicion de Ultramar, confiada al mando del bizarro general Morillo. Fuéle, pues, forzoso enviar á su muger, que era jóven y linda, y á un hijo de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que esta tenia su familia, en la

Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió é hizo algun dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca habia llegado á él, que habia seguido á otro soldado por algun tiempo, y que viéndose abandonada por este, avergonzada y sin atreverse á ponerse delante de sus honrados padres, se habia echado á la vida airada, y que se creia estuviese en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y despues de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer espirando, ética y llena de lácras en un hospital; pudo aun antes que muriese perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que habia sido de su hijo. La miserable, cediendo á las sugestiones de su amante, al pasar por aquel pueblo habia depositado á su hijo en una casa, en la que con devocion, paz y alegría de corazon se celebraba la Noche-buena, y donde pensó que hallaría amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnado.

—Despues de hacerle un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer, concluyó el militar, me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco antes de la funcion. Cuando en la Iglesia entré, lo primero que ví fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecía sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora, ¿reconoceis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lagrimas; el niño, que veia la afliccion de su madre, la abrazaba llorando, formando

así ese grupo el cuadro alegórico mas propio de un ángel compadeciendo y consolando al dolor.

—Pues qué, dijo al fin Beatriz sollozando, seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos, ¿no son nada? y acaso ¿no dan derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No clama esto al cielo?

—Bien conozco, repuso el militar, los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado; los unos no los puedo pagar sino con agradecerlos; los otros.... dinero traigo, señora: justo es, y mas que justo os los resarza.

—¿Con dinero me quereis pagar, esclamó indignada la viuda, á mí, que testado hé de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo podeis arrancar sin causarle un grave perjuicio. ¿Dónde, señor, ha de estar el niño como á mi lado?

—Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer mas.—Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso cojer al niño en sus brazos, pero este asustado, se asió con fuerza al cuello de su madre.

—Ya lo veis, esclamó esta, ya lo veis que no quiere dejarme.

—Será preciso, repuso el militar exasperado.

—Pues procuradlo por justicia y pleitearémos, porque solo á la fuerza me lo arrancareis.

—Y, ¿qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

—El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

—¡No fuí yo, por vida mia!

—El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Mientras esta acalorada y aflictiva contienda tenia lugar, habia llegado Florin, que en el patio, absorto la escuchaba con su amiga la tia Pavona.

—Aquí de Salomon, dijo esta al aguacil.

—Tia Pavona, contestó este, siempre sucede así; en aquello que tiene uno puesto los ojos, viene el diablo y se lo lleva; lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

—¡Toma, y á mí con mis hijos!

Entre tanto, el militar habia dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le habia demostrado su hijo habia hecho correr por aquellas atezadas megillas dos lágrimas, quizás las dos únicas que en su vida hubiese vertido; de repente se paró delante de la viuda.

—Señora, dijo volviendo á su tono marcial, ni vos quereis soltar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parcería, y que sea de los dos; si quiere V. al niño por hijo, tome V. al padre por marido.

Al oir hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una esclamacion de repulsa.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Casarme! ¡No lo permita Dios!

—Pues venga el niño.

—Dejádmele por María Santísima, y vivid la casa de junto.

—¡Pues no! ¡Tendria que ver! ¡De visita vendria yo á ver á mi hijo! ¡De planton á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso; ó entro yo, ó sale él.

—Pues véngase V. á vivir acá sin que sea preciso por eso casarnos.

—¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero mujer, y si V. no quiere ser la mia, busco otra, y madrasta tendrá el niño.

—¡Maria Santísima! ¡Ni que V. lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazon!

—Pues sea V. su madre con mil de á caballo, ó maldito lo que creo en ese cariño. No le haga V. tanto feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino y con la misma mortaja negra que las viudas, porque en cuanto á la palma *volaverunt.*

—Jesus, señor, que me está V. poniendo entre la espada y la pared.

—¡Cabales! Así, escoged; en la inteligencia que esta espada está bien templada; que nunca se sacó sin razon ni se guardó sin honor. (1)

—Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

—Nada de simulacros, señora, interrumpió el militar. Usted se casa para ser mi mujer y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo habia de llevar si no fuese este mi pueblo.

—Pues qué, ¿sois de aqui?

—Sí, señora, aunque falto de mi casa desde treinta y dos años; y despues de hallar á mi hijo voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre, ya se que murió; en gloria esté.

—¿Pues cómo se llama usted?

—Andrés Pavon, para lo que V. guste mandar.

—¿Hijo de mi tio el carpintero de basto, tio Mateo Pavon?

—El mismo en propia persona.

—¡Tia Pavona! ¡Tia Pavona, gritó Beatriz; acuda V., que aquí tiene V. á su hijo!

La tia Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

—Anda á paseo, dijo la tia Pavona. ¡Qué habia de ser mi hijo, si entrambos me los mató el francés! ¡Maldito sea!

---

(1) Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

—Señora, dijo el militar dirigiéndose á su madre: ¡yo soy Andrés, yo soy Andrés!

—Oiga *meletar*, repuso con muy mal gesto la tia Pavona, diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer *respetuosa*. Sobre que todo lo quiere su merced ser: padre del niño, marido de Beatriz y, por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

—Pues dígole á V. que estamos bien, esclamó con impaciencia el militar; ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, V. se llama Andrea; mi padre (E. P. D.) Mateo; mi hermano, José, y yo Andrés. V. siempre fué mas cascarrabietas que un sordo, y mi padre que era su merced chilindrinero, le habia sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete dando con el martillo en el banco:

Andrea,
mala ralea
muda te vea.

Al oir estas últimas señas mortales, la tia Pavona convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

—¡Hijo mio! ¿Pues no te mató el francés? repetía entre sollozos.

—Señora, ¿quiere V. que le enseñe la fé de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

—Pero ¿cómo escapastes al francés, hijo de mis entrañas?

—Matando al que me quería matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien, y á la trinca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber V., madre, que me caso con Beatriz, y cate V., añadió señalando al niño, el padre cura que nos casa. Bien vé V. que en esta casa hacía falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como

quien digera el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan Vds. que el que aquí se presenta tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz, y cien mil reales.

La tia Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

—¿Con que ese niño es hijo tuyo? preguntóle al suyo.

—Y de V. nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo, respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño que con su vestido de ángel aparecia ahora como el de la paz entre los dos contrincantes.

—¿Que tal, *mae* Pavona, dijo Beatriz, si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

—¡Ay! contestó la feliz vieja: ¡qué bien te dijeron en aquella ocasion, que *quien bien hace, para si hace*!

Ni un terremoto hubiese conmovido mas á aquel pacífico pueblo, que la cuádruple alianza de noticias, que como un pájaro de lijeras plumas salió á volar por el lugar.

Primera. Habia llegado un *teniente capitan*.

Segunda. Era este el padre del niño de la tia Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tia Pavona.

Cuarta. Y era ademas marido para la viuda incasable.

La barriga del alcalde tuvo un movimiento de oscilacion muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenia pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles y militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo brindis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trobo ó romance en que de-

cia, que si el niño Dios le deparó un niño desnudito y pobre como él, á la viuda, los reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido que traia una gran parte de la plata del Perú, y un corazon abrasado en llamas, como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tia Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasion abusó de la condescendencia de la amistad haciendo un consumo de tribuno democrático en la masa comun.

El vino puso al teniente capitan muy alegre y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebosó su melancolía en esta copla:

Confórmate corazon
A padecer y penar,
Pues quisiste á un imposible

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

Qué lastima de carita
Que fuese para un paisano,
Pudiéndosela llevar
Un soldado veterano.

—Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decia con un suspiro que hizo vacilar la llama del velon, el alcalde á la recien casada viuda, que no hacen mas que llegar y pegar!...

Andrés Pavon que lo oyó, contestó muy pronto con esta otra copla:

Es táctica y no es hechizo,

Es el saber atacar,
Y aunque manden retirada
No hacer caso y avanzar.

La tia Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que mas quería, que se rejuveneció como el Fénix, vivió veinte años mas, y murió ha poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.



Estracto de un trabajo de M. Ferdinand Denis sobre las Noéls, ó villancicos de Francia.

Varias razones nos han movido á traducir algunos estractos de este trabajo del distinguido literato F. Denis. Es la primera demostrar en cuan alto aprecio tienen todas las naciones, aun la mas escéptica, la Francia, la poesía popular y religiosa, es otra razon porque vemos que cuanto dice sobre los *Noéls* franceses aplicable á nuestros cantos de noche buena; y, por último, es para probar á los que echasen sobre nosotros el fallo de mezquinos y ridículos por recolectar con tanto empeño los cantos, cuentos, costumbres y leyendas populares, que echan ese anatema al mismo tiempo sobre los mas cultos literatos de Europa, que con harto mas talento, saber é inteligencia que nosotros, pero con el mismo gusto y empeño, se han dedicado á la misma tarea.

FERNAN CABALLERO.

«Es una poesía muy humilde la que voy á ensayar de hacer conocer; una poesía que es propia de mujeres, niños y ancianos, que por lo regular no sale de los límites de las aldeas, y que perdería todo su perfume de suave sencillez, si en ella se buscase otra cosa que un alegre brote de cándida religiosidad.

Entrad, pues, en una iglesia de aldea si deseais comprender y sentir esta poesía de los cantos populares de Navidad, que por el título que llevan habreis mirado con desden. ¿Pues qué, no hay mas que sonreir con

menosprecio al oir esta voz de pasados tiempos, que repitieron con tan suave alegría nuestros antepasados, que ha consolado tantos corazones quebrados, y que ha sido un grito de tan sincero entusiasmo del hombre ante el nacimiento de su Dios? (1).

Los cantos de Navidad tienen toda la candidéz de la infancia, toda la gravedad de la ancianidad, toda la dulce conviccion de la mujer que llora y espera, toda la resignacion del labriego en su incesante faena. Es la fiesta de Navidad la única alegría cumplida que celebra el áustero culto cristiano, es su única poesia gozosa; todas las miserias de la vida se olvidan en ella, porque en ella están todas las esperanzas; así es que los villancicos tienen en su sencilléz una altísima poesía; pero no queda á los frios y desdeñosos escépticos del siglo presente en nuestro pais sino un recuerdo de la alegría que inspiraron en los tiempos de sinceras creencias, de las dulces lágrimas con las que llenaron los ojos, y quizás no les es dado ya sentir la verdadera poesía de estos gozosos cantos que tienen una eterna juventud.

El espíritu religioso que anima estos cantos y los creó, remonta á la mas remota antigüedad. Dice San Gerónimo que entre los primitivos cristianos de la Tebaida se oian cánticos en celebracion del nacimiento de Cristo, cantados por el arador arando, y por el viñatero podando su vid. Son, dice el santo padre, can-

(1) ¡Pobres franceses católicos, que de este sincero entusiasmo, etc., tienen que hablar como de cosa pasada...! Y gracias á Dios que nosotros de ella hablamos como de cosa presente é inamovible. No que nos falten voltairsillos; pero sea que les falte mucho para llegar á aquel gran preste del ateismo, ó que en el suelo español no germinan sus doctrinas, no han adelantado gran cosa, gracias al cielo.

tos de nuestra provincia, tonadas de nuestros pastores. San Crisóstomo exortaba á los cristianos, para dulcificar sin duda su penosa vida, á que cantasen, exhalando así brotes de amor y esperanza. Pero lo que hay de mas positivo sobre los cantos de noche buena, está en San Agustin; en el tiempo de este sagrado intérprete de los santos misterios, durante el adviento, se cantaban en honor de Cristo cánticos compuestos por San Ambrosio; pero estos hermosos cánticos no se han conservado, y no eran llamados villancicos.

Sería un error el creer que ese género de poesía popular adoptase siempre una misma forma monótona; al contrario, es variada hasta lo infinito; algunas veces es una cándida oda que se cantaba en coro; otras veces es una voz sola que baja de las alturas y habla á los pastores y á los reyes magos; alguna vez es una relacion; otra son diálogos. El estilo de estos cantos nunca es desdeñoso, aun cuando hace hablar á la mula y al buey; en ellos el pensamiento religioso lo ennoblece todo; y como en los primeros dias de la creacion, todo lo que vive, no vive sino en Dios. Algunas veces en el diálogo el lenguage de los pobres, pastores es *patué* (dialecto de la provincia) y el del ángel es francés, como en la siguiente muestra, llena de encantadora sencillez.

Angel.—Pastores, pastores dejad vuestras cabañas, y acudid á ver á vuestro Dios, á vuestro rey. Partid, partid que seguros quedan vuestros ganados; seguidme á pesar de Lucifer, que envidioso os llama.

Pastores.—No sabemos lo que quereis decir. La pobre gente no va á ver á los reyes; de nosotros os quereis burlar, Señor, pues entrar allí no nos compite, y nuestros harapos y nuestras sopalandas no pueden entrar bajo un techo real.

Ya es de suponer lo que responde el ángel (1) y con qué sentimiento de religiosa beatitud los pobres pastores penetran en el portal que ilumina el esplendor del Dios niño. En el siglo XVII empezó la costumbre de cantar en las Iglesias esos mismos cantos de Navidad. Dice Pasquier: «En mi juventud habia una costumbre que se hizo ceremonia, y era cantar todas las noches de adviento canciones religiosas compuestas en loor de Nuestro Señor, las que aun cantan en las Iglesias.»

(1) Qué lástima que no lo hubiese insertado tambien.

¡POBRE DOLORES!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES,

POR

FERNAN CABALLERO.



¿POBRE DOLORES?

CAPÍTULO I.

> Hay gentes en este mundo, que no pueden contar con nada, ni con la casualidad, pues hay existencias sin casualidades.
>
> BALZAC.

ENTRE Sanlúcar de Barrameda que despide al Betis y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevacion de terreno, se ha asentado Rota, pueblo que aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo orígen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente á los duques de Arcos, tan bien conservado y tan cuidado....., que han pintado sus rejas de verde. Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo, y el fresco verde casino con que han cubierto sus sólidas rejas, forman no solo un contraste, sino una disonancia que comprenderán mejor las personas entendidas y de buen gusto, de lo que nosotros pudiésemos decir.

Hácia el lado que mira al Sudoeste, esto es, el que hace frente al Occéano Atlántico, el elevado terraplen en que se asienta el pueblo, desciende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Esta presenta el uniforme aspecto que da el contacto del mar á la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahinco algun curioso secreto del mar, lanzado de su profundo seno, algun triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio; pero en las que solo se hallan inocentes y lindas conchitas, algunas estrellitas del mar que perdieron su luz con la vida, espumas que arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y trasparentes aguas-malas metidas en su masa de flema cristalína como la yema del huevo en la clara, pobre pólipo que no se sabe si está vivo ó está muerto, porque es en él la vida tan inerte como la muerte; algun torpe cangrejo que alza su diforme mole sobre sus delgadas patas para correr con el esfuerzo y desmaña del lisiado, que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas que escupen á la tierra las olas que las desdeñan; algun pedazo de cordel ó de servida madera, que no son pavorosas ruinas de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas, esto es, de lo que se componen esas playas que engarzan á España, campo néutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores, y cama de mar sin perlas.

A la izquierda del pueblo se entra el mar á pasear por la tierra, formando una ensenada, que haría un buen puerto á no tener tan poco fondo que en la baja mar se queda en seco y presenta una ancha estension de negro y pedregoso cieno. Cuando crece el mar, llega hasta las

casas, guarecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras contra las que baten y se agitan con violencia sus olas como las pulsaciones de un corazon oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo, está el muelle, y en él, los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres á Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos que van al encuentro de los ricos huespedes de la bahía de Cádiz, para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no siendo tránsito para ninguna parte, lo incomunicado que se halla con otros pueblos, sus ningunas pretensiones y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco comun, sobre todo en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado á la orilla del mar, el que lo aturde con su gran é incesante ruido, el que lo distrae con su inquieto y continuo movimiento, semejante al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarestados por las olas y las corrientes como los hombres que actuan en la época presente, un pueblo en estas condiciones nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre; simpatízanos mas aquel que por horizontes solo tiene sus campos de trigo y sus olivares; por ruido, únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino mas cercano solo tiene otro pueblo á quien llama compadre. La mar y la tierra, son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado, la estabilidad y el movimiento, la seguridad y el peligro, como lo son lo que produce y lo que destruye.

No obstante, difícil sería hallar otro lugar mas pacífico que Rota y que tuviese habitantes mas laboriosos é industriosos en agricultura, que es la industria genuina de este pais. Todos los roteños tienen su tierra propia que cultivan, porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melon, la sandía y toda clase de legumbres que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre estas sobresalen por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los *tomates*, cuya abundancia ha valido á los roteños el apodo de tomateros; así como es igualmente notable la enorme cantidad de canastos puestos en uso para la traslacion de sus cosechas.

Los andaluces, que como es sabido hacen burla de todo sin esceptuarse los unos á los otros, y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en los que son víctima los buenos roteños.

Entre los muchos, sacarémos unos cuantos, no solo porque nos parecen muy graciosos, sino tambien porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de ideas de este agudo é ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasion, quisieron hacer los roteños una funcion á su santo patrono S. Roque. Con este motivo convidaron á un predicador de fama y á otros dos clérigos que vinieron á hospedarse en casa del alcalde.

Averiguado por este que lo que querian cenar sus huéspedes era chocolate, llamó á la cocinera y le mando hacerlo.

—Pero, ¿que se le echa? Preguntó atorrullada la cocinera.

—Agua, contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; mas acordándose que allí cerca vivia una muger que tenia fama de ser la me-

jor cocinera del pueblo, se fué allá y le preguntó que cómo se hacia el chocolate:

Y ¿qué te ha dicho tu amo? Preguntó la profesora.

—Que lo haga con agua.

—¿Con agua no mas? Repuso la otra. ¡Jesus! Sepasté muger, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto *muy bien enversado* de la manera siguiente:

Una señora fué á Rota
Para buscar cocinera,
Y la encontró desde luego;
Pero le advertia ella
Que no sabia guisar
Con tocino la puchera,
Sino con pringue de olivo
Y con salza tomatera.

Este es otro:

Los roteños, se propusieron escalar el Cielo con sus canastos. Al intento los fueron poniendo unos sobre otros, de manera que pasaron mas alto de la luna y las estrellas, y solo les faltaba uno para llegar al Cielo, y ese uno no lo tenian por estar ya todos colocados; para no dejar por tan corta cosa de conseguir su intento, sacaron de debajo de todos el primero que habian puesto, con lo que todos los demás se vinieron al suelo. A lo que acompaña la misma idea en verso.

Un roteño de los listos
Sobre canastas queria
Subir al cielo, por ver
Si tomates allí habia;

Mas para llegar al Cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo
Y junto á Lóndres cayó.

Y este el tercero:

Una vieja de Rota se encontró en un camino con uno del Puerto que venia cantando el romance del gran capitan, y ambos se encararon en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
que á los bárbaros derrota,

—Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante, le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sin número de coplas, solo unas cuantas darémos por muestra:

No se ha podido saber
Ni se sabrá á punto fijo
Los borricos que hay en Rota
Porque llega á lo infinito.

Los roteños á sus novias
Le suelen de regalar,
Pepitas de calabaza
Que son confites allá.

Un hombre sábio de Rota
Estaba pensando un dia,
Que si no hubiese tomates
El mundo se acabaría.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacaron esta:

Si á Rota le apuntaran
Las baterías,
Ella con sus tomates
Las hundiría.



CAPITULO II.

Nada recrea mas la vista y alegra mas el corazon que ver al caer la tarde volver del campo á los labradores; cada cual viene montado en su burra, que las mas veces es seguida de un ruchillo que corre y salta gozando de su corta niñéz como si le avisase un instinto profético que esa alegria, ese soláz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres coronados de frescos tallos de maiz que son la cena de su buena compañera; esta apresura su lento paso al ver llegar á los niños que salen al encuentro de sus padres; completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaría el pedacito de pan que le dá su amo por todos los manjares de un palacio. Unos padres, alzan al mas pequeño de los niños que sientan delante de sí, mientras los mayores abrazan y retozan con el ruchillo. Otros se apean, sientan en la burra los

mayores y llevan en sus brazos al mas pequeño, y cada uno de estos variados grupos se dirige á su casa en que les aguarda la madre y esposa feliz. ¡Oh! qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna, y nos hemos preguntado con amarga melancolía, ¿por qué la cultura material con su insaciable ambicion, su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces con otros que tan poco satisfacen al corazon, á la poesía del alma ni á la conciencia? ¡porqué despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia que con sus anhelos por lo irrealizable, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razon nos señalan! ¡Cuándo comprenderémos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo, sin direccion y sin rumbo, llevado al soplo de las pasiones, pero que el que nos debe servir de norma y de anhelo, está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuándo se convencerán los poetas, esos ruiseñores que cantan y nos alegran en los dias claros y consuelan en las noches mústias de que se compone nuestra existencia, que mientras exalten, exageren é idealicen las pasiones del hombre, podrán agradarles y lucirse, pero que no contribuirán como deberian hacerlo á su bien estar y á su mejora! No es decir por eso que no existan las pasiones en lo moral; así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad que no llegan á destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina, y seria difícil á no escribir un idilio el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas tarde ó temprano ocupasen un lugar; pero la mala y es-

traviada propension está á nuestro entender en graduar de bello, noble ó interesante el estado en que nos ponen y aun el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan si son buenas, las vencen si son malas.

Venia una suave tarde de verano un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa vieron venir á un niño de cinco años que traia á remolque una niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacia para apresurar la marcha aun vacilante de su hermanita. Paróse el ginete, y el mayor de los mozos cogiendo á los niños que eran sus sobrinos, colocó el uno al lado derecho, y el otro al lado izquierdo del anciano, hecho lo cual la burra sin recibir aviso volvió á emprender su pausada marcha hasta llegar á una casa á cuya puerta se paró, sin ser necesario que resonase el *¡so!* en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa que pertenecía al anciano ginete, es preciso describirla y dar cuenta de quienes eran sus moradores.

Entrábase al atravesar la casa-puerta en un gran patio entrelargo empedrado de menudos chinos; á la derecha tenia un gran arriate en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas, que parecía un congreso de plantas; á la izquierda lo cubria un espeso emparrado, del cual colgaban racimos colosales; al frente tenia las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera macisa de ladrillo sin techar, que llevaba á un sobrado ó desvan. A la derecha de la puerta de la calle, tenia la casa una salita y una alcoba; á la izquierda otra igual, á las que seguian unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenia otro cuartito tranquilo é independiente. Esta

buena y desahogada casa, á pesar de repetir su dueño el tio Mateo Lopez muy á menudo: vecina, ni Santa Catalina tenia todas cuantas podia contener. El partido de la izquierda lo vivía su dueño con su familia, inclusa su hija Catalina casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir á recibir á su abuelo. Tenia arrendado en seis reales al mes el sobrado á la viuda de un infeliz marinero que se habia ahogado y habia dejado á su muger enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tio Mateo tampoco le pedia los caidos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexion: si no tiene la *desdichá* ¿cómo ha de pagar?

El cuarto inmediato á la cocina se lo tenia dado de valde á un pobre fraile desde la exclautracion. La sala de la derecha se la tenia arrendada en diez reales á un carabinero y su muger, y estos eran los únicos que pagaban.

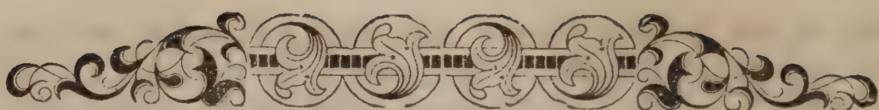
El carabinero era un excelente hombre llamado Canuto, y á nadie le venia mejor el nombre, porque no se dió nunca hombre mas flaco, mas tieso, y mas vacío. Habia sido soldado, y siempre un soldado grave, serio, y de pocas palabras, pero desde que era carabinero, esto es, hombre de confianza del gobierno, habia llegado su gravedad á lo inmutable de la de un Caton de mármol.

Señor Canuto, que no habia tenido desde que nació voluntad propia, era el mas celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar á su muger cual era el que debia ponerse. Habia sido cincuenta años atrás blanco y rubio; mas el pícaro del tiempo y los malvados trabajos, no habian dejado por vestigios de estas dos ventajas, sino unos enormes bigotes que parecían dos estropajos; pero su muger decia que habia

sido su marido mas blanco que una azucena y mas rubio que unas candelas, y que aun á la presente en sus espaldas se podia escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa que así se llamaba su muger, era mucho mas jóven que él, y una de esas mugeres modelo, que tienen de suyo los mas bellos dotes para prestarlos y dedicarlos á sus maridos mas por amor que por deber, ó mejor dicho por la fusion del amor y del deber, fusion tan dulce y santa, como sábia y admirable; tienen talento para guiar á sus maridos y enmendar sus torpezas cuando las hacen, haciéndolo de modo de persuadirles, así como, á los demas, y así mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razon; la prudencia para templarlos sin que conozcan la intencion, como las madres tienen sus cantos para dormir distrayéndolos á sus hijos; la resignacion para inculcarsela con la palabra y el ejemplo, el sumo órden y limpieza para que esten ellos siempre bien atendidos, y vistan con lujo y primor; la condecendencia hasta ocultar el propio sacrificio por no hacer parecer exigente al que los impone, y sobre todo el apego, la abnegacion y el propio anonadamiento á punto de llegar á ser ridículo cuando el marido no es acreedor á ello, si no fuese tan respetable su origen.

Señor Canuto casi nunca abria la boca, en lo que hacia muy bien, pero cuando sucedia era hablando laconicamente por sentencias, y con gran aplomo, persuadiéndose que todos los oidos eran tan benévolos como los de su muger, y en realidad en cuanto á los habitantes de la casa en que vivia no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.



CAPITULO III.

El exclaustrado que habian recogido la excelente familia Lopez, que se llamaba el Padre Nolasco, era un buen Señor. No habia inventado la pólvora ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia, pero sabia lo que tenia que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguage para atraerlo á la senda del bien, lo que lograba alguna vez con un caramba! dirigido á los mayores, y con un zosquin aplicado á los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura que no basta para penetrar, y sobra para estraviar, conocian que el padre, *no perdía la derechura*, así es que lo querian y veneraban, aunque á veces se reian de sus cosas.

Atento á esto, harémos una salvedad al mismo tiempo que una observacion, y es que hay dos clases de risas muy distintas, ó por mejor dicho contrapuestas; la risa benévola, y la risa despreciativa; la primera es dulce,

alegre é inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zaheriente; la primera nace de un corazon sano como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazon duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca; la una se corona de flores, la otra se reviste de puas. Inútil es añadir que la que inspiraba *las cosas* del buen padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El padre Nolasco estaba un poco sordo, lo que le hacía trabucar á veces las cosas que le decian, por lo que solía acontecer que sus exortaciones en el Confesonario servian á dos fines, como tales, para el penitente, como pláticas para el concurso. No podia darse un hombre mas sin hiel, sin que por eso dejase de tener su buena dósis de malicia, y no se la pegaba tan fácilmente el que quería engañarlo. Nunca tampoco se vió otro mas franco y verídico, lo que hacia que sin gastar tono de superioridad ni ménos tener agrior, decía á cada cual cuando le parecía que iba errado y obraba mal, sin que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al esterior, parecía el padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica que se hubiese estirado cuanto daba de sí á lo largo; tenía larga y angosta la cabeza, larga la nariz, larga la barba, los dientes largos, los brazos y las manos largas, y largas las piernas y los pies. Vestía desde la exclaustracion en que le habían sido dados de limosna por un su favorecedor venido de América, llamado D. Marcelino Toro, una chaqueta, un chaleco, y unos pantalones negros de cúbica, los que á fuerza de servir y ser cepillados por su buena patrona, habian adquirido un brillo que los hacía aparecer de hule.

El padre Nolasco aunque tenía mas de setenta años, era agil, y á escepcion de algunos flatos que se curaba con

la thé, gozaba de buena salud, gracias quizá á su frugalidad y á la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor Doña Bráulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate de treinta cuartos, el que con unas tostaditas secas componía sus almuerzos. Su compadre el rico tio Gil Piñones, le regalaba garbanzos porque enseñara á sus hijos á ayudar á misa, y estos con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano por que le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comia los trescientos sesenta y cinco dias del año, del que se guardaba una taza de caldo para cenar, y otra daba á la pobre viuda que vivía en el sobrado.

Por decontado el padre Nolasco tuteaba á cuantos habian nacido en el siglo de las luces. Un dia el médico que era un jóven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba era contra la dignidad del hombre.

—Dignidad del hombre! contestó el padre Nolasco; eso han sacado ahora. ¡Vaya! dignidad en las palabras é indignidad en los hechos! Con que tuteo á mi Seráfico padre San Francisco, é iría yo quizás á darle Mercé ó Señoría á un barbilampiño como tú! anda, cura tabardillos y no me lo dés á mí, que no me he de poner al uso del dia, que está yá el alcacer duro para pitos; estás?

Pero con quien sostenía el padre Nolasco una hostilidad perenne, era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que quería ser marinero contra la voluntad de su madre. Esta que habia perdido á su marido en un naufragio, se estremecía con la idea de que se embarcase su hijo, y habia acudido al padre Nolasco á fin de que le prestase su ausilio para disuadir al niño de su intento, pero este habia sido ineficaz; mientras mas le

habia encomiado el padre las prerogativas de la tierra firme, y las ventajas de la vida sosegada, mas se habia entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar, y por los largos viages sobre las inseguras olas. El padre Nolasco en venganza le habia puesto por nombre *Montevideo*; ya sabemos que para ciertas gentes se encierran los largos viages de mar en el de América, y que para ellos el *finisterre* es Montevideo.

—No irás á la mar; nó, le decia el buen padre.

—¿Y por qué no, Señor? respondía con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo, sonrisa que era peculiar á él y á su hermana, en la que se unian la alegría y la dulzura, como se une en el Sol el brillo y el calor.

—Por que la mar es enemiga del hombre, bien lo sabes, y que en ella murió tu padre, así es que no sé, testarudo, como tienes valor de embarcarte.

—Y el padre de V. padre Nolasco donde murió? preguntó Tomasillo.

—Toma! en la cama muy descansado, respondió el padre.

—Pues como tiene V. valor de acostarse en una cama, padre Nolasco?

—No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo; bien sabes que de diez que van á la mar se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesion, lo que á tí que eres mas malo que ninguno, le vendrá peor que á ninguno. Si dejas esta por otra, el mal ha de ser para tí, pues en lo demas poco se pierde; para tí digo y para tu pobre madre que te ha de sentir como que te parió y que es preciso que tu mantengas.

—Pues qué quiere V. padre Nolasco, que vuelva yo á andar como anduve á principio de verano por las recortas del manchon del tio Mateo con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros con la cantilena:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos.

—Vaya! pues qué peligro hay en eso?

—A mí me gusta el peligro, padre Nolasco.

—Calla, pez volante, que quien ama el peligro, en él perece; hablé con mi compadre tio Gil Piñones y me dijo que te tomaría de porquero.

—Que no voy; qué habia yo de guardar puercos? que los guarde su amo.

—Con que no quieres trabajar so malandron? no quieres ser hombre de bien y ayudar á la pobre de tu madre? dí, libertino?

—Si Señor, si Señor; pero no quiero ser *espachurra terrones*, ni pasar mi vida en mi casa como caracol vulgado. Si me muero, tanto me dá, pero no quiero que me llamen tomatero, eso nó.

—Y mejor será que te llamen Montevideo, ó bien:

Que te llamen pocas penas
pariente de mala gana,
y por apellido tengas
á mí no se me dá nada.

Ya verémos si vas al Cortijo del compadre tio Gil Piñones; yo en propia persona te voy á llevar, y si te repercutas, te llevo cogido por una oreja. Vaya! despues de los pasos que he tenido que dar y del empeño que he puesto! Cuando te podías tú figurar peje sapo, que habias de llegar á ser porquero del compadre Gil Piñones? con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca, coger la vereda.

A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca y no hubo quien de allí lo sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patron, que lo conservó en su barca, y á la sazon habia ascendido á la diguidad de

cuarteron, nombre que dan á los muchachos ya enseñados, y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

—Montevideo, le dijo el padre Nolasco cuando lo volvió á ver; eres como las piñas de la Rapita que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñon les saltó un ojo.

—Padre Nolasco, respondió Tomasillo, tres cosas hacen al hombre medrar, ciencia, mar y casa real..





CAPITULO IV.

Despues que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la Casa en la puerta de la calle, ménos la pobre viuda que sus males y sus que-haceres retenian en el sobrado.

En un banco á la derecha se sentaron, el padre Nolasco, el Señor Canuto, á quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tio Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito que tenía estendidos sus brazos sobre los muslos de su abuelo.

—Tio Mateo, le decía Pepa, hasta el suelo se le cae á V. la baba con ese chiquillo.

—Verdad es, contestaba el tio Mateo, que era zumbon; no lo puedo negar, tira la sangre, y que hijo de mi hija ser mi nieto, hijo de mi hijo no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron, Estévan que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su padre del campo, el que contaba veinte años, su hermano Lorenzo que contaba diez y ocho, y al lado de ellos se sentó María Dolores la linda hija de la pobre viuda, que todos querían con estremo, lo mis-

mo que á su hermano; así era, que cuando el tio Mateo decía:

—Que hechizo tiene ese Tomasillo; es mas alegre que un fandango, se acuesta y levanta cantando como los pájaros, respondía la tia Melchora su muger; verdad es, pero, y María Dolores? qué ángel tiene! esa se acuesta y se levanta como los serafines alabando á Dios.

Contaba Dolores catorce años, esa edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha union, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlos.

La tia Melchora estaba sentada en el escalon de la puerta de la calle, y junto á ella su nietecita, que habia dejado caer su cabeza en la falda de su abuela y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se había quedado dormida como una pequeña Bacante.

Pepa la carabinera y Catalina la madre de los niños, que estaban estrechamente unidas, por lo que á estos quería Pepa, habian traido sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenia dormido en sus brazos al hijo mas pequeño que criaba.

—Paréceme que quiere llover, dijo el carabinero, que apunta el levante y por este tiempo siempre que viene el levante echa agua; ¿qué le parece á V. tio Mateo?

—Que no dice V. malamente, respondió este, hoy es juéves dia de señal como el domingo, y en acostándose en estos dias de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

—Te vienes, Lorenzo? dijo Estévan á su hermano al que quería con ternura; es sábado, los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

—No voy, contestó lacónicamente Lorenzo, que era desabrido.

—Pues no vengas, repuso Estévan, así como así por todo armas camorras, con que mas vale que no vengas; siempre estás que parece que te deben y no te pagan, te duele algo?

—La cabeza de oirte.

—Pues hijo, con Dios, al que le duele la muela que se la saque ó que rabie.

Estévan se alejó.

—Por qué no vas? le preguntó Dolores.

—Por que me gusta mas quedarme aquí.

—Por qué?

—Qué se yó.

—Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, nó.

—Si tú hubieses estado cavando todo el dia!...

—Quita allá, flojon, no lo han estado los otros lo mismo que tú?

—Los otros!!! los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

—Y tú no tienes novia Lorenzo?

—Yo nó, respondió en tono brusco el muchacho. Mira, Dolores, añadió despues de un rato, desde ahora te digo que cuando me llegue á enamorar ha de ser de tí, y en mi vida de Dios he de tener mas novia que tú.

María Dolores empezó á reirse en sonoras carcajadas.

—Te ries? preguntó muy picado Lorenzo.

—Pues no me he de reir! tú mi novio! ¡ay que reidero!

—Pues no siempre ha de ser para tí un reidero, por que en siendo tu novio te he de poner las peras á cuarto y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

—Es que no seré tu novia, dijo con decision Dolores.

—Que nó? ya veremos, aunque no quieras lo has de ser.

—Que nó.

—Que sí.

—Que nó.

—Que sí.

—Que nó, ea! esclamó medio llorando la niña.

Oyóse entonces una alegre y clara voz que venía cantando:

Bendito sea Dios, madre
Que ya pareció el perdido,
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

—Ese es mi Tomás, dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

—Buenas noches, Señores, dijo Tomás que traia un canasto con pescado.

—Dios te las dé muy buenas, hijo.

—Tia Melchora, aquí tiene V. un rape que sé que le gusta para hacer sopa. Señá Pepa, tome V. estos salmonetes. Padre Nolasco, tome V. estas pescadillas para cenar, dijo el niño repartiendo casi todo el pescado que traia.

—Qué, ya estás de vuelta Montevideo? vaya que pronto has venido; andas mas que una mala noticia; que dices? dijo el padre Nolasco.

—Que tome V. estas pescadillas para cenar, padre, gritó Tomasillo.

—No, no, no quiero sino mi sopa, que en mis años vale mas caldo de carne, que carne de pescado.

—Dios te lo pague, Tomasillo, dijo la tia Melchora.

—Gracias añadió Pepa.

—No hay de que darlas; quien esto dá diera cosa mejor si la tuviese, respondió el cuarteron.

—Has estado lejos, Tomasillo? preguntó el tio Mateo.

—Jesus! hasta Gibraltar que es tierra de ingleses.

—Pues qué has estado en *Inga*-laterra? preguntó Catalina.

—Nó, que el Peñon es de España, y es de los ingleses, y eso es como si dijese V. que mi mano era suya. No es verdad, padre Nonasco?

—Chiquillo, dijo la tia Melchora, no se dice Nonasco, que se dice Nolasco, te lo he dicho mas de treinta veces.

—Nonasco, así le dicen en Cádiz, que son gentes pulidas; no es verdad, Señor Canuto?

El grave y callado carabinero obligado á contestar á esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

—No se dice Nonasco

—Lo ves!

—Ni tampoco Nolasco.

—Lo vé V.!

—Pues cómo se dice?

—Se dice Nonato.

—Qué, Señor, ese es San Ramon, observó la tia Melchora.

—Es que los dos llevan un mismo apellido, repuso con aplomo el Señor Canuto.

—Cuando Señor Canuto lo dice, verdad será, pues sabe su mercé mas que *Seeneca*, dijo Catalina.

—Oiga! y quien es *Seeneca*? preguntó el cuarteron.

—Que se yó, contestó la yegüeriza, será un abogado.

—Padre Nonasco, gritó el marinerillo, dígame V. quien es *Seeneca*?

—Rebeca? respondió el padre que no oyó bien; es una pastora de las de Belen.

—No pregunto eso, gritó el cuarteron, sino quién es *Seeneca*?

—No lo sé, cantestó el buen Señor; ese santo no está ni en el añalejo ni en el martirologio.

— Señor Canuto, prosiguió preguntando Tomasillo, sáqueme V. de curiosidad, y dígame quién es *Seeneca*? que esto pica en misterio.

—*Seeneca*, respondió con todo aplomo el carabinero, es un sábio de los moros que ayuda y guia á su Rey, como por acá el Papa al nuestro.

—Vaya, no sabia yo eso, dijo su muger, aunque siempre he oido decir que los moros saben mucho.

—Como que encierran á las mugeres, mire V. si serán avisados, observó el tio Mateo; no es *asina*, padre Nolasco?

—Por supuesto contestó este; la muger honrada, la puerta cerrada, pero hoy dia son mas callejeras que el humo, que siempre está buscando por donde salir.

Toda la vida de Dios ha sido *asina*, padre Nolasco, dijo el tio Mateo; oye cuarteron, prosiguió, has visto por esas mares anchas á la Serenita del mar?

—Yo nó; lo que querrá V. decir son tiburones ó *goifines*, tio Mateo.

—No, no, intervino la tia Melchora; la Serenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando á los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su padre la maldijo, deseando que se volviese pez, y así sucedió volviéndose pescado de medio cuerpo abajo; metióse avergonzada en el mar, y se fué lejos por sus centros en los que canta siempre como en las playas hacía, para atraer á los hombres á su perdicion; y así es que dice la copla:

La Serenita del mar
Es una pulida dama;

Por maldecirle su padre
La tiene Dios en el agua. (1)

No sabias, Tomasillo que cuando saltan los Delfines y cantan las Serenas, es señal de tempestad y presagio de naufragio?

—Yo no, Señora, no he oido mas que los ronquios de la corbina; esa Serena, será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy á ver á madre y á decirle que me embarco de gurumete en una fragata tamaña como el castillo.

—Muchacho! y donde vas? exclamaron todos.

—A lo mas remontao de América.

—Jesus! volvieron á exclamar todos.

—Qué dicen? preguntó el padre Nolasco.

—El tio Mateo se lo dijo en recia voz.

—No lo dije! esclamó el padre Nolasco, á las Indias, á Montevideo; si no habia de parar hasta lograrlo ese atronado mas aturdido que unas carnestolendas. Mire V. que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones para ir á ser pasto de peces, se podrá creer!

—Dejar nuestra madre la tierra por esa madrasta la mar! dijo la tia Melchora.

—Señora, el dinero no se gana tendido, y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa para que mi pobre madre tenga la vejez descansada, respondió el cuarteron.

—Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan, observó el tio Mateo.

—Ay Dios mio! dijo echándose á llorar Dolores, hermano de mi alma, no te vayas tan lejos por esos mares sepulturas de cristianos.

—Calla, calla, Dolorsilla, que voy á volver como Don Marcetino, con mucho oro.

---

(1) Y cate V, la Sirena mitológica hecha cristiana por el pueblo.

—Sí, del que depone el moro, murmuró Lorenzo.

—A madre le voy á traer una caja de azúcar para sus jarabes, á tí un loro y al padre Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

—Déjate de negritos, repuso el padre Nolasco, y acuérdate que quien ama el peligro en el perece; pero á unos no basta el arre ni á otros el só.

—Padre Nolasco, la gloria y el dinero son para quien los gana.

Sí, y si para lograrlos pierdes la vida ó la salud? y si no vuelves?

Volveré, si Señor, volveré con salud y con pezetas, que es salud completa, repuso alegremente el cuarteron entrándose á ver á su madre.





CAPITULO V.

Nada pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho, las reflexiones de sus amigos, ni las súplicas y lágrimas de su madre y hermana. Quien no se arriesga, respondía no pasa la mar. No sabe V. que dice la copla:

Si no te ha dado tu suerte
Un mayorazgo en España,
Embárcate en un jabeque
Y pásate á la otra banda.

Tomás partió. No hay pinceles que pinten ni palabras que espliquen la afliccion de su pobre madre, cuya vida entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente, se estinguía como la de la encina que estuviese á un tiempo herida de un rayo y roida de un gusano; así pasó un año.

Un dia entró en casa de la pobre viuda un piloto antiguo conocido de su marido; este hombre traia una

carta; esa carta era dictada por Tomás y fechada del famoso Montevideo.

Escribía mas alegre que nunca; decía que habia hecho un viaje de damas, que estaba tan contento como el pez en el agua, que habia crecido media vara y que volveria con el mismo barco y el mismo capitan que lo queria mucho. Desde aquel dia la viuda no faltó uno, en ir á la playa y recorrer con la vista la desierta y brillante estension azul en la que habia de dibujarse como un aro de perlas que engarza un brillante, la fragata que le traia á su hijo. Habian querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban á su debilitada salud, pero fué en vano; cuando la realidad niega toda felicidad, el corazon se ase á una ilusion y no la suelta, pues solo por ella vive. Pero pasaban los dias, las olas, y las nubes y Tomás no volvia.

Era una noche del equinoccio. Partía el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agotada; y llegaba el frio y severo invierno á reanimarla, sacudiéndola con sus huracanes, y á fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso que todo lo conmovía hasta los ánimos.

¡Oh! cuán dichosa es aquella familia que en semejantes noches se reune completa al rededor de la lumbre, y que despues de dar gracias á Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por los que sufren ó peligran, pagando así su tributo á los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era este el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendabal arrancaba á sus ojos sus últimas lágrimas, como á lós árboles sus últimas hojas y levantaba olas de angustias en su corazon, como olas amargas en el seno del mar. En este

estado de congoja habia pasado la noche; por la mañana, no se hallaba capaz de levantarse. Su hija despues de traerle la taza de sopa que le hacía guardar el padre Nolasco de su pobre puchero, se fué á escoger trigo en casa de una rica panadera.

El padre Nolasco hacía esta obra de caridad sin graduarla de tal; y como en otra ocasion hemos dicho que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales, enternece profundamente, decimos lo mismo en cuanto á las obras de caridad que se hacen sin graduarlas de tales. Sufrir lo injusto sin necesitar resignacion, y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son mirándolo reflexivamente, la perfeccion en ambos géneros; esto es, conformarse sin que ayude la fuerza de la virtud, hacer bien sin el arrastre de un corazon impresionable; es andar derecho sin báculo, caminar al fin sin brújula; es hacer su deber como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apenas se halló sola la pobre viuda, cuando no dejándole sosiego su angustia, se levantó y se fué á la playa.

Quién no ha visto con terrorífica admiracion el espectáculo grandioso del Occéano, cuando á la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la marea, y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que como dice Scheakspear se levantan rizando sus monstruosas cabezas? Quién no ha creido ver vibrar su ira en la vacilante hinchazon de sus olas y oirla en su hondo mugir de acosada fiera? Quién no se ha estremecido al considerar su poderío que en la tierra nada contraresta? Quién al mirar morir una ola en la playa y seguirle tan luego otra mayor, no la ha comparado á aquella hidra fabulosa que ninguna pérdida disminuia, ninguna derrota debilitaba? El hori-

zonte parecia cerrado con un muro de lluvia, la que empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecia Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nubes le robaba su ligero vuelo y airosas formas, y caian de prisa como todo lo que desciende. La pobre viuda parada en la playa, azotada por el huracan que pegaba sus pobres ropas á su demagrado cuerpo, miraba al mar, y nada veia sino esa gran convulsion de la naturaleza, entre la cual habia desaparecido todo ser viviente como barrido por las ráfagas, á las que aquella débil muger resistía, como si su amor de madre la prestase sus últimas fuerzas, así era que no se movia creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas, las blancas velas de un barco que buscase el puerto.



CAPITULO VI.

Aquella tarde entró ufano el Señor Canuto en su casa, y hallando que su muger habia salido, se sintió muy contrariado; daba algunos pasos; se paraba, y se rascaba la oreja formando una especie de gruñido impaciente.

—Qué trae V. señor Canuto? le preguntó la tia Melchora.

—Traigo.....traigo un entripado, contestó el carabinero.

—Y qué es, señor? pues V. no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

—Es....es que me he hallado en la playa á una muger muerta!

—Jesus María! matada?

—No señora, muerta legitimamente de muerte física; pero no es eso lo peor, sino que esa muger es su vecina de V. la tia Tomasa.

—María Santísima! señor Canuto, qué está V. diciendo?

—La verdad sin círculos madroños, tia Melchora, y no es eso lo peor, sino que tengo que dar parte.

—Eso es lo de menos, dijo echándose á llorar la tia Melchora.

—No es lo de menos, vaya! ¿le parece á V. que un parte es un buñuelo que se echa á freir? ¡Y Pepa que no está ahí! Me lo temí, añadió el carabinero viendo reunirse la familia y las vecinas y oyendo sus voces de lástima y desconsuelo. Escriba V. un parte con esta liorna! pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese; ¿No habrias podido callar Canuto, parlanchin del dianche? ¿no sabes que en la boca del discreto lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su muger, á la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto en el que se encerró para escribir su parte. (1)

—Para la pobre, dijo la tia Melchora, es una suerte haber dejado de sufrir, y como era una santa y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

—Y dice V. bien tia Melchora, como que dicen los *autiores* que el castigo que ha dado Dios á Cain es el

---

(1) Este parte no es del caso en nuestra relacion, pero no queremos privar al lector de tan curioso y *áutentico* documento; decía así:

«El susodicho que firma mas abajo da parte á la autoridad del juez de esta *sudiá*, que en el punto de Torre Arenas, que se nombra, hay tendido á la larga el cadáver de una muger muerta del *too*, la que es una viuda sin marido y madre con hijos de esta vecindad; lo que hago saber á mis superiores para no pecar á sabiendas de mi ignorancia para conocimiento de la *dina* autoridá que manda estas tierras y sus *alrcores* y lo digo á V. S. para obsequio de la *umaniá*.»

El encargao
Canuto Micon.

de no morir: unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna, pero morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

—La ida de su hijo la acabó de hundir, dijo Catalina; la que hay que compadecer es á la pobre de su hija.

—Seña Pepa, dijo una de las vecinas, V. que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podria prohijarla.

—Ya ese hermoso y caritativo pensamiento habia surgido en el corazon de aquella excelente muger, pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo que si no se llevaba á cabo echaria sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

—Le ayudaré en lo que pueda, pero eso de cargar con hijos agenos es un cargo de los grandes, y por lo mismo que es voluntario tanto mas obligatorio: dice el refran; brasa trae en el seno quien cria hijo ageno.

—Y quién le dice á la pobre Dolores la muerte de su madre? preguntó apurada Catalina.

—Se lo dirá el padre Nolasco cuando vuelva de la Iglesia, contestó la tia Melchora; siempre para estos casos apurados se cuenta con los padres, y nunca se echan fuera.

Pepa habia entrado en el cuarto en que halló á su marido cerrando el parte que laboriosamente habia escrito, y el que salió para enviarlo con un propio al juez del Puerto de Santa María, partido á que corresponde Rota.

—Sabe V. lo que deciamos, le dijo lo buena anciana, que á esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le habia Dios de enviar un amparo, y ese podría ser V. pues Pepa la quiere mucho.

—Y Pepa que ha dicho? preguntó el carabinero.

—Ha dicho que eso de cargar con hijos agenos, era un cargo de los grandes, pero si V. quisiera...

—Yo querer!!! exclamó el carabinero abriendo unos fieros ojos; no valía mas! soy yo algun mayorazgo de los millonarios para meterme á amparar huérfanos como la Reina? Vaya, tia Melchora, tiene V. unas cosas que son *cosazas*. Sepa V. que dice la sentencia:

Ni fies ni desconfies,
Ni hijos agenos cries;
Ni pongas viña ni domes potros,
Ni tu muger enseñes á otros.

Diciendo esto se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

—Con que, Canuto, ¿no respiraba ya la pobrecita cuando la hallastes? le preguntó llorando su muger.

—Estaba tan muerta como si hubiese estado tres dias en la playa; y la marea que subia le mojaba ya los pies.

—Pobrecita! pobrecita! si siquiera antes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

—Verdad es muger!

—Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: muera V. descansada que yo me hago cargo de su hija, y le diré á Pepa que cuide de la pobre Dolores.

—Dices bien, muger, repuso el carabinero, cuyo aire fiero había sido reemplazado por un aire compunjido al ver llorar á su muger.

—Qué dolor, hombre que no diese tiempo á que hicieses esa buena obra tan propia de tus buenas entrañas!

—Pero muger, no dijistes tú á la tia Melchora que hijos agenos eran cargos de los grandes?

—Y no me desdigo; pero no he dicho que yo los huyese, y mas teniendo presente la máxima de Dios que dice: amparáos los unos á los otros. Y mas te digo, y es que me habia de alegrar que lo hubieses hecho; bien sabes que siempre he deseado tener una hija. Dios no nos la ha dado quizás porque nos tenia destinada á esta desgraciada.

—Pues me parece que seria una obra buena, Pepa y todavia estamos á tiempo; si, si, me parece bien, te ayudará y así podrás tú descansar.

—Por eso no lo hagas, Canuto, pero hazlo por caridad, que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iria á cuidar de que á la pobre ahogada le recogiesen y llevasen á la Iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene á nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrion de hule, salió al patio y dijo á la tia Melchora con prosopopeya.

—Tia Melchora, yo me hago cargo de la niña, que Dios dice: amparáos los unos á los otros, y esa niña podrá ayudar á mi Pepa.

—Pues no dijo ella que no? repuso atónita la buena muger.

—Yó mando en mi casa, tia Melchora, y mi Pepa no tiene mas voluntad que la mia; ahora se desayuna V. de eso?

Diciendo esto salió el señor Canuto á paso de marcha real.

Entró á poco el Padre Nolasco á quien fué referido todo lo que habia pasado.

El padre Nolasco tenia esa impasibilidad tan apreciable y útil en los cirujanos en las dolencias del cuer-

po, como en los sacerdotes en las dolencias del alma; bien sea esta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevacion de alma, ó en los adocenados por la costumbre de su triste mision, esta impasibilidad es inapreciable y dá muy benéficos sus resultados.

—Anda con Dios, dijo el buen padre cuando de todo estuvo enterado; hoy tú, mañana yó, todos hemos de andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto, sino que haya sido sin los sacramentos como un moro de Berbería; pero aquella pobrecita era una justa y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entonces á Dolores que volvia de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

—Dios le dé á Vds. buenas tardes; padre Nolasco, la mano, dijo al entrar, y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

—Y madre? acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados á las mugeres allí reunidas que solo con lágrimas contestaron á su pregunta.

—Pero que hay? preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entonces pareció que toda su sangre agolpada en su corazon le impedia latir y la sofocaba.

—Mi madre! mi madre! dónde está mi madre? gritó al fin.

—Tu madre está dónde todos quisiéramos estar, dijo el padre Nolasco; ya eso no tiene remedio, con que así á encomendarla á Dios como buena hija y buena cristiana; lo demas no es sino faltar á la santa conformidad que es nuestro Cirineo.

Dolores dió un agudo grito y se precipitó hácia la escalera,

Catalina y Pepa corrieron trás ella, y la agarraron por los brazos diciéndole:

—No está allí, hija, no está allí.

—No está allí!!! dijo fuera de sí la pobre huerfana; no está allí! pues dónde esta?

—Está en la Iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban y se arrojó hácia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

—No detenerme! no sujetarme! gritaba la pobre niña haciendo esfuerzos por desasirse de las manos que la sujetaban; quiero verla! quiero ver á la madre de mi alma!

—No vas, que te lo mando yo que soy tu confesor, dijo acercándose el padre Nolasco; pues qué quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la Iglesia? qué ibas á remediar con ir? vamos, hija, sosiegate, que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino á los malos.

Dolores cayó prorumpiendo en gritos y sollozos en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tio Mateo y sus hijos á quienes la tia Melchora habia mandado avisar. Venian consternados: acercáronse á la cama en que yacía Dolores que seguia gritándo entre sus soyozos: quiero ir con mi madre! qué me dejen ir con mi madre! quiero verla, que despues que la entierren no podré mas verla! quién tiene derecho para impedirmelo? mi madre está sola, sola, sola en la Iglesia sin mas compaña que cuatro luces, sin mas ruido que el del viento que sacude las ventanas, sin que vele mas que la lechuza que está en el campanario. Madre! madre! yo quiero ver á mi madre!

—No te aflijas, Dolores, que allá voy yo á velar á tu madre, dijo Lorenzo.

—Y yó tambien, añadió Estéban.

—Dios y María Santísima y todos los santos del cielo os paguen esa santa obra de caridad, esclamó Dolores, que empezó á verter un nuevo torrente de lágrimas, pero cuya desasosegada desesperacion se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente y apoyando ambas manos sobre su corazon, gimió con ahogada voz.

—Qué vá á ser de mí!!!

—Lo que de mí fuese, dijo Pepa abrazándola, porque no nos separaremos; que si una madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mia.

Dolores echó sus brazos al rededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder espresarla mas que con sus lágrimas.



CAPITULO VII.

Eran las doce de la noche: un profundo silencio reinaba en el pueblo, solo interrumpido por el chapaleteo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente marea contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fria y pálida luz de la luna como se esparce suave el eco de un lejano sonido, y el pueblo habríase asemejádose á un relóx parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como un *centinela alerta*, dirigido á sus camaradas.

En el patio de la casa del tio Mateo, estaba un jóven reclinado contra una de las rejas que daban á él. Por el lado de adentro se veia el rostro de una linda jóven, el que cubierto esteriormente por la luz de la luna, é interiormente por una espresion de tristeza aparecía pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacía asemejarse á la imágen de la meditacion, fijando á un tiempo un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho al contrario, tenia el rostro sereno y enérgico del hombre de accion, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones, y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta á todos los obstáculos con brutal arrogancia.

—No te lo decía yo? dijo el jóven, no te lo decia que habias de ser mi novia? lo que yo quiero ha de ser por la fuerza de mi voluntad; tú te reias ó te enfadabas.

—Entónces era yo una niña, Lorenzo, contestó ella.

—Entónces!! como quien dice, há un siglo y hay tres años.

—No sé el tiempo que hay, lo que si sé es que desde entónces dejé de ser niña, y que desde entónces hicistes tú una cosa que te ganó mi corazon, y te habria ganado ciento que hubiese tenido.

—Yo no quiero que me quieras por agradecimiento Dolores; que ese amor es como deuda que se paga y nó como don que se hace.

—Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazon, qué te importa el manantial de que brota?

—Impórtame para saber su calidad.

—La calidad es buena, Lorenzo.

—Eso está por ver, que aun no se há esperimentado; no puedo remediarlo, pero no creo que me quieres.

—Por qué, criatura?

—Por que siempre estás triste, lo que prueba que mi amor no te satisface.

—Mira, Lorenzo, que un amor que á todos los demas borra, no es de buen metal, y que un corazon sin memoria, nunca es firme en el querer.

—Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos, como hacerlo debieras en tus esperanzas si bien me quisieras.

—Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro á todas horas. Este cuadro es el de la madre de mi alma agonizando sola y desamparada sobre la dura y fria arena del mar, sin oir otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez mas, cada una adelantando á la otra y mojando sus pies, de manera que moriría mas de angustia que de sus males. Y yó que no estaba allí!!! yó que no la ví despues de muerta!!! eso, Lorenzo son dos clavos que me atraviesan el corazon y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente solo me queda el hermano de mi alma y Dios sabe si la mar que no pudo hacer presa de mi madre se vengue en hacerla de su hijo, como hizo ya de mi padre. Como he de estar alegre ni olvidar?

—A esa cuenta como que todos tenemos difuntos, no debería nadie quitarse el luto.

—Verdad es, dijo suspirando Dolores.

—Pues entónces á qué crió Dios á los colores; me querrás decir?

—Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo; contestó ella apoyando su frente en la reja.

—María Dolores, dijo Lorenzo con aspereza; quien tanto ama á los muertos y á los ausentes, poco cariño puede quedarle para los presentes.

—Te engañas, Lorenzo, que el mismo sol que dá vida al ciprés, se la dá tambien á la rosa, pero créeme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amargue tu vida y la mia.

—La desconfianza no la teme ni la moteja si no aquel á quien le estorba.

—Yo no la temo, pero me avergüenza como al hombre honrado que registran ni mas ni ménos que al contrabandista.

—Y sabes por que es eso? porque muchos sin ser contrabandistas hacen contrabando.

—Y habia yo de hacer contrabando Lorenzo? preguntó ella con dulce reconvencion.

—Dice el padre Nolasco que las mugeres mienten sin querer mentir y engañan sin otro fin que engañar.

—Lo dice de las malas, pero no lo dirá de mí.

—Yá, como lo há de decir de tí si eres su ojito derecho; quien tiene al padre alcalde, seguro vá á juicio.

—Pues si el padre Nolasco qué es desamoretado y no es de los blandos me fia, razon llevará. Y siempre has de ser así, Lorenzo?

—Siempre, á no volver á parirme mi madre.

—Mira que llevar constantemente un judio en el cuerpo, es un mal, y que de el mal que el hombre tiene, de ese muere.

—Y tú, sábete que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mugeres mucho mal; y la muger hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

—Quiera Dios que siempre lleven todos con la paciencia que yó tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el depotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos dias se puso al público un edicto. Era este un puñal que á todos los habitantes hería, que iba á destruir muchas felicidades, á cortar muchos lazos y á clavarse hondamente en el corazon de las madres, pues este edicto anunciaba el sorteo.

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo porque ánsia, ni las privaciones que le afectan poco, ni los muchos hijos que ama; el drama de la vida

del campesino es la quinta, la bien denominada *contribucion de sangre.* La mano del ministro que firma el decreto que la ordena, le temblaría si supiese los torrentes de amargas lágrimas que vá á costar, los corazones que vá á partir y las existencias que vá á destrozar.

Cuando querrá Dios que veamos la civilizacion echarse en los brazos del cristianismo su padre, y unidos lograr que no se armen los hombres si no voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro, y á la justicia para su fuerza!

La tia Melchora estaba en un estado que participaba de la mas desconsolada desesperacion, y del mas profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte porque tenía otro hijo mayor casado en Chipiona.

Estévan habia salido libre en otro sorteo y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto á Lorenzo decia él mismo, que tenía él presentimientos que por su propia mano le vendría el mal. Y no se equivocaron en sus previsiones ni la madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayeron soldados.



CAPITULO VIII.

La panadera donde solía ir Dolores á escoger trigo, era una jóven viuda que se habia prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretestos para ir en casa de la tia Melchora, y los hallaba igualmente para atraer á Lorenzo á la suya; ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba de algun granero á su casa. El natural desvío que era peculiar á Lorenzo, y que con ella apesar de ser jóven, rica y buena moza, rayaba en hastío é impertinencia, no bastó á hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró mas en él.

El dia que habia caido soldado, fué Lorenzo á llevarle unos melones de su cojumbral que le habia encargado.

Subiólos este al sobrado y volvía á irse sin hablar una palabra como solía hacer, cuando le llamó la viuda.

—Con que, le dijo, has caido soldado?

—No podia faltar, contestó Lorenzo, que tengo la fortuna mocosa.

—Vamos á ver, prosiguió la viuda, y si hubiese quien te diese á mano para que te librases?

—El corazon saltó en el pecho al jóven como si le hubiese tocado la pila de Volta.

—Y sabria V. quizás de quien me emprestase ese dinero? preguntó con ánsia.

—Si, si, contestó la viuda, y quizás de quien te los diese; teniendo presente que real que guarda á ciento, es buen real.

Al oir estas palabras, Lorenzo que habia tiempo conocía las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

—Vaya, que dices, Lorenzo, es tan mala la proposicion, que te encapotas como cielo de Diciembre? qué dices?

—Señora, aconseja la copla,

En tu vida, de nadie
dádivas tomes,
y con eso te escusas
de obligaciones.

—Vamos, vén acá, hombre no estes tan retenido y metido en tí, ni seas como el tio May Miguel, que tenia vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo menos la muerte. Si nó fueras tan díscolo podría una entenderse; ya sabes que mi Juan cuando murió me dejó la casa, el horno y la panadería; yo necesito como el comer un hombre que esté al frente de ella; el trabajo para el que al frente se ponga es poco y la ganancia mucha; podrías tu....

—Señora, yo no entiendo de panadería.

—Tambien sabes que me dejó una piara de vacas

de las grandes y que surte á la carnicería; hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos. (1).

—Señora, yo no he manejado ganadería.

—Tambien me ha dejado buenos cuartos, hallarás morusa.

—¿Y yó que tengo con eso?

—Que podrias manejarlo.

—No Señora, yo no entiendo de grajas peladas, dijo alejándose Lorenzo; no quiero cargos; mientras menos cargos, menos descargos.

—Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son mas que chancharras y mancharras; no te digo claro que á tu querer todo sería tuyo?

—Yo no quiero bienes con tranquilla, dijo saliéndose Lorenzo.

—Habráse visto calza poláinas mas encrestado? murmuró la panadera al verlo salir.

La viuda que tenia la conviccion de que Lorenzo admitiría sus ofertas, se habia dejado decir que bien podia tocarle la suerte á Lorenzo, pero que las insignias de soldado no habian de caer en su cuerpo, que no habia de pisar lodo ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda á casa de los Lopez, ganando en cada nueva edicion, sino correccion aumento. Al tio Mateo lo dejó incrédulo, enagenó á la tia Melchora, y consternó á Dolores.

—Lorenzo, le gritó su pobre madre al verlo llegar, es verdad que la viuda te vá á poner un sustituto?

—Que está V. diciendo, madre?

---

(1) Crias de meses, de uno, dos y tres años.

—Que dicen te dá el dinero para ello.

—Dar! dar! Señora, lo que se dá son los buenos dias.

—Pues no serán dados, serán *emprestados.*

—No se *empresta* sino paciencia, ni se convida mas que á misa, Señora.

—Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

—Yo, madre! pues si estoy como las Animas benditas, deseando siempre que me den.

—Y bien que ha hecho de no tomar prestado, dijo su padre, porque mas que sea un buen trabajador que todos lo quieren y siempre anda pujado, sabe Dios cuando habría podido pagar, y cochino fiado gruñe todo el año.

—Lorenzo, hijo, es que dicen que se quería casar contigo, y tú rehusas esa suerte? dijo su madre.

—Quién ha sacado eso? no sabe V. Señora que es de calidad el nó, que la hembra se lo dice al varon? por que quieren desacreditar á esa muger?

—No la desacreditan hombre, nada malo se ha dicho.

—No; no la echan abajo, pero la van destechando; la envidia, Señora, la envidia! pues como es rica y buena moza las otras rabian y muerden.

—Mientras todos sentados á la puerta se quejaban y lloraban por la ida de los hermanos, Lorenzo que habia notado la penosa é inquieta impresion que habia causado en Dolores cuanto sobre la rica panadera se habló, se habia sentado en el banco en que solía sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del Cielo á las que parecía dirijirse, cantaba en queda pero clara voz y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oido, que hacen necesarias las delicadas y á veces estrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La cancion que cantaba por decontado era dirigida á Dolores, la que no perdía una sílaba del texto, ni una modulacion de la tonada que llegaba á un tiempo tan dulce y melodiosa á su oido y á su corazon.

Era esta la cancion:

Pastor que estás en el campo
de amores tan retirado,
yo te vengo á proponer
si quisieres ser casado.
Yo no quiero ser casado,
responde el villano vil
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Tú que estas acostumbrado
á ponerte esos sajones
si te casaras conmigo
te pusieras pantalones.
No quiero tus pantalones
responde el villano vil
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Tú que estás acostumbrado
á ponerte chamarreta,
si te casaras conmigo
te pondrías tu chaqueta.
Yo no quiero tu chaqueta
responde el villano vil,
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Tú que estás acostumbrado
á comer pan de centeno,
si te casaras conmigo
lo comieras blanco y bueno.

Yo no quiero tu pan blanco
responde el villano vil,
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Tú que estás acostumbrado
á dormir entre gransones,
si te casaras conmigo
dormirías en mis colchones.
Yo no quiero tus colchones
responde el villano vil,
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Si te casaras conmigo
mi padre te diera un coche,
para que vengas á verme
los Sábados en la noche.
Yo no quiero ir en coche
responde el villano vil,
tengo el ganado en la Sierra
adios que me quiero ir.
Te he de poner una fuente
con cuatro caños dorados
para que vayas á ella
á dar agua á tu ganado.
Yo no quiero tu gran fuente
responde el villano vil,
ni muger tan amorosa
no quiero yo para mí.

—Por la noche mientras los demas quintos mas alegres ó con cariños menos profundos que Lorenzo, se reunian y bebian para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrian las calles cantando:

Muchachas si quereis novios
pintarlos en la pared

que los mocitos de España
son de la reina Isabel.

Lorenzo con amarga y trémula voz decia á Dolores:

—Ya sabia yo que me tocaria la suerte! ahora quedas tú campando por tu respeto.

—Válgame Dios repuso Dolores que estaba llorando, te empeñas en amargarme mas la ausencia Lorenzo?

—Me olvidarás Dolores?

—No, aunque me olvides tu.

—Sabes que eso no cabe.

—En tí mas bien que en mí.

—Porqué razon?

—Porque tú no tienes como tengo yo un recuerdo que te alza en mi corazon un altar.

—Y cata ahí porque confiar no puedo en tu amor, que es mas amor de hija que de novia.

—Anda, no caviles, que amor que nace del recuerdo de una madre no será de peor calidad, sino mas santo y mas firme que los que nacen al son de la guitarra.

—Pues júrame guardarme tu fé.

—Te lo juro.

—Porqué?

—Por mi salud.

—No basta.

—Por mi vida.

—No basta.

—Por mi salvacion.

—No me satisface.

—Por el alma de mi madre; pero porqué desconfias tanto?

—Por que me dá el corazon que me has de olvidar.

—Tu corazon es tu verdugo, Lorenzo.

—Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

—Qué cosa?

—Que no te irás de aquí ni del lado de mi madre aunque se vaya Pepa á otra parte.

—Bien está; te lo juro.

—Ahora una cosa te advierto; si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquel mas pan, pues á mis manos muere.

—No amenaces, Lorenzo, que no está eso bien.

—No es amenazarte, es prevenirte.

—No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño. Lorenzo; y ya que desconfiado eres, mas habias de desconfiar de un amor que amenazas, que no de un amor que halagues; disfruta de él como la abeja de su miel, no lo destroces como el lobo su presa, y déjame al partir un recuerdo que consuele y no amargue la ausencia.



CAPITULO IX.

Pasó un año, y en la casa del tio Mateo Lopez cada dia se hacía mas amarga la ausencia de los hijos, por que el padre anciano no podía labrar solo, sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tia Melchora, se habian empañado con las lágrimas, y entristecido con la espresion de un incesante recuerdo. La casa habia venido á ménos, y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aun le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monotonas existencias, suele ser siempre un nubarron en un cielo despejado. Señor Canuto era destinado á Sevilla, y debia partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora, porque no quería separarse de Pepa, esa escelente muger que tanto cariño le habia demostrado, y no podía por la terminante palabra que habia dado á Lorenzo, ausentarse de allí. Tampoco le era posible quedarse con la familia Lopez, por lo atrasada

que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la quería llevar, y la tia Melchora conservarla á su lado, pues la quería con ternura por ese sentimiento que lleva á las madres á amar á los que aman á sus hijos, hallando en el corazon de Dolores un eco fiel de sus cuidados y de su afliccion; pero como hemos dicho, la pobre Dolores se veia obligada á rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar á una huérfana entre dos familias pobres, es pintar como querer. A esto solo contestarémos, que vayan los que no lo crean por los pueblos de campo en que no hay casas de espósitos, y no se conoce el infanticidio, y averiguen qué se hace de las muchas criaturas que llegan á ser huérfanas en un pais en que es por lo regular corta la vida de los hombres, combatida que es por muchas vicisitudes desconocidas en el Norte.

Dolores acudió en sus apuros al padre Nolasco, el que si bien no conocía á Séneca, ni lo contaba en el número de los Santos de su devocion, conocía mucho el corazon, las pasiones y las circunstancias de las gentes de campo; así es que con sana razon y espedientes poco remontados, sabía allanar las dificultades, mejor que otros con mas ciencia y mas alcances hubiesen podido hacerlo. El padre Nolasco sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba hacer,) propuso á Dolores el medio de sacarla de sus apuros.

—Mira, le dijo, Doña Bráulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa, en fin, de mi satisfaccion; métete á servir allí que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas á nadie y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si

el torbellino de tu hermano se hubiese metido á porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaría dando tumbos por esas mares. Qué picudillo era! no bien se le quería enterar de alguna cosa, cuando decía: *ya está acá*, y estaba impuesto, y con eso tenia la sangre de un cordero; mas alegre que el dia, y mas blando que un vellon; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió á la proposicion del padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa, y esta á pesar que tuvo un gran pesar, nada pudo oponer á esta buena resolucion y á las causas que la motivaban.

Doña Bráulia Toro era una buena muger, muy vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena calidad la habia perdido, desde que habia heredado el caudal de Don Marcelino Toro su hermano; en su lugar le habia entrado una desgraciada pasion por lo *fino*, la que la llevaba á amargarse la vida, embutiendo sus recias formas criadas á la buena de Dios, en un corsé, que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francas y patalallanas, en una remilgada afectacion, cuyas ridículas pretenciones quitaban á su trato, como el corcé á su cuerpo, toda la naturalidad bonachona propía de su persona.

En cambio Rosa, que era su hija única, que contaba trece años, era una verdadera hija de la naturaleza andaluza, despejada, viva, alegre, maliciosa y síncera.

Nunca pudiera hallarse un esterior mas en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada, su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando ó riendo; sus hermosos ojos lanzaban ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas é inocentes sin ser cándidas. Su garbosa cabeza en contínuo movimiento y siempre ador-

nada con flores, sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido á su buen corazon y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba á todos á quererla por un irresistible impulso, como es preciso sentir la grata impresion de una fresca y loca brisa.

Rosa creia la alegría, el estado natural y la franqueza, la sola espresion posible en la criatura; no habia aun comprendido las lágrimas ni menos la tristeza.

Le aburrian las gentes sérias, empezando por su madre, desde que se habia metido á fina y compasada; de las tristes huia cielos y tierra. Nunca habia pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexion era mucho peso para una cabeza que no conocía otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su madre, tenia las ventajas y desventajas de esta crianza; tan imposible hubiese sido inculcar una idea grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazon inmaculado. Rosa corria la senda de la vida como las de su jardin; de ambas quería flores por tributo, puesto que criarlas era su mision.

Tenia Rosa dos grandes deseos: el uno ya antiguo era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos, el otro moderno era tener un novio que le diera el inesplicable placer de cogerle las vueltas á su madre y de acudir á la reja *como las mozas*; si ambos deseos se hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abria y cerraba los ojos, una temible rival para el novio, y habria alguna vez logrado lo que no la autoridad materna, el hacerle faltar á una cita.

Cuando su madre habia querido darle maestros ya era tarde; no fué posible que aprendiese la *a* ni que hiciese un palote.

—Pues qué quiere V. decia á su madre que salga yo

ahora como los chiquillos de la escuela: b, a, ba; b, e, be: la cartilla no la se, no me pegue V. maestro que mañana la sabré; para que todas las otras mozas se rian de mí?

A ver la niña! moza tempranera! El saber es de gente fina y es un caudal, decia su madre.

—Qué, señora, objetaba la niña, dice la copla:

Con saber y no tener,
no prevalece ninguno;
que lo que le sobra al sabio
son muchos dias de ayuno.

Doña Braulia habia hecho intervenir en este asunto al padre Nolasco, pero con pésimo éxito.

Todas las edades son buenas para aprender, le decia el padre Nolasco. Tu tio á los cincuenta años aprendió á pintar y salió un portento.

—Pues V. por qué no aprendió á pintar?

—La pintura no la pueden aprender sino los ricos, pero todos pueden aprender la leyenda y todo lo sabe, el que sabe leyenda.

—Sí? repuso Rosa, pues á que V. con su leyenda no sabe una cosa, y eso que es de su oficio.

—Qué cosa?

—En qué se parece un ético á una ermita?

— Tales sandeces! en qué se han de parecer? en nadita en este mundo.

—Pues se parecen.

—Ea, calla.

—Que se parecen, digo; y V. debería saberlo mas bien que yó, que no soy clériga ni médica.

—Qué estas ensaltando, chiquilla?

—Que con tener pluma y leyenda no sabe V. que

una ermita y un ético se parecen en no tener cura; ¿lo sabe V. ahora padre Nolasco?

—Yá levantó el vuelo ese chorlito dijo el padre al ver á Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardin.



CAPITULO X.

Debemos dar al lector una reseña de quien era este don Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

Don Marcelino hijo de un mercader de tan mínimas proporciones, que no cabian el padre y el hijo detrás del mostrador, fué enviado por Marcelino padre á América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detrás del cual, con los años, la paciencia, y la hombría de bien, salió de repente un dia millonario segun sus paisanos, pero en realidad con veinte y cinco mil duros: Volvióse con ellos triunfante á su pueblo, con item mas unas sardinetas en las bocamangas de no sabemos que comisaría; en fin de lo mas ínfimo en la abundante clase de bordados, galones ó sardinetas concedidas á las personas que menos analogía tienen con el significado que representan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desapercibidas. No es fácil que nadie se llegue á hacer una idea de la

íntima dicha con la que don Marcelino volvió á su pueblo del que saliera como Job y al que volvia como Creso.

Lo primero que hizo fué comprar una casa adecuada á un personage como él. Entre las encontradas impulsiones que le movieron en esta empresa, esto es, su deseo del bien estar y de lucir y el apego á los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida, entre su deseo de lucir que le empujaba y el de gastar poco que lo retenia, entre su mal gusto y su afan por lo elegante, se confeccionó la casa del modo siguiente. No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta, pero á poco, pareciéndole chica, compró la de junto y se la agregó. Despues de esto echó menos un jardin, y don Marcelino queria á toda costa jardin, pero un jardin aristocrático en armonía con las sardinetas de su dueño, con boges, estátuas, perspectivas, estanque con peces colorados, y sobre todo con un laberinto; el laberinto era el ideal de don Marcelino. Con este fin compró una tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardin en el que aglomeró todas las cosas que llevamos espresadas, menos las perspectivas por no ser dable, pero las hizo pintar en la pared por un chafalmejas que mandó venir de Cádiz, y con el que entabló las mas simpáticas relaciones como veremos despues. Este jardin, gracias á los jazmines, á las madre-selvas, á las parras, á los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la córte de Flora, se hizo en breve un paraiso á pesar de lo ridículo de su planta y construccion. El laberinto en que solo se perdian los topos, fué un ramillete encantador de mirtos, las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses.

Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un delicioso sitio de sombra y frescura, y los arbustos de flor y los rosales cubrieron decentemente á las estátuas de madera de una Diana raquítica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar mas que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de que se ocupó don Marcelino fué de mandar á su querido chafalmejas que sacase su retrato, con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó en efecto á un gran lienzo la triste figura de don Marcelino, entristecida aun por unas siniestras sombras que le guindaban á ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como un cardenal. Pero en cambio habia echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda que traida sobre el pecho, metía en el chaleco tres dedos como tres garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenía Don Marcelino una carta abierta como un cartelon de toros, en que se leia:

Juan Almazarron fecit.

Esta obra de arte fué colocada en el testero de la sala, y cubierta con un desilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. Don Marcelino se entusiasmó de tal manera con esta obra maestra por el arte de Apeles, que se decidió á cultivarlo él mismo, y á dedicarle sus ocios.

Como el bourgeois gentilhombre de Moliere, que á los cuarenta años se halló de repente poeta, Don Marcelino á los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas lo animó y despertó entre sus sentimientos, (buenos y pacíficos veteranos,) la noble emulacion y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos á la consideracion del lector la monstruosidad de los mamarrachos que confeccionaron entre el discípulo y el maestro! No obstante hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el mas síncero el padre Nolasco, amigo de Don Marcelino; lo que le valió el regalo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que hizo el aprendiz novel, fueron bodegones. El chafalmejas encargado de la composicion y de la pintoresca colocacion de los objetos que debian agruparse, fué á la cocina y trajo una sarten, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa entre otras legumbres en obsequio á Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó á ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fué pues colocada sobre los estropajos que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole unos nabos de vanguardia y unos espárragos de centinela. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellon, esparcía sus rojos reflejos sobre los nabos que trocó en remolachas, y sobre los estropajos, de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Despues del buen éxito de este bodegon, que pasó á adornar el comedor, envalentonado el discípulo pasó á hacer santos. El tamaño de los cuadros fué creciendo con el entusiásmo del pintor, hasta llegar á un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo, y hubo empeños para ir á verlo. El padre Nolasco que estaba mas ancho que el mismo autor, llevó al santo una gran cantidad de admiradores; aquí, aquí, les decía llevándoselos al estremo opuesto del taller, aquí, aquí, que la pintura, el Rey y el Sol, de lejos se ven mejor; y luego enseñándoles los pinceles y los colores, añadía; esto Miguel vale mas plata que tu cosecha; y con tantos colores y tantos pinceles, no quieren Vds. que pinte bien? lo que

tendría que ver es, que con ellos pintase mal; con buenos avíos no hay cocinera mala.

Al ver el triunfo de su S. Cristóbal, la pasion artística de Don Marcelino, se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico; titubeó entre la toma de Rota por Alfonso XI el sábio, por los años de mil doscientos y tantos, ó la toma de Rota por el Conde de Essex, que desembarcó en ella el año de 1700 y tantos, á favor de la traicion del Gobernador del castillo que era italiano y se llamaba Escipion Brancacho. Mas se decidió por la primera, no por ser mas patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron sérias dificultades, no artísticas; estas no existian para Almazarron y su discípulo, pero materiales. Don Marcelino que era chico no podia alcanzar ni á la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios espedientes que se buscaron para poner las manos del artista al nivel del objeto que pintaba, el que se adoptó fué el que propuso el padre Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra que aun existia en su convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso, puesto que el cuadro mónstruo se pintaba en el pátio al aire libre un paraguas por vatıvoz. Metido pues en su púlpito como un predicador, pintó don Marcelino con su acólito la segunda parte; pero quedaba la tercera, á la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito. En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el padre Nolasco: no hallaban espediente. El desaliento iba reemplazando al entusiásmo como en la playa la baja mar á la alta mar. Pero como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas, los héroes

sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confeccion era indispensable proveer al medio de poner á don Marcelino en proporcion de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por don Marcelino, que como el mas interesado halló al fin el medio á propósito cómodo y seguro para ponerse á la conveniente altura. Compró una cincha de albarda, á la que afianzó una gruesa soga, colocó una fuerte argolla de hierro en el techo por la que pasó la soga, afianzóse la cincha al cuerpo, é hizo que tirando el maestro y el padre Nolasco de la soga, lo izáran á la altura conveniente. Todo fué á medida del deseo, y mi don Marcelino con su paleta y sus pinceles en la mano fué subiendo por los aires como un serafin á la gran satisfaccion de los maquinistas del aparato; pero apenas estuvo á cierta altura, cuando la soga que era nueva y muy torcida, con el peso que tenia empezó á destorcerse con creciente rapidez. Fué tal el asombro del padre Nolasco y del maestro, al ver á don Marcelino con los brazos abiertos y gritándo á todo grítar dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron á correr, con lo cual el pobre don Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entonces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse su entusiásmo artístico y colgó las armas de Apeles.



CAPITULO XI.

Don Marcelino se halló en su posesion tan satisfecho, que á haber podido tener noticias de que un francés no habia hallado mas hombre feliz que un paría en una choza india, (1) no se habria reido, porque no era hombre risueño, pero se habria indignado contra las pamplinas y paradoxas de los embadurnadores de papel. Paseaba por su jardin y por su casa en una especie de tranquilo extasis, en el que solo sentía que el dia no tuviese mas que veinte y cuatro horas, y el año mas que trescientos sesenta y cinco dias.

Diez años disfrutó Don Marcelino su bien aventuranza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos segun el consejo que con su buen sentido comun le habia dado el Padre Nolasco diciéndole: finque V. finque V. Don Marcelino, *que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas*, pero al cabo de estos diez años y cuando menos se pen-

---

(1) La cabaña indiana de Bernardino de Saint Pierre.

saba, tomó la parca por tijeras una pulmonía, y en ocho dias pasó Don Marcelino aunque con pocas ganas á mejor vida.

Don Marcelino tuvo una buena muerte; no perdonó á sus enemigos por la razon de no tener ninguno, distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma á Dios, y como postrer debilidad humana, mandó que lo enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana doña Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano y se trasladó á la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por decontado permanecía en el puesto de honor el famoso retrato, en el que desde la muerte de su original se habian aun oscurecido las sombras. No lo miraba una vez el padre Nolascó sin que le tributase un elogio y en seguida le rezase devotamente un padre nuestro. Rosa lo habia notado, y cuando iba allá el padre no cesaba la alegre y traviesa muchacha de llamar su atencion sobre el retrato, segura que no marraba una vez sin que esclamase el buen padre: bello señor!! y le rezase en seguida su padre nuestro.

La madre que habia notado esta travesura, habia reñido á su hija y prohibídole la reincidencia; pero Rosa con su acostumbrada indocilidad no hacia caso de la prohibicion, y el buen padre seguia cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible *bello señor*! y con su inseparable padre nuestro.

Que de espresiones hay, sea dicho en paréntesis, que por triviales y comunes no nos llaman la atencion, y que son las mas profundas sentencias! una de ellas es: cuantos hay que se ván al cielo en calzones blancos! Esto hará alzarse de hombros á los que

consideran al talento como la mayor superioridad del hombre, lo que es el mas craso de todos los errores, y los que están en el no menos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico lo ha dicho: es cierto que lo grande á la manera de los hombres, no es lo grande á la manera de Dios. (1)

Danos verguenza traer citas de un autor profano, cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la sagrada Escritura; pero lo hemos hecho porque creen los mas, que los textos de la Escritura solo pertenecen á las altas regiones del alma y que son impropias á descender y mezclarse en el círculo rastrero de la vida comun; miranlos como el incienso, que es perfume, solo adecuado á los templos, sin tener presente que es este un holocáusto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios al contrario del cielo baja á la tierra para guiar al hombre.

Al dia siguiente de la conversacion que habia tenido con Dolores, fuese el padre Nolasco en casa de la viuda, y despues de saludarla le dijo:

—Braulia, te tengo una moza completa.

—Vaya, me alegro, contestó esta; tiene juicio? es buena cristiana? sabe lavar? es aseada? y sobre todo, no es muy gansa?

—Muger, te digo que es una prenda.

— Padre Nolasco, dijo Rosa, no le parece á V. que el retrato de mi tio le han dado un golpe y que está ladeado?

—El padre Nolasco levantó la cabeza, lo miró y contestó.

---

(1) En su George.

—Qué! no; tan derecho está como estaba tu tio en paz descanse. ¡Qué buena pintura! particular! aquel Juan Almazarron sabia su oficio. El otro dia dijo el cura que hay uno en Madrid que retrata á la Reina, que le dicen don Federico Madrazo, que es un asombro; pero qué! á este no llega; qué ha de llegar! pero esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarron hubiese ido á Madrid, otro gallo le habria cantado! si allí vieran este retrato! ¡bello señor! padre nuestro.

Lo demas lo prosiguió en voz baja.

Lo que estás haciendo, dijo doña Braulia á su hija, bien cierta que el padre no la oia, es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien *ducada*; si lo vuelves á hacer, te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina ó he de poder poco, ¡canario!

—Madre, déjese V. de lo fino, que se quiebra, y deme un racimo de uvas, que las tiene V. mas guardadas que oro en paño.

—La gente fina no come á *deshonra*, objetó la económica señora.

—Padre Nolasco, esclamó la niña, mi madre no me quiere dar uvas, porque dice que es muy ganso y deshonra; ¿no es verdad que mi tio Marcelino que era fino las comia hasta hartarse?

—Verdad es, repuso el padre Nolasco sonriendo á sus recuerdos, las moscateles se traian de la viña á cargas.

—Y como las uvas engordan se pondria como chivo de dos madres, observó suspirando Rosita.

—Ogaño, (digo este año) se han ageñado las moscateles dijo doña Braulia.

—Mentira murmuró Rosa.

—Qué dices? le preguntó el padre Nolasco.

—Que si no le parece á V. gritó la chiquilla que mi tio tiene unos parches para el dolor de jaqueca en las sienes como las gitanas, y un moscon en las narices?

—Qué! no; respondió el padre Nolasco mirando al cuadro; está idéntico; esa mano está propia; á bastantes socorría esa mano que lo están echando de menos; á mí me regaló este vestido y me dijo: Padre Nolasco, que lo deseche V. con salud. En vida de V. respondí yó; pero mi deseo no se cumplió, ni el suyo tampoco se cumplirá, porque mas ha de vivir el vestido que yó; bello señor! añadió suspirando: Dios lo tenga en gloria; padre nuestro.

—Ay! ay! gritó Rosita echando á correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina madre.

Al dia siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida, pero humilde y con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligacion.

—A poco Rosa la queria con estremo y doña Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque ademas de callada, trabajadora y aseada, tenia para la económica y fina señora dos grandes excelencias, comía poco, y no era gansa: un dia dijo á su hija:

—Dolores, muy buena es, pero es un poco zorrolla, (1) tiene unas fuerzas como un mosquito arrecido y anda como gorgojo por alquitran.

—Vaya con las finuras de V. madre, exclamó Rosa soltando una carcajada; por mas que hable V. supuesto la última palabra al centro vá.

Lo que queria decir es *espaciosa*, repuso avergonzada doña Braulia.

---

(1) Pava.

—Y qué quiere V. madre, respondió con viveza Rosa, que todo se lo halle hecho, sin hacerlo, y sea como la beata de Sevilla que ponía huevos con una bebida?

—No se dice madre, se dice mamá ó mamaita, gansa!

—Señora, por el amor de Dios deje V. eso de papa, mama, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda, que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

—Oiga! so desvergonzada, de dónde le vino al garbanzo el pico?

Y qué quiere V. hacer de mí una mona? de eso no ha de haber *naa* madre; trabajadora seré como mula gallega, pero soy mosto de mucha calidad para alambicado: respondió Rosa.

—No quiero que trabajes, para eso tengo moza, repuso su madre; quiero que *cuezas* lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo y aun hubiérase podido decir contento, si su corazon no hubiese contenido el recuerdo de su madre como unas tristes cenizas, y los de Lorenzo y Tomás como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un dia le dijo de repente Rosa.

—Dolores, tienes novio?

El amor en los pueblos de campo como precursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural autorizada y legal, que nunca los que por el están unidos lo niegan, así fué que contestó Dolores sencillamente.

—Si tengo.

—Dichosa tú! repuso Rosa, pero dónde está que no lo he visto?

—Está fuera.

—Fuera? ay! entonces cómo sabes que es tu novio?

—Como sabe él que yo soy su novia, porque nos queremos.

—Un novio que está fuera, es como un gilguero que no canta; á qué sirve eso? yo no lo quiero. Si yo tuviese novio habia de ser para que me trajese música, y nos casasemos prontito.

—Y por qué tienes ese afan por casarte?

—Pues no es nada! para salir de debajo de la férula de mi madre que es mas cansada que un moscon de siesta; pero has de saber que si viene tu novio........ cómo se llama?

—Lorenzo.

—Lorenzo Lopez? ay Jesus! pues si dicen que ese tiene tres por banda y la capitana (1) estas fresca; pobre Dolores! Pues si viene Lorenzo digo y entra á verte, se muere mi madre de berrenchin como un gorrion, pues creo que se ha figurado que todos cuantos novios hay en el mundo son asesinos; estoy para mí que mi padre fué su marido sin ser su novio.

—No entrará, dijo sonriendo dulcemente Dolores.

—Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega á saber; te digo que cree mi madre que los novios traen la peste.

—No saldré á la reja, Señorita, dijo Dolores.

—No me digas Señorita cuando mi madre no esté delante, te lo he dicho mas de once mil veces; mi madre esa chanflona que con el justillo ó cotilla que há echa-

---

(1) Génio fuerte, mal carácter.

do, y con la manteleta de *fleque* parece un revoltillo mal liado, lo echa de Doñata y le pega el Doña, como á mí el trage de cola de la infanta; sucédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que ántes hacía, se podian presentar al Rey; natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas, nadie las hacía como su mercé; ahora no quiere hacer mas que *buines* y todos los quema ó los deja crudos, y no se pueden comer; pero ya que tienes novio, Dolores, deberías estar contenta y alegre, no que siempre estás con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios, ni hablas, ni ries, ni cantas.

—Tiempo hubo, respondió Dolores en que reia y cantaba, pero si perdí á mi padre ahogado, á mi madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazon embarcado y tan lejos de mí, que la ausencia es ya de años y puede que sea eterna; si á Lorenzo tocó la suerte de soldado y tambien partió, como quieres Rosa que pueda hablar, cantar y reir?

—Verdad es, dijo Rosa, á cuyos ojos asomó una brillante lágrima; pobre Dolores!! pero consuélate, muger; los muertos están con Dios, y los vivos volverán.

—Amen, contestó suspirando Dolores.



CAPITULO XII.

Una tarde estaba Dolores ocupada en el jardin, que habia transformado en huerto la económica Señora Doña Bráulia, la que tenia la ventaja de tener innato el espíritu del hoy tan encomiado *positivismo.* Unas rechonchas, robustas y apretadas coles, reemplazaban los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que antes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habian usarpado el suyo á las airosas dálias.

Como es de pensar, la hija se habia desesperado, y habia vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores. Vaya! decia en tono dolorido á la gansa de su madre; que está V. con las flores como Sesto Quinto, que no perdonaba ni á Cristo! no vá á quedar en el jardin mas rosa que yó. Ojalá y se le vuelvan á V. éticas las coles, se le sequen las lechugas, y se le pudran los nabos.

La tarde estaba mústia, y un viento que ya gemía anunciaba el invierno. Dolores miraba á las nubes que

pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; á sus oidos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban mientras que se impregnaba la atmósfera de la oscura sombra que esparcía una negra faja que cubría el horizonte al lado del Sur.

—Dónde? dónde? pensaba alcanzará á mi pobre Tomás el temporal que se acerca? será en el mar, en la tierra ó en la tumba? acaso no veré mas á ese hermano de mi alma?

En este instante se oyó llamar á la puerta de la calle y Dolores acudió á abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente sobre su rubia y rizada cabellera el gorro catalan; por sus morenas y sonrosadas mejillas se deslizaban dos lágrimas que contrastaban con la alegría de corazon que hacía sonreir su bella boca.

—No me conoces? dijo viendo á Dolores que callada aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oir aquella voz, un grito salido de lo mas profundo del alma, con la palabra: hermano mio! fué lanzado por Dolores que se echó en los brazos del marinero. Pero este goce íntimo fué interrumpido; las fibras de Dolores mucho há acostumbradas al sufrimiento y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegria, y cayó sin sentido.

Habian acudido al oir el grito Doña Bráulia y Rosa.

—Qué es esto? qué es esto? quién eres, muchacho? dijo la primera.

—Soy su hermano, Señora; contestó Tomás.

—Si eso fuera, no la habrias asustado.

—Pero Señora.....

—Lárgate, lárgate, que no traes tu fé de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones.

—Madre, dijo con decision Rosa, este es Tomás, el hermano de Dolores, no hay mas que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color á una rosa blanca.

—Calla tú la boca, caridelantera, le dijo su madre; y trae vinagre para que lo huela Dolores, y tú, añadió dirigiéndose al marinero, coge el pendengue que estás demas. ¿Pues qué, no hay mas que entrarse por las puertas agenas como Pedro por su casa?

Habríase dicho que un profético instinto hacía á la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo jóven, pues si bien su dinero y su plata no corrían riesgo en su presencia, lo corria un tesoro de mucho mas valor.

Quien no ha visto con placer y simpatía en el cielo esos celages blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, y sin pretender averiguar que emanaciones los formaron, que auras los elevaron y dieron su direccion?

Así es, que sin buscarles causas, ocasiones ni motivos, presentarémos desde luego semejantes á aquellos, los suaves, ligeros y rosados amores del jóven marinero, y de la niña Rosa.

Dolores se habia opuesto á estos amores que habrian desatinado á Doña Bráulia, pero no habia sido atendida ni por Rosita ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados á un naciente amor, si lo contrarían, son como gotas de aceite echadas sobre una llama; la avivan.

—Rosa, decía Dolores, mira que esos amores no llevan camino, ni han de tener buen fin, tu madre no ha de querer por yerno sino á un Señor rico y principal.

—Pues como no se ponga mas manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca; respondia Rosa. No me hacen gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de Señoritos de Cádiz; Vírgen de

Regla, ¡vaya una patulea de Señoritos! llevaban unos sombreros sin forma ni manera, con mas alas que un tejado; los brazos descoyuntados, la ropa holgada como sayal de boyero, é iban mas destartalados, y mas descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requebrar, y yo le dije: póngase V. en una horma, Señor, que vá V, muy *desbaratáo.* Nada, Dolores, los principales son para las principalas de gorra y mantellina, cada oveja con su pareja, hermana.

Así, pues, en este amor infantil todo era hojas suaves y flores efímeras, ménos la voluntad que era el tallo.

No solo habian sido ambos atraidos el uno hácia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el cesped, sino tambien por haber sentido Tomás el ánsia de echar un áncora á su corazon sin lastre, y en Rosa por el vivo placer de demostrar á su madre con hechos, como lo hiciese ya de palabra, que diferenciaban de un todo en punto á la idea que ambos tenian formada sobre novios. Así era, que con la habilidad mas diestra y el placer mas estremado, sabia cogerles las vueltas al Argos mas fiero, pero mas descuidado del mundo, y acudir á la reja para hablar á Tomás. En honor de la verdad debemos decir, que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y ménos sentimentales, no se trataba mayormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas, el puesto de presidente. Solian ser de este género:

—Qué traes? preguntaba el *novio* á la *novia* al hallarla sin poder hablar palabra, no por emocion, ni ménos por turbacion, sino por la risa que la ahogaba.

—Qué he de traer! contestaba Rosa; que ahora mismo decía mi madre al padre Nolasco: mi niña (mira tú *mi niña* con catorce años ménos dos meses y veinte dias!)

mi niña, decía su mercé; no sabe siquiera la palabra amor; mi niña! á los veinte y cinco años ha de llegar sin haber mirado á un hombre á la cara; eso queda de mi cuenta.—Pues queda de la mia, Señora madre, pensé yó para mis adentros, el no llegar á los diez y seis sin haberle dado á su mercé un nieto; para entónces ya serás piloto, y te podrás casar, no es verdad Tomás?

Por supuesto; pero hay que atender Rosa, que son Vds. tu madre y tú, muy empingorotadas para mí, y que tu madre no ha de querer.

—Qué empingorotadas! sí, tio Miguel Lechugas el que vende y pregona: *abanico de calaña, si se rompe el papel queda la caña*; es primo hermano carnal de mi madre; pero si no quiere, me sacas por la iglesia y yá está.

—Y tú, qué respondistes á tu madre, preguntó Tomás.

—Que respondí? atiende: le dije al padre Nolasco: padre, mire V. á mi tio.—El padre lo miró y dijo: *bello Señor*, y le rezó un padre nuestro como hace siempre que lo mira; yo me habia puesto lejos de mi madre, porque cada vez que nombro á mi tio me tira un pellizco.

—Oiga! y por qué?

—Por que no lo hago sino con el fin de que el padre Nolasco le rece un padre nuestro, y mi madre en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda, porque desde que ha heredado y se ha metido á fina, ha echado un génio como un dragon.

—Pero vamos al caso; tu respondías acaso á tu madre con llamar la atencion del padre Nolasco sobre el retrato de tu tio?

—Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque; le dije pues al padre Nolasco cuando concluyó su rezo; padre,

há visto V. en su vida de Dios un Señor mas feo que mi tio?—Jesus que *desacuero*! (1) dijo mi madre que ya sabes lo echa de fina, y es tan fina como yó, y entrambas lo somos como albarda vuelta del reves; ¿qué tiene mi hermano de feo?—Todo, respondí yó, pero en particular las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color que es de membrillo cocho.—No era feo, que era un bello Señor; dijo el padre Nolasco, que es tan bonito como era él.—Pues sepa V. le dije, que es tan feo porque nunca se casó.—Véte, véte al jardin á regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi madre.—Alegréme de verme despedida como villarda, eché á correr y me vine aquí mas pronto que la luz, y su mercé detrás y me encerró. Me rio; (y no me he de reir?) porque ya ves tú, que el buey que me corneó, á buena parte me echó; pues aquí pelo la pava, cosa á la que siempre me ha tirado la inclinacion, y que me gusta mas que una misa cantada; mientras no venias me puse á cantar:

El hablar quiere gracia,
el cantar brio,
y el pelar la pavita
quiere sentido.

—Mira, Tomás, estaba rabiando por decírtelo.
—El qué?
—Que estoy contentísima.
—Por qué?
—Que se yó.
—Pues yo tambien lo estoy, pero sé por qué.
—Pues por qué?

(1) Desafuero.

—Por que eres mi novia.

—Yá lo creo.

—Y tambien porque el capitan me ha dicho que me vá á llevar de marinero y á enseñar el pilotage.

—Y dónde te vá á llevar?

—A Hamburgo.

—Otra vez vas á las Indias?

—Nó, esto es por otro lado.

—Mas lejos?

—Nó, mas cerca, de la vuelta arriba.

—Anda con Dios; pero mira que no quiero que vayas mas á Montevideo, que dice el padre Nolasco que quien lo cuenta una vez, no lo cuenta dos.

—No hagas caso de lo que dice el padre Nolasco, en tratándose de navegar, porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del bautismo.

—Tengo que decirte, Tomás.

—Y yo á tí, Rosa.

—Pues empieza tú.

—Nó, tú, que las faldas van por delante.

—Pues es un acertijo; á que no lo adivinas?

—Veamos.

—Pues atiende:

Yo y mi hermana diligente
andamos en un compás,
con el pico por delante
y los ojos por detrás.

Los ojos por detrás? el pico por delante? Será el pavo real.

Qué *espilfarro*! acaso son dos hermanas? las tijeras, torpon, las tijeras. Dime tú uno, que me divierte; anda.

Tomás dijo:

Una dama hermosa
corre su fortuna,
corta sin tijeras
cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa y murmuró:

—Una dama hermosa? yó; corre su fortuna? yó; corta sin tigeras? un sayo, yó; pero eso de coser sin agujas no caigo.

—No me tienes cosido sin agujas á tu reja, muger?

—Mira, verdad es.

—Pero no es eso, y no has acertado.

—Pues qué es?

—Es la lancha.

Ay Jesus! mi madre, dijo Rosa, y si me coge aquí me pegará, eso no me importa, pero mandará tapiar la ventana, y eso si me importa.

Diciendo esto echó á correr, pero volviéndose de repente:

—Cuidado, Tomás le dijo, que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y ligera y callada como una exalacion desapareció.

Cuantos pecados condena la maledicencia como mortales que son tan veniales como el referido! Cuántas niñas por falta de recato y de modestia se exponen á que sufra su fama!

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apenas se habian reunido algunas gentes, cuando Estévan reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano presentándose solo en su casa, debía ausentarse, buscar á Lorenzo que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fué, que se deslizó por entre las gentes que habian acudido, pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aun tomado las señas aunque sin reconocerlo.

Estévan recorrió en vano aquellas cercanías, no halló á su hermano; dirijiose á Sanlúcar donde al dia siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbacion que era espiado, y á la tarde al salir de una taberna en la que habia entrado á escuchar lo que hablaban por ver si algo averiguaba de su hermano, ó del estado del herido, fué preso.



CAPITULO XIV.

Dolores acostumbraba siempre pasar las tardes de los domingos en casa de los Lopez, pero desde que habia venido Tomás, ansiaba por que llegasen esas tardes de asueto, por que las pasaba al lado de su hermano que paraba en su antigua morada, á donde fué en derechura desde que desembarcó, y de donde no lo dejaron salir la familia Lopez que lo miraban como cosa propia. Habian pasado los dos hermanos como siempre la tarde, hablando Dolores de su pobre madre, y despues distrayéndola Tomás con referirle sus viages, sus percances y fortunas con vivos y alegres colores.

—Todo eso está muy bueno, Montevideo, le decia el padre Nolasco, pero no habría sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos, y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

—Padre Nolasco, respondía Tomás, vé V. esas nubes?

El padre Nolasco miró al cielo y contestó.

—Las veo, y qué?

—Pues dígale V. que se estén quietas á ver si lo hacen.

—Pues mire la comparacion! buen arriero tienen para que se estén quietas.

—Pues padre, otro tengo yó que no me deja parar.

—Habráse visto rabo de lagartija como este!! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz; no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas!

—Con Dios, Dolores, dijo á la caida de la tarde Tomás.

—Ya te vas? respondió esta con tristeza.

—Me precisa, repuso con aire de importancia su hermano.

—Si no puede estarse quieto, observó gruñendo el padre Nolasco.

—Tomás, Tomás, le dijo su hermana que entendió donde iba; con que no quieres hacer caso de mis consejos?

—Vamos, repuso Tomás riendo, ahora vienes tú haciendo la segunda parte del padre Nolasco? pues mira, yo tambien te aconsejaré con la copla:

(Tomás se puso á cantar:)

Dejad llorar á las nubes
dejad alumbrar al sol
dejad al viejo quejarse
y al mozo gozar su amor.

—Si fuese reina y tuviese por hija una princesa, todavía me habia de parecer poco para él, dijo Dolores siguiendo con la vista á su hermano.

—Pero que precioso mozo se ha hecho, repuso la tia Melchora; no me canso de mirarlo.

—Y ha conservado su mismo génio de ántes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel; añadió Catalina.

—Verdad es, dijo el padre Nolasco, sería completo si no fuera tan terco.

En la misma hora que tenía lugar la catástrofe que hemos descrito, se preparaba Dolores á regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: *un herido*!

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmoviente; cantos, risas y juegos, se estinguen instantáneamente; sucédeles un hosco silencio, solo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror, y de todas las casas se ven salir mugeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañuelos, y dirigiéndose presurosas al sitio de la catástrofe, murmurando con angustia: mi marido! mi hijo, ó mi hermano! Si es una riña y llegan ántes que se haya terminado, se las vé verdaderas heroinas, no por vanagloria, sino por amor echarse denodadamente entre los combatientes sin temer á sus puñales ni á la ceguedad de su ira, lo que prueba que el ideal á que pueden llegar los sentimientos del corazon, se halla en la naturaleza mas cumplido y santo que no en las creaciones romanescas, pues que el ideal del sentir está en el corazon que lo exala, y no en la cabeza que lo crea.

—Es Tomás, Tomás, el hijo de la pobre tia Tomasa, digeron unas mugeres al pasar por la calle.

—Qué dicen? preguntó Dolores, á cuyos oidos llegaron el nombre de su hermano y de su madre; qué han dicho? volvió á preguntar cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pié.

Catalina se habia arrojado á la puerta de la calle y corría fuera de sí para alcanzar las mugeres que acababan de pasar.

—No me impuse, contestó á Dolores mas muerta que

viva la tia Melchora á cuyos oidos habian llegado ambos nombres.

El padre Nolasco nada habia oido, y el tio Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres que traian tendido sobre una escalera al herido; yacía este sin sentido, estaba blanco como el jazmin caido de su rama, y parecía dormir sin dolores y sin encono.

—Mi hermano!! gritó con sofocada voz Dolores cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

—Tomás! Jesus! dijo con dolor el tio Mateo, quién ha sido el malvado que ha herido á ese inocente?

—No se sabe, respondieron los hombres.

—Tomás! hijo mio, no me oyes? dijo el padre Nolasco tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño; está muerto? añadió acercando su mano al rostro del herido. Nó, corred, corred por el cirujano.

—Ya viene, le fué contestado.

—Tomás fué acostado en la cama que habia sido de Lorenzo.

Llegaba el cirüjano que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al padre Nolasco:

—Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que lo administren, pues no pasa la noche.

El Padre Nolasco se volvió á la cabecera del herido, que en este instante volvía en sí y decía:

—Dónde estoy?

—En mi casa, en mi casa, respondió la buena anciana; en la cama de mi Lorenzo.

—Sacadme de ella, sacadme de ella, dijo con débil pero azorada voz el herido.

—Y por qué, hijo?

—Por que si muero no querrá Lorenzo volver á acostarse en ella, respondió Tomás.

—En ella vas á curar, hijo mio, repuso la tia Melchora.

—Nó, nó, dijo el pobre niño, voy á morir; y volviendo los ojos entonces hácia el padre Nolasco prosiguió con dulce sonrisa, ya veis padre que no era en la mar en donde me aguardaba la muerte!

—Mejor para tí, que vas ahora á morir como un santo, rodeado de tu gente y teniéndome á mí á la vera para administrarte los santos Sacramentos, contestó el padre.

Entró en este instante el Alcalde para tomarle declaracion. Tomás contestó á las preguntas de este, que habia sido herido por equivocacion, segun oyó decir al agresor, á quien no conoció, pero fuese quien fuese lo perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarlo solo con el padre Nolasco, á fin que pudiese confesarlo.

Cuando hubo terminado la confesion y el padre le preguntó si le quedaba aun algo sobre su conciencia, contestó:

—Algo, sí, padre, he mentido ahora poco.

—Cómo es eso, hijo? ahora poco?

—Sí, dijo el moribundo; he dicho al Alcalde, he dicho que no conocí á mi matador.

—Y qué, lo conocistes?

—Bajo sigilo de confesion os digo que sí, padre, lo conocí.

—Y quién fué?

—Eso no lo diré yo, padre, que el callarlo no grava mi conciencia.

En este instante fué el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitacion que esto produjo

en la casa, permitió á Dolores el escapar á la vigilancia de algunas mugeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estátua de mármol de un sepulcro.

—Pobre Dolores! dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, mientras dos lágrimas asomaban á sus ojos quebrados ya por la muerte que lo invadía, y dulces aun por la vida que le quedaba.

—Ya le llegará su vez de descansar, dijo el padre Nolasco; véte, véte, añadió entregando á la desesperada é inerte Dolores en manos de las mugeres que la habian seguido; véte, que perturbas su alma. No pienses mas que en Dios que es tu padre y te llama á sí, añadió volviendo á la cabecera del agonizante.

—No pensaré mas que en él, murmuró Tomás alzando sus ojos aun llenos de lágrimas al cielo.

—Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mio, levanta tu corazon al Señor misericordioso, á quien vas á ver, y muere tranquilo que aquí estoy yó encomendándote el alma como si fueses mi propio hijo.

Tomás apretó suavemente la mano del padre, sonrió, cerró los ojos y no los volvió á abrir.

Entonces en voz baja, luego en voz mas alta, y luego en gemidos, pasó de boca en boca esta terrible voz: *murió.*

—Que dolor! que dolor! exclamaban las mugeres; las campanas van á doblar solas! quién vió tal iniquidad de matar á este inocente que á nadie ofendió ni con el pensamiento! Y le perdonó! añadian otras llorando; era un ángel, que ha muerto como ha vivido, sin hacer daño á nadie. Si esta es la muerte de Abel!

Dolores estaba como petrificada, sus ojos no lloraban; sus labios no gemían, y solo de cuando en cuando

un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mugeres la habian puesto sobre el corazon un pedazo de paño de grana; habian salpicado su rostro de agua, y á todo resistía su inercia. De repente se levantó, fué á su arca que guardaba en su cuarto la tia Melchora, sacó todo el dinero tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado á comprar su ajuar de novia, y entregándoselo á la buena anciana, dijo con voz que apenas se oia.

—Para la caja, tia Melchora, que quiero que lleve caja propia para el entierro, y para sufragios; dicho lo cual dió un gemido y cayó desplomada al suelo.



CAPITULO XV.

Estévan habia sido conducido á Sevilla y debia juzgarse por un consejo de guerra.

En los interrogatorios habia sostenido con calma y firmeza que no habia cometido el crímen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda que fué el primero que habia acudido al lugar de la catástrofe y que le habia hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crímen; reconvenido con la objeccion de que hallándose allí en el momento de suceder la muerte, debería haber visto al asesino, lo negaba; lo que aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida ó fuga de Rota á esa hora, á pesar de declarar que era aquel el destino de su viaje; su afan al siguiente dia en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber cuanto sobre la catástrofe se decia, y averiguar si habia muerto el herido; alguna turbacion y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de tal manera en contra de él,

y el crímen era tan horroroso que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Estévan la oyó con serenidad; debe en efecto ser menos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como espiacion.

En el momento que se iban á llevar al reo de la sala del consejo, salió de entre un grupo de hombres, un jóven que se adelantó de repente con paso firme hácia el tribunal. La lívida palidez que cubria su semblante enérgico no parecia debida á la emocion del momento, pero anexa á aquel rostro en que nada de la vida parecía haber quedado si no un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

—Ese hombre es inocente, dijo con acento firme y seco dirigiéndose al consejo.

—Cómo lo sabeis, y cómo podreis probarlo.

—Entregando al reo.

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pues traedlo.

—Está ya aquí.

—Pues quién es?

—Yó.

—Vos!!!

—Yó, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio debido al asombro y estupefaccion que causó esta escena.

—Hermano! esclamó al fin Estévan; que has hecho?

—Y tú habias pensado contestó el otro en tono de reconvencion, que te dejaría yo morir! Oye, de cuando acá me has tenido tú por un infame? Nunca fuí bueno, lo sé, siempre tuve en mí mismo el enemigo que debia perderme; pero de ahí á ser un vil cobarde que

dejase pagar á un inocente mi delito, vá mucho hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel y no lo conseguí, porque nada bueno podia lograrse al que Dios dejó de su mano. Así pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de quien á hierro mata, á hierro muere. Adios, consuela á nuestros padres y perdonadme todos!

El consejo en vista de este inesperado incidente se suspendió, y Lorenzo fué mandado trasladar á la cárcel en lugar de Estévan que quedó libre; mas este estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin accion y sin voluntad; sintióse fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándolo sin que el anonadado Estévan pusiese resistencia, lo llevó á una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducía.

—Animo, ánimo, le dijo presentándole un vaso de vino; ánimo que lo requieren las barbas.

Estévan levantó los ojos, y por vez primera miró á la persona que lo habia traido á aquel sitio.

—Sois vos? esclamó, y os habeis atrevido?......

—Para las ocasiones son los amigos respondió su conductor que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

—Con que te ibas á dejar matar? esclamó Pepa que habia acudido y abrazaba con lágrimas á Estévan.

—Y habia de delatar á mi hermano, señora? contestó este.

—Ahora mismo te vas á meter en el vapor é irte á Sanlúcar y de ahí á Rota, que ojos que no ven corazon no quiebran, opinó el carabinero.

—Perdone V., señor, repuso Estévan que volvia á recobrar su energía, que yo ahora voy al lado de mi hermano.

Por mas que hicieron Pepa y su marido para apartar á Estévan de su intento no fué posible.

El carabinero lo acompañó, pero cuando llegaron á la cárcel como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial por quien Estévan habia sido defendido á recibirlo.

—El reo, dijo, me envia á vuestro encuentro por que no quiere veros no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, si no por interes hácia vos, que no podriais verlo sin sufrir un dolor tanto mas vehemente, cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del que vá á morir es sagrada, que la atendais, y le deis con ello ese último consuelo; partid en este instante, id á consolar á sus padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicacion con este mundo, pues desde que me la dictó, solo tiene su mente en la eternidad que tan magna aparece á la hora de morir. No os desesperanceis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oir estas terminantes palabras, el infeliz Estévan volvió á caer en su sombría inercia.

—Pues qué! murmuraba con ahogada voz; no lo veré mas? no volveré á ver al hermano de mi alma? Jesus! María Santísima! esto es peor que morir! mas valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero con sus pocas palabras, pero su mucho celo se llevó á Estévan.

—Animo, ánimo, repetía, es preciso hacer de tripas corazon; vete á tu casa; que vas á hacer aquí?

Diciendo esto lo arrastraba consigo por la orilla del rio y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor á salir para Sanlúcar. Cuando llegó lo metió en la embarcacion;



CAPITULO XIII.

Mientras Rosa y Tomás tejian su corona de flores de primavera, habia llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporariamente parte del ejército, y los dos hermanos Lopez recibieron permiso para venir á su pueblo. No quisieron avisarselo á su familia para sorprenderla; en Lorenzo entraba la sorpresa, no solo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, pero tambien la intencion de no dar tiempo á que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir, se le pudiese ocultar.

Era un Domingo. La tarde declinaba dejando paso á la noche; inclinábase el Sol hácia su descanso, cual si le pesara su corona de dorados rayos. El viento habia refrescado, impregnado del frio hálito de la noche. Los aviones habian tocado ya estrepitosamente á silencio á la grey aérea, y solo el mochuelo tímido y acosado de dia, se quejaba en su soledad como el Paria de la segregacion de su casta. Las olas se estendian

indolentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz, al de una queda y monótona cantinela; una á una como las quedas palabras del tímido, salían las estrellas para estampar en el cielo la de: *descanso*.

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar á Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y les gritase: *llegad*.

—Ya siento, dijo el mayor no haber dado aviso de nuestra venida á madre; la pobre no está ya para sacudidas.

—Pues yo no lo siento, repuso el menor, que la alegría dá vida; y de esta suerte, me cercioraré de como se porta Dolores.

—Calla, Lorenzo, calla; que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

—Estévan, dice el refran, que de la mala muger te guarda, y de la buena no fies nada; Dolores se ha metido á servir contra mi gusto en casa de Doña Bráulia; el por qué? no he podido averiguarlo, y algun por qué lo debe haber; no me lo ha querido mandar á decir; se echa fuera, y herradura que chapeletea clavo le falta, y firme no está. A qué entrar en una casa estraña pudiendo estar al lado de mi madre? Así uniendo puntas con cabos he venido á entender por esas turbieses que algun gusano encierra el capullo.

—Estás como el Profeta Jeremías, que anunciaba la desdicha ántes que viniera al mundo. Ya está aviada tu muger!! ha de ser bien desgraciada; pobre Dolores!! Ha entrado á servir, pero en qué casa, hombre! en casa de Doña Bráulia la viuda, que no tiene mas que una niña chica y es mas recogida y honrada que una Santa Mónica!

Yo nada digo en contra de la viuda, pero lo que su-

ceda en su casa no lo sabe madre.

—Hermano, dijo Estévan.

No adelantes el discurso
sino para pensar bien,
que á veces nos discurrimos
lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te habia de estar bien empleado de hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

—Ni en chanza digas eso, hermano, que en chanza es y cria mala sangre.

Habia anochecido cuando llegaron al pueblo.

—Pasemos por la casa de la viuda, dijo Lorenzo.

—Hombre, despues irás, vamos primero á casa, que sobre padre no hay compadre, contestó Estévan.

—Hermano, repuso Lorenzo dirigiéndose á la izquierda, si no son si no dos pasos mas.

Estévan titubeó, pero por no entrar solo en su casa siguió á su hermano á alguna distancia.

Este se habia acercado á la casa de la viuda, y en la ventana última vio á un hombre en la reja.

Como habia anochecido, y le volvia la espalda solo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesuradamente, una nube pasó ante su vista, su cuerpo se estremeció como la tierra antes de abrirse paso la lava. Acercóse sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

Algo sabia Estévan! murmuró entre sus apretados dientes Lorenzo.

Con que, decía el de la reja en voz que no cuidaba que fuese oida, me querrás siempre?

—Por sécula sin fin, murmuró una suave y alegre voz de muger.

—Y te casarás conmigo?

—Por supuesto; vaya!

—Aunque se opongan?

—Aunque se opusiese el rey y todo su ejército capitaneado por el padre Nolasco.

—Jesus me valga! soy muerto! gritó el infeliz jóven cayendo desplomado en el suelo.

—Y por mí, dijo en lúgubre é iracunda voz Lorenzo; veremos si os casais sin que se oponga y lo impida el que oponerse é impedirlo puede.

—Lorenzo, hermano, has sido tú? gimió con dulce voz el herido que reconoció á su agresor.

—Dios del cielo! quién me nombra? esclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

—Yo, yo, Tomás; no me conoces?

—Tú! tú! tartamudeó Lorenzo dando diente con diente, echándose sobre el herido, y reconociendo con asombro las lindas é infantiles facciones del hermano de Dolores; levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo. Dios me maldiga! esclamó en desatentado parasismo de desesperacion.

—No, no, dijo con debilitada voz el herido, él te perdone como te' perdono yo.

Y el pobre niño perdió el sentido.

—Huye, hermano, huye, dijo Estévan que á pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que á las voces que habia dado Rosa acudian gentes; huye; yo cuidaré de este infeliz, y puede que quiera Dios que se salve; huye, prosiguió empujando hácia una callejuela á su hermano que con los puños cerrados se golpeaba la frente; quieres matar á padre y á madre?

pagó su pasage, lo recomendó á un camarero conocido suyo y se volvió á tierra en el mismo momento en que levando el áncla el vapor empezaba á imprimir á aquella pesada mole el impulso que la habia de hacer lijera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

Qué pluma podrá pintar las destrozadoras escenas que se sucedieron en la casa antes tan feliz de la familia Lopez al saber golpe sobre golpe, mediante á la brusca franqueza campesina las desastrosas nuevas de que era Estévan portador! Quién puede pintar aquella desatentada desesperacion, aquel sufrimiento infinito! Cuanto decirse puede, quedaria muy atrás de la realidad como se queda el pincel, que intenta pintar el agua y el fuego, á los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolacion fué leida por el padre Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue:

«Ni á Dios ni á los padres se les pide nunca per«don en valde, y como á Dios se lo he pedido, os «lo pido á vosotros, á quiénes tan mal pago he dado «por el amor que me han tenido. No se aflijan Vds. «por mi suerte, que no llevo mas que lo que merezco, «y lo recibo resignado, á la vez como castigo y espia«cion; hermano, Dios te pague el gran cariño que me «has demostrado, que si viviese no te lo pagaría besan«do la tierra que pisas. Otra cosa quiero que hagas «por mí para poder morir tranquilo; á esa desdichada «á quién dejé en una mala hora sin arrimo ni calor «de nadie ampárala, cásate con ella; hazle dulce la «vida que tan amarga le hice yo; y para que muera «tranquilo, prometedlo al leer mi carta, para que las «palabras dadas al que vá á morir se cumplan pues «el saber que se cumplen, ha de ser el consuelo que «me lleve yo á la tierra. Perdonadme y encomendad«me á Dios, que el es el que nos cousuela á todos.»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Estévan se acercó á la cama en que yacía cual un cadáver convulso la infeliz Dolores.

—Dolores, le dijo la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tu puedes tener otro marido que yó, ni yo otra muger que tú. El confía en que no haremos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

—Si no consientes, dijo con angustia Estévan, es que no lo quieres á él, no me aprecias á mí, y no estimas á la familia; prometes Dolores, que el tiempo urge.

—Prometo, gimió Dolores, hacer lo que él quiso y tu quieres.



CAPITULO XVI.

Seis dias habian pasado en esta agonía; la pobre madre estaba en una convulsion casi contínua; el padre habia envejecido de golpe y su cuerpo hasta entonces robusto y derecho se habia doblado cual el árbol que venció un huracan. Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor á sus padres para no dejarse postrar por su dolor, y Estévan anonadado sofocaba su desesperacion por no aumentar la de sus padres. Solo el padre Nolasco estaba sereno, y era á su vez la providencia de esa familia, como ella habia sido la suya. Cuidaba á todos, y á todos exortaba con fuertes argumentos á la conformidad en las penas aun las mas acerbas; puesto que para ellas la prescribe Dios, y de la que tan admirable ejemplo nos dió su santa Madre. A intérvalos levantaba su voz en las oraciones cuyo sonido conocido y amado llega al oido con toda la mágia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza, como el lazo que une vivos y muertos, y esta vida á la otra vida.

10

Una mañana en que algunas vecinas que venian caritativamente á asistir á esta infeliz familia, decian al médico al salir.

—Señor, nada de cuanto le mandais le hace á la pobre de la madre, no hay que engañarse; esto le cuesta la vida.

—Mas me temo al padre, respondió el médico, y mas cuidado me dá, aunque aparenta mas serenidad.

—Y Dolores, señor, será preciso administrarla?

—Todavia no urge, es jóven y aquí hay sugeto; una crísis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta y el carabinero sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

—Señores, mientras hay Dios hay misericordia; indultado! indultado!

Nada mas dijo; nada mas pudo decir, pero nada mas necesitaba decir para volver la vida á aquella agonizante familia.

Estévan se abalanzó fuera de sí al carabinero.

—Qué decís, indultado!

—Indultado.

—Mi hijo? gritó saltando de su lecho sobre el que estaba tendida la madre.

—Lorenzo.

—Por el tribunal! esclamó el padre que se habia levantado erguido como un jóven.

—Qué! por el tribunal! por la Reina; viva la Reina! viva Isabel segunda! gritó el carabinero tirando por alto su morrion.

—No morirá? sonó la débil voz de Dolores desde su alcoba que daba al patio.

—Cuando Dios quiera y no ántes, respondió el carabinero.

La escena que siguió difícil seria pintarla, cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron memoria ni recuerdo de lo que pasó. La madre se habia dejado caer inánime en los brazos de su marido. Estévan y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos padres; Dolores habia hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar sus manos y alzar al cielo su ferviente accion de gracias: las buenas vecinas lloraban á gritos; el carabinero no cesaba de pasar el revés de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y solo el padre Nolasco impasible decía:

—Lo veis, hijos, Dios aprieta y no ahoga, bien os lo decia; conformidad; la esperanza es lo último que se pierde; si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas; así es que ha hecho su divina Magestad de la esperanza una virtud y manda á las criaturas que la tengan siempre en su corazon para que no desfallezca; el corazon desfallecido no es cristiano legítimo, hermanos.

Oh caridad! pon á menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto, si no es en consideracion al reo, séalo en consideracion á su familia inocente de su culpa.

El estraño suceso acaecido en el consejo de guerra, se habia esparcido y despertado la curiosidad y el interés público, pero muy en particular entre los oficiales que componian el consejo y que habian presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos, los habian enternecido, porque tras los rostros tostados é impávidos y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones mas blandos

y generosos, que no entre otros rostros blandos y delicados ya de uno ú otro sexo, que se inmutan y enternecen en *conversacion.*

Uniéronse á esta simpatía general la de altos personages, que levantaron una súplica de gracia á la buena Soberana, tan dispuesta á la clemencia, que nunca se acude en vano á su hermoso corazon; á ese corazon bendito que halló voces para perdonar á un enemigo en el mismo momento de recibir el alevoso é inicuo golpe regicida, nunca le pueden faltar esas palabras de clemencia que son el derecho divino de los Reyes:

—Y queda libre? vendrá acá? preguntó la madre cuando al primer enagenamiento siguió un poco de calma.

—Si por la Reina fuese, vendria...... ¡Señores, viva la Reina! dijo el carabinero.

—Bendita de Dios sea la Reina, esclamaron todos con esplosion y entusiasta gratitud.

—Si por la Reina fuese vendria; prosiguió el carabinero; pero S. M. no puede mas, que perdonarle la vida; entra despues la pena que le sigue, presidio.

—Presidio! esclamo la pobre madre.

—Si señora, y como ha de ser; quien la hace la paga, tia Melchora, dijo el carabinero.

—Pero si Tomás, el ángel mio que murió como un Abel lo perdonó.

—Eso tiene á su favor, pero no basta.

La madre se echó á llorar amargamente.

—Melchora, no ofendas á Dios, le dijo el tio Mateo volviendo á caer doblado y con la cabeza caida sobre su asiento.

—Es que yo lo creí libre, repuso sollozando la madre.

—A qué prometértelas tan felices, muger? Si lo que ha hecho es un delito de los grandes, su castigo ha de llevar, repuso el honrado anciano.

—Y dónde vá? señor Canuto, pregunto la pobre madre.

—A las islas Marianas.

—Y por cuanto tiempo?

—No se sabe; contestó el carabinero que sabia que era por vida.

El pobre tio Mateo lo habia comprendido así.

Entretanto habia llamado Dolores á Estévan á su lecho y le decía.

—Estévan, puesto que gracias á la misericordia divina y humana Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas á un difunto; mientras viva él, no seré muger de otro.

—Así lo entiendo yó, Dolores, respondió Estévan, mucho te quiero y á la par de mi hermana Catalina, pero siempre he mirado en tí la muger de Lorenzo, y el casarnos viviendo él, me parece como mancha de sangre; pero te quedarás con nosotros, Dolores, que buenos brazos tengo yo para mantener á una hermana y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomás.

Dolores se echó á llorar.

—Mira, le dijo el padre Nolasco cuando Estévan se hubo ido; Rosita me ha encargado que te diga, que no viene á verte porque no quiere, ni pisar esta casa, ni ver á ninguno de las gentes de Lorenzo, y por mas que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al menos por ahora; me dijo que te dijera que tú no habias de estar en parte ninguna mientras viva, sino á la vera suya; ya lo sabes.

Rosita tambien como Dolores habia pasado de la

infancia á la juventud por las lágrimas; aquel color de rosa tan fresco y subido que obstentaban sus mejillas habia desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegria se habia apagado como una luz al soplo del torbellino; ya no llamaba la atencion del padre Nolasco sobre el retrato de su tio; ya no sostenía con su madre sus emancipadas polémicas; ocupó su vida sériamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa y mucho de los pobres.

El aniversario del dia cinco de Setiembre de lúgubre memoria, se vé en el Convento al borde del mar, un sacerdote anciano que dice pausadamente una misa de difuntos; óyenla siempre dos mugeres que están estrechamente unidas; una es una jóven bien vestida, grave pero lozana, que parece empezar una existencia séria y útil; la otra, otra jóven enlutada, pálida, delgada y destruida, que parece acabar una vida de sufrimientos; la primera es Rosa, la segunda Dolores.

Cuando las ven pasar dicen todos con simpatia:

—Cómo há sentado Rosa la de Doña Bráulia; se ha hecho una muger de su casa como Dios manda; y añaden conmovidos: Dolores la de la tia Tomasa se vá consumiendo como la luna menguante, no le ha quedado cara en que persignarse, tiene muerto el corazon en el pecho; esa nació para sufrir; ¡pobre Dolores!

FIN DE LA ¡POBRE DOLORES!

Censura de Novelas.

Madrid 8 de Noviembre de 1852.

Puede imprimirse,

Jose Antonio Muratori.

LUCAS GARCÍA,

CUADRO DE

COSTUMBRES ANDALUZAS,

POR

FERNAN CABALLERO.

LUCAS GARCIA,

cuadro de

COSTUMBRES ANDALUZAS,

por

FERNAN CABALLERO.

A une époque où toutes les empreintes s'éffacent sous le double marteau de la civilisation et de l' incredulité, il est touchant et beau de voir une nation se conserver son caractére stable st des opinions immuables.

VICOMTE D' ARLINCOURT.

En una época en que todas las huellas de lo pasado van desapareciendo bajo los golpes del doble martillo de la civilizacion y de la incredulidad, admira y enternece ver á un pueblo conservar un carácter estable y opiniones inmutables.

Saliendo de Jerez en direccion á los montes de Ronda, que se van escalonando gradualmente como para formarle un adecuado pedestal al bien denominado San Cristóbal, se atraviesa una estensa llanura que lleva el nombre de llanos de Caulina. El uniforme y desnudo

camino, despues de rastrearse dos leguas por entre palmitos, hace alto al pié de la primera elevacion de terreno, donde se tiende al sol un perezoso arroyo, que en verano se estanca y trueca sus aguas en fango.

Vése á la derecha el castillo de Melgarejo, que es de las pocas construcciones moriscas que no han llegado á destruir el tiempo y la impericia, su fiel auxiliadora en la destruccion; el tiempo hace ruinas, las agrupa, las corona de guirnaldas y adorna con follaje, como si de ellas hiciese su recreo y su lugar de descanso; pero la impericia aun á las ruinas hostiliza, como el bárbaro que no dá cuartel al vencido, porque su recreo es el polvo, su descaaso el yermo, su fin la nada.

Flanquean los ángulos del castillo cuatro torres cuadradas, las cuales así como las murallas de todo el recinto, están coronadas de bien formadas almenas, que se alínean uniformes, firmes y sin mella, como los dientes de una hermosa boca.

Este castillo fué denominado de Melgarejo, por haber sido conquistado por un caballero jerezano de este nombre. La manera como llevó á cabo esta hazaña es tan curiosa, que no resistimos al deseo de referirla, para aquellos que no estén al cabo de las hazañas parciales de que abundan los anales de Jerez.

Ocupaban este castillo, por los años de mil trescientos y tantos, ciento y cincuenta moros con sus familias. Vestian de blanco, al uso de su nacion, y montaban caballos tordos.

Encerrados que se hallaban, procurábanse el sustento, haciendo de noche correrías, y trayéndose todo el botin que podian hacer.

Melgarejo se propuso conquistar el fuerte castillo que rodeaba un ancho foso, que á la sazon ha dejado de

existir, y que fué la zanja que los mismos moros abrieron para servirles al fin de sepultura.

Melgarejo prometió la libertad á un esclavo que tenia, si se consagraba á secundarlo en la empresa que meditaba. Convenido que estuvieron el amo y el criado, encargó el primero al segundo, muy buen ginete, que enseñase á saltar fosos á una yegua, singularmente ligera, que poseia; ensanchando el foso gradualmente, hasta que llegase á tener la anchura del que cercaba al castillo sarraceno.

Conseguido esto, reunió Melgarejo sus parciales, los disfrazó de moros, haciéndoles encubrir sus caballos en mantas blancas; y una noche que habian salido los defensores del castillo, se dirigió con los suyos hácia el. Los que estaban esperando á los moros, vieron acercarse esta hueste sin recelo, tomándola por la que aguardaban. Cuando la cristiana estuvo cerca, reconocieron su error, y quisieron levantar el puente; mas yá el esclavo de Melgarejo, montado en su ligera yegua, habia saltado el foso y cortado las cuerdas de la compuerta, por lo que no pudieron alzarla, y los jerezanos se hicieron dueños de la fortaleza.

Este fuerte castillo, por el que ha pasado el tiempo destrozador sin dejar mas huella que la que dejaría la pisada de un pájaro, traspone á uno con tal fuerza de ilusion á lo pasado, que se estraña no ver tremolarse en sus torres el pendon de la media luna, y se echa de menos detrás de cada almena un blanco turbante. ¡Qué sitio tan apropósito es este para la representacion de un simulacro ó de un torneo entre moros y cristianos!

Para ir á Arcos se deja á la izquierda el dormido arroyo y el muerto castillo, en cuyo recinto se mueven, como en un esqueleto hormigas, los trabajadores con los aperos de un pacífico cortijo. Tomando la vuelta

de este primer escalon de la sierra, se atraviesan otros llanos cubiertos, en cuanto alcanza la vista, de ricas mieses; y sin hallar otra venta ni lugar de descanso, se sestea en el cortijo de la Peñuela, que fué propiedad de los PP. cartujos, esa órden religiosa tan severa, tan respetable y respetada, que aun se preguntan los campesinos: ¿Y hubo poder que pudiese, y hubo mano que osase tocar á tales hombres y á tales cosas?

Al elevarse el terreno, se cubre de olivares como si quisiera abrigar á la anciana y blanca Arcos, que conserva con orgullo su título de ciudad, sus caducos privilegios y sus rancios pergaminos á pesar de su decadencia (1), ó mejor dicho, de su vida estadiza enmedio de los adelantos propios de la marcha del tiempo, que son suaves, paulatinos y espontáneos.

Arcos se presenta y se retira alternativamente á los ojos del viagero, cansado de su ascension, como si le hubiesen quedado desde el tiempo de los moros, sus

---

(1) Arcos fué conquistada en el año 1249 por el infante Don Alonso, comisionado para el efecto por su invicto padre el Santo Rey D. Fernando III. Vuelta á recuperar por los moros, fué reconquistada en 1255 por el infante D. Enrique, y en 1264 por tercera vez por D. Alonso el Sábio, ya coronado rey, repartiendo su término entre cincuenta de los mas esforzados caballeros, con que pobló á Sevilla. Recibió privilegios de la liberalidad de los monarcas; tales son la concesion de la hidalguía comun á sus vecinos, hecha en 1256; las encomiendas y bandas en las órdenes militares, en 1340; la exencion de tributos, en 1396. Valióle el título de ciudad la toma por sus gentes de la inespugnable villa de Cárdelas en el año de 1472. Despues de otras mercedes, llamóla noble y fidelísima Felipe V, poniendo su nombre á uno de los regimientos de la milicia. Su vecindario se compone de 10,000 almas, divididas en dos collaciones, dos ayudas de parroquias, dos hospitales, un hospicio de huérfanas y seis conventos.

fundadores, tretas de guerrillera, hasta que, pasando entre dos altas peñas, se entra de repente en el pueblo cuya situacion sorprende y admira aun á los menos sensibles á las bellezas de la naturaleza, y á los encantos de lo pintoresco.

Veíase una tarde del año 1840 y tantos, en una de las calles del barrio de San Francisco, afluir muchas gentes á una casa de pobre apariencia, de la cual se habian llevado la tarde anterior el cadáver de la que habia sido su dueña. Reuníanse estas para el duelo, con esa rigurosa etiqueta observada en el pueblo, que prueba los instintos de dignidad y de cortesanía que lo distinguen, puesto que toda etiqueta y todo ceremonial estriba en estas bases, y que no son una cosa ridícula y superficial en la vida pública y en la privada, como las han querido hacer el espíritu de trastorno que conmueve al siglo, y el ánsia de sacudir todo freno material y moral que revoluciona las ideas, sino que son el ceremonial y la etiqueta, en la rigurosa acepcion de la palabra, una accion ó acto esterior dispuesto para dar culto á las cosas divinas, reverencia y honor á las profanas.

Entrando en la casa, se hallaba una sala en que se reunian las mugeres; á la derecha se encontraba otra que una vecina habia prestado para la reunion de los hombres.

En la primera, primorosamente enjalbegada (1) y cuidadosamente aseada para el efecto, segun costumbre constantemente seguida, se veia enmedio del aposento estendido sobre la estera un pañuelo, en el que todas las que iban entrando echaban una ó dos monedas de

(1) Término andaluz que significa blanquear.

cobre, que eran destinadas para la misa de San Bernardino. Esta costumbre se observa. no solamente entre los pobres, sino tambien entre los bien acomodados, pues esa misa tiene que ser debida á la limosna. Espliquen esto como gusten los escépticos, y como les parezca los *positivos*; vemos en ello un acto de humildad unido al deseo de juntar muchos sufragios: pues si bien son honras terrestres que respetamos un brillante entierro, un lucido catafalco y un soberbio mausoleo, son mejores sufragios para el cielo el cuarto de la limosna, el ferviente brote del corazon, así como lo son las oraciones parciales y las de la Iglesia.

En un ángulo de la sala, sobre una silla baja, estaba sentada la doliente; era esta una niña de ocho años, la que, cansada de llorar á su madre, así como de su larga inmovilidad en el sitio que ocupaba, habia dejado caer su cabeza en el espaldar de la silla y se habia dormido, pues el sueño que ama á los niños, se apresura á venir en su auxilio siempre que los vé sufrir en su alma ó en su cuerpo.

—¡Pobre Lucía! dijo mirándola una de las dolientes, parienta de la difunta; ¡cuánta falta le vá á hacer su madre!

—Esa fué la espina que llevó clavada en su corazon la pobre Ana, observó una vecina.

—¿Pero de qué ha muerto? preguntó otra de las presentes.

—Su mal lo sabrá la tierra que la cubre, respondió la parienta, porque Ana no se quejaba; si no hubiese estado tan delgada que se la podia beber, tan amarilla como la flor de la cera y tan endeble que la habria hecho caer una sombra, no se habria sabido que caminaba para el campo santo.

—Se murió, dijo con vehemencia una mujer jóven y

de fisonomía enérgica, se murió de que se la pudrió la sangre en las venas; esto lo sabe todo el mundo. ¡Y que no haya en el pueblo un alcalde que se sepa atacar los calzones y eche con la honda del demonio á esas forasteras, rufianas sinvergonzonas, que se nos vienen aquí á poner puestos de bebida y á engatusar á los hombres casados para su perdicion y la de sus casas!

—Sí, sí, á estas cosas hacen los alcaldes ojo de pez, dijo la parienta de la difunta, así como para otras cosas tienen ojos de chucho; pero no tengas cuidado, mujer, su merecido ha de llevar, porque Dios consiente pero no para siempre.

—Sí, repuso la primera, consiente que se mueran las buenas, y se quedan galloreando las malas. Dios se reservó la justicia del cielo para sí; pero la vara de la justicia de la tierra la puso en manos de los hombres, y á fé que buena cuenta tendrán que dar del uso que han hecho de ella. Sobre sus costillas le habia yo de romper al alcalde la que en la mano tiene.

—Mujer, dijo una anciana, eres mas súpita que una chispa de carbon de fragua, y partes, como los toros, con los ojos cerrados; mira de quien hablas, y tén presente que la mala llaga sana y mata la mala fama; mira que la pobre Ana no quedó buena desde su último parto, y que muerte no viene que achaque no tiene; el verano la hundió y setiembre la remató; pues de fraile á fraile, Dios nos guarde. (1).

—¡Yá! tia María, como es V. tia de Juan García y prima del alcalde, repuso la interpelada, dice V. eso, por aquello de: con razon ó sin ella ayúdenos Dios y á los nuestros; lo que yo puedo decir á V. es que mi José

(1) 28 de agosto, S. Agustin; 4 de octubre, S. Francisco.

no ha de pisar la casa de bebida de la Leona, eso queda de mi cuenta; porque por mas que sea tan hombre de bien como Job, en casa del jabonero el que no cae resbala. Por mas que diga V. que está ya viuda, y que con la edad tiene la sangre cuajada, no me vuelvo atras de lo dicho, que el que salta derecho cae en pié, y así lo digo y lo redigo; asparla viva debian á la picarona esa, pingollona, sargentona, que parece una garita, que tiene la cara mas negra que un pellejo de aceite, tan hoyosa de viruelas que parece que se ha caido en un garbanzal, y con mas bigotes que un nacional, y cuenta que dice el refran: á la mujer barbuda de lejos saluda.

—Pues y sus hijos, dijo la doliente, que parecen gurrupatos, y que tiene tan churrosos y desjarapados que parecen nidos de calamares!

—Pues á ella le parecen soles, añadió otra.

—¡Yá! esclamó la primera que habia hablado; le dijo el escarabajo á sus hijos, venid acá mis flores: y grumos de oro llamó la lechuza á los suyos. Quién ha visto eso, señores, prosiguió exaltándose, quién ha visto iniquidad como es la de embaucar á un hombre casado y con hijos, perderlo, hundir su casa y matar á su mujer á penas! ¡Y eso se sabe y se consiente! Mire V. que eso hace hoyo.

—Sí, eso es peor que clavar un puñal, esclamó una mujer.

—Es un Contra-Dios, añadió otra.

—Es un escándalo de los diformes, prosiguió la primera. ¡Pobre Ana! Yo no la veia sino de habas á caracoles, pero la quería bien, porque era una pasta de almendras, tan sin hiel y tan sufrida como la oveja en manos del carnicero. ¡Hombres! ¡hombres! Malditos son todos los que visten por los pies; así fué que nunca consintió nuestro padre Jesus ponerse calzones, y vistió túnica.

—Vamos, hija, nada se remedia con maldiciones, dijo la tia María, ni con echar quina por la boca; vamos á rezar por el alma de la difunta, que es lo que le ha de aprovechar.

Se hizo un completo silencio; la tia María tomó su rosario, las demas la imitaron, y despues del acto de contricion y de un solemne Credo, empezó el rosario de las ánimas, en el cual, despues del Padre Nuestro en lugar de la salutacion de la Virgen, decía diez veces:

—Señor, por tu infinita misericordia.

Respondiendo los otros en coro:

—Que las ánimas bendita gocen de paz y de gloria.

Ya no se oyó en el duelo de las mugeres mas que el murmullo grave de las oraciones y el sofocado suspiro de la lástima y del dolor.

Muy distinto cuadro ofrecia la sala del duelo de los hombres; el viudo, que estaba sereno como un vaso de agua y fresco como una lechuga, pasado el dia del entierro, se creia dispensado de toda compostura doliente, y fumaba oyendo y hablando con todos como de costumbre, y como si la muerte, al entrar en su morada, no hubiese dejado en ella sus negras huellas y su solemne impresion.

Los indiferentes habian seguido su ejemplo; de manera que, á no haber llevado todos capas, nadie hubiese dicho que era aquello un duelo, esto es, un tributo de amor y respeto á una vida que terminaba y á un dolor que surgia. Solo una figura se veia en aquella reunion en concierto con el suceso que la motivaba; era esta un niño hijo de la difunta de trece años que, sentado en un rincon cerca de su padre, apoyaba los codos sobre sus rodillas y la cabeza en sus manos, y lloraba sin consuelo.

—¿Cómo ha estado el dia? preguntó el viudo.

—Enfermizo, contestó uno.

—¿Y el cielo?

—Remendado; piénsome que el agua no está lejos; esta mañana habia neblina, y la neblina del agua es madrina y del sol vecina.

—Ya le quitará el viento las telarañas al cielo, dijo un tercero, pues sopla del lado de la puesta del sol; el agua anda mas retirada que las pesetas.

—No le hace, repuso el primero; antaño no llovió hasta Todos Santos; y año mas completo, ni otro de ese paño, no se ha visto desde la creacion; todos se hartaron de cojer, labradores, pelantrines y pegujaleros; las cebadas en particular estaban que no las podia regender una espada.

—Señores, el mes de enero es la llave del año, dijo el viudo; en no diciendo el puente por enero me voy ó no me voy, no hay trigada.

—¡Ola tio Bartolo! esclamaron todos al ver entrar á un hombre de edad, pequeño, enjuto y vigoroso; ¿de dónde se viene? ¿Por dónde ha andado V. desde que falta de aquí?

El tio Bartolo, despues de haber hecho su cumplido al doliente, se sentó, y volviéndose á los que le habian hecho la pregunta, contestó:

—¿De dónde vengo? del coto de Doñana, sin perder la derechura. Desde que se acabó la guerra del francés y me dí á la *tiruteria*, ando hecho un azacan de los usias. Allá en Doñana los habia de todos pelos, legítimos, injertos, atravesados y supuestos hasta ingleses. ¡Caballeros! vaya si son lo propio que los suizos de los franceses, unos valientes mocetones, muy blancos, muy colorados, muy rojos y muy espelotados; pero en cuanto á espíritu, no tienen mas que el que beben, y en cuanto á gracia, no tienen ninguna; lle-

van los brazos como mangas de capote, y asientan los pies como pisones. Cada vez que miraba yo aquellos pies, que parecian jabeques, decía para mí: buena pata y buena oreja, señal son de buena bestia; para hablar se sirven de una gerigonza, que yo tengo para mí que ni ellos mismos la entienden; á mi no me hacen gracia esas parlas que no comprendo, pues no sé, cuando hablan, si me compran ó me venden. Uno habia tamaño como un atun, que le decian don *Turo* (1) que me tocó á mí en suerte. Sudaba y bulaba por aquellos arenales, que daba compasion; pues en andando una legua, ya estan rendidos; el sol les ofende y el calor los desmadeja y los descuajaringa. Todo lo habia de hacer aquel *cara de plato* atravesado, á uso de su tierra. Un dia se empestilló en que habia de manejar mi navaja á modo de cuchillo de mesa, y se hizo una cortadura: sacó un botiquin, que ni un cirujano mayor. Vaya, díje yo, picome una araña y ateme una sábana. Como era mas cabezon que una esquina, se le puso que habia de matar una perdiz; y por mas que le dije que era el tiempo de la veda de las perdices, tiró; y habria tirado, aunque hubiese estado su padre ante la boca de su escopeta; tiró, digo, y no mató á la perdiz, pero mató á una urraca. —Señor, ¿qué ha hecho su merced? le díje yó.—Díceme: matar la perdiz.—Qué, señor, si no es una perdiz, que es una urraca.—Está bien, dijo muy en sí el sarangullon.—No está bien, le díje yó, que está prohibido matar las urracas.—¿Y quién lo prohibe? preguntó poniendo la cara como un leon; tengo mi licencia que me ha costado tres mil reales.—Pero, señor, es para

(1) Don Arturo.

cazar caza mayor, ¿está V.? Pero las urracas no se matan, tienen la vida libre, ¿comprende?—Díceme en esta tierra de *Santísima María* (pues, ya digo, todo lo decia atravesado, á uso de la suya) en esta tierra hay muchos privilegios ¿y hasta las urracas lo tienen? Aquella pregunta era una bestialidad ó una burla; *asina* no me dió gana de enterarlo, y le contesté: Si, señor, lo tienen, que se lo concedió doña Urraca en tiempos atrás. Sacó un libro en blanco y lo apuntó; yo dije para mi sayo: corra la bola, que yo no la he de atajar.

—¿Pero por qué no se pueden matar las urracas en el coto, tio Bartolo? preguntó un hombre mozo.

—Porque ellas han sido las que han sembrado los pinares contestó el interrogado.

—Calle V., señor, que no está V. platicando con el *cara de platos*, repuso el primero.

—Ya lo veo, pues si á aquel le sobran tragaderas por novelero, á tí te faltan, por cuaco cerril de aquellos que no creen sino lo que ven; pues, sí, señor, que las urracas siembran los pinares, esto es una verdad como una casa. Abren las piñas cuando están en sazon y les sacan los piñones para comérselos; como son tan guardonas, entierran los que no se pueden comer, y como son tan loconas, se les olvida; no vuelven por ellos y los piñones nacen; y á no ser por esto, ¿por qué habian de prohibir los duques (1) que se les matase, cuando hay mas urracas en el coto que gorriones en una parva? Así, Alonso, nadie diga: este magnate no ha de entrar por mi gaznate; y sábete que entre dos pájaros bobos, mas bobo es el que cierra el pico, que no el que lo abre.

---

(1) De Villafranca.

Pero tú siempre has sido tonto, y con la edad le vas ganando á Blas que comía habas.

—Y de noche, tio Bartolo, ¿qué se hacian esas gentes allá en el coto? preguntaron sus oyentes.

—Los ingleses comer y beber, porque son sus mercedes honditos para eso de meter por el pico: así están tan gordos, y tan espelotados. Un dia me dijo el *Cara de platos*, como Dios le dió á entender, que yo andaba tanto sin cansarme porque estaba delgado, y que daría mil duros, ó una multitud *asína*, por estarlo. Yo le respondí gritando para que me oyese:

—Pues coma su mercé gaspacho, que enjuga las carnes, y cebolla y ajo crudo que espavilan los sentidos.

—Y los españoles, ¿qué hacian en las veladas, tio Bartolo?

—Los españoles, hablar hasta por las costuras, gritar que parecian huecos, y pelearse por las cosas del gobierno, porque hoy dia cada uno de por sí quiere saber de todo y mandar, y hasta los escarabajos tienen tos y empinan la cola. Caballeros, ya no hay españoles como cuando la guerra del francés, que entónces todos éramos unos é ibamos á una: hoy por hoy no hay mas que moderados y *ensaltados*: yó, que no estoy *ensaltado* sino con mi escopeta, mi mujer y mis hijos, quisiera que se llevase el demonio á tanto palabrero: ganas dábanme de decirles:—Caballeros, cuenta con que cuanto mas cordura menos lengua, y que la mucha yerba ahoga el trigo. Una noche me llamó uno de los usías y me dijo:—Tio Bartolo, ¿V. hizo la guerra de Napoleon?—Sí señor, le respondí; que fuí guerrillero.—Pues venga V. aquí, que le voy á leer el testamento que hizo.

—Pues qué, ¿hizo testamento ese hombre, tio Bartolo? preguntaron interrumpiéndole los mas ancianos de los que se hallaban en el duelo.

—Sí, y antes de morir, se entiende.

—Díjele yó al usía: —¿Y qué tenia que testar ese *quita-reinos*? ¿Pues no lo hicieron vomitar todo lo que habia cogido?

El usía habia abierto un libro, y se puso á leer.—Caballeros, aquel socarron en su testamento todo lo fué repartiendo; sus bienes, sus armas, su cuerpo y su corazon; yo estaba *pirplejo.*—¿Qué le parece á V., tio Bartolo? dijo el usía cuando hubo rematado.—Señor, le respondí yó, por lo que veo, aquel *descreido* en todo pensó; pero ni en su vida ni en su muerte se acordó de su alma.

—Tio Bartolo, ¿y por qué se metió V. á guerrillero? preguntó uno de los concurrentes.

—¡Mira que pregunta! esclamó el guerrillero, mirando al que le habia preguntado, y meciendo su cuerpo hácia adelante y hácia atras con mucha flema.

—El que pregunta no yerra, tio Bartolo?

—Sí: pero es el caso que:

Quién pregunta no yerra,
y yo pregunto,
si se entierran los muertos
con los difuntos.

—Yo, lo que quiero decir es, repuso el otro, que cuándo salió V. de su casa y cómo fué á parar á la partida.

—Yá, esos son otros Lopez, dijo el tio Bartolo. Habian venido aquí unos *Franciscos* (1) de á caballo, que le decian los *colaseros*; mi mujer les tenia mas miedo que á un mal aire; cada vez que oia las clarinetas, me

(1) Nombre que dieron á los franceses en general.

decía asustada: Bartolo, ¿tocan á degüello? Nó, mujer, respondía yó, que tocan á la *provincion*. Un dia entró en casa el corneta, que le habian puesto *Trompi*; venia chispoleto, y se desvergonzó con mi mujer; yo, que no he temido nunca ni á tres que vengan, y que siempre he tenido el resto en dos pajas, (1) le dije: Fuera de aquí, so alma de cántaro, y Barrabás te corte un tajo. El sacó el sable y me lo quiso cortar á mí; y yó saqué la navaja y lo paré de una vez; en seguida cogí el pendil y la media manta, y tomé viento; me encontré en Benamahoma con el padre Lovillo, y cátalo ahí.

—¿El padre Lovillo era el que capitaneaba la partida? preguntó un hombre jóven.

—Sí; el padre Lovillo. ¡Candela! aquel era un hombre como son los hombres; no era palabrero, eso nó, pero las que gastaba eran pocas y buenas. Si alguno la quería echar de buche, decía su mercé: que se vea y no se diga; ¿estás, gañotero? Las cuchilladas con el acero y nó con la lengua, las balas de plomo y no de viento. Vaya si era aquel hombre *desesliado* para todo; si lo hubieran Vds. conocido, lo dirían con dos bocas que tuviesen. Cuando se trataba de acometer el francés, nos decía «¡Ea hijos! nuestros padres fueron muertos en de«fensa de su tierra; no hemos de ser acá menos que «ellos;» y sacando la espada gritaba: «Ahora veremos quien tiene *niervo.*» Y salía que ni Santiago; y nosotros detrás, mas que nos hubiese llevado hasta Paris de Francia; ni sentíamos hambre, ni sentíamos cansancio; era aquello un pelear sin tambores ni clarines, que hacia zurrarse de miedo á los franceses, que no entraban una vez en la Sierra que no salieran diezmados; así nos te-

(1) No cuidarse del resultado.

mian mas que á la tropa de disciplina, y nos habian puesto *briganes de la montaña negra.*

Don Turo, que sabia que yo habia sido *brigan*, me llamó una noche y llevóme á la sala; se arrepanchigó en un sillon y me dijo que me sentase.—Yo dije para mí, ¿dónde vendrán á parar estas misas? ¿Si querrá que le limpie la escopeta? Estaba yo aguardando á ver cómo reventaba aquella preñez, cuando me dice que le refiera la *tráfica* (1) de la guerra de guerrillas. Cuando me ví que sale con ese escalon, me encoragé, y no me dió gana de contestar, así le dije que nó; que yó tenia malo el *pronunciado*, y él peores las entendederas; pero los demas se empestillaron; y para no ser descortés, les dije un romance que sacaron entonces muy consonante y muy bien enversado.

—¿Y cómo dice el romance, tio Bartolo?

—El romance refiere una plática entre *Malaparte* y el *indino de Munrá*, duque de *Ver.*

—¡Ande Vd., tio Bartolo, dígalo Vd! esclamaron todos los que se hallaban reunidos en el duelo.

El antiguo guerrillero se puso á recitar el siguiente romance: (2)

---

(1) Táctiça.

(2) Lo que hace aun mas gracioso este romance, es que el sencillo y rústico compositor así como los recitadores no han pensado en formar una caricatura, sino pintar sencillamente lo que sucedia, y lo que advendría á Napoleon y á Murat; vencidas que fuesen sus últimas tropas, creyendo natural y plausible el desenlace que trae el romance. Mucho sentimos que no esté completa hasta la parte que hablaba de Castilla y empezaba diciendo: *Fué Castilla la primera*, etc.

NAPOLEON. ¿Qué es esto, amigo *Munrá*?
¿qué novedad grande es esta?
¿cómo has dejado á Madrid?
porqué de España te ausentas?
Habla que solo deseo
saber con palabras ciertas
cuanto ha pasado, y así
ni un instante te detengas.

MURAT. Señor; vamos poco á poco
y le diré cuanto sepa,
pero antes, que me traigan
á este sitio una silleta,
para poder descansar,
porque me duelen las piernas.

NAP. Dices bien; con gusto advierto
que una gordura te cerca
bastante considerable,
prueba la mas verdadera
de lo bien que te han pintado
los aires de aquella tierra.

MUR. Señor, estais engañado
si es que de esta suerte piensas;
dejemos esos principios
que no vienen aquí á cuenta,
y vamos á lo que vamos,
pues que corre mucha priesa
el desengañar á usía;
créame ó no me crea.

NAP. ¿Pues, qué tenemos de nuevo?
habla y no te suspendas;

¿pues que vistes en España
para hablar de esa manera?

MUR. Gran emperador de Francia,
no ha servido vuestra fuerza
á conquistar á la España,
ni sirvieron las promesas
que á todos generalmente
tu magestad les hiciera,
que les darias descanso,
empleos, cruces, pesetas,
toros para divertirse,
porque aficionados eran;
y de todas estas mandas,
ni caso hicieron siquiera.

NAP. Pues dime, ¿y mis soldados
no están en Sierra Morena?

MUR. Si señor; pero Dupon
con las águilas francesas
y toda la tropa suya
ha quedado prisionera,
y los fusiles y alfanges
fueron trocados en ruecas.
porque el general Castaños
supo ajustarles las cuentas.

NAP. Solo porque tú lo dices
es preciso que lo crea;
que si no, yo aseguro
nadie hacérmelo creyera.
¿y en Zaragoza, quién gana?
¿Se humilló al fin la cabeza

del valor aragonés
desistiendo de su empresa?

MUR. Toda fuerza será inútil,
para obligarle á que ceda.
Y si quieres acabar
con toda la Francia entera,
envíala á Zaragoza
que hallará allí la cierta (1)
y en profunda sepultura
toda enterrada se queda.

NAP. ¿Y no hay medio de acabar
con la tropa aragonesa?

MUR. Todo esfuerzo será inútil;
no hay soldado que la venza.

NAP. ¿Y Moncey, no está triunfante
en el reino de Valencia?

MUR. No señor, porque le han puesto
agachadas las orejas;
y lo que mas le asombró
fué la suma ligereza
con que muchos valencianos
dan una corta carrera,
montándose en los caballos,
y echando abajo el ginete,
ellos montados se quedan.

(1) La muerte.

NAP. Conque todas nuestras máximas,
nuestra traicion y cautela,
nos han salido al contrario.
¡*Munrá* quién nos lo dijera!
que la arrogancia española
abatirá la francesa!
Dime, pues, ¿qué es lo que hacemos
en tan lastimosa escena?
Escribiré á Portugal,
Diré á Funesto que venga (1).

MUR. Mas por dónde ha de pasar,
si las tropas portuguesas,
unidas con los paisanos,
tienen una cerca hecha
y no lo dejan pasar
por las muchas centinelas,
y se verán precisados
á rendirse cuando vean
que los comestibles faltan
y llevárselos no puedan?
Pero lo mas acertado
es que á su rey les devuelvas
por el que su pueblo clama
y todo español venera;
pues así que lo envieis
puede ser que se adolezcan,
y que se apiaden, señor,
de nuestras tropas francesas;
que si no, de lo contrario,
os arrojarán del trono,

(1) Junot.

y cortarán la cabeza,
y á mí me despojarán
del ducado de la *versa*
y si escapamos, primero
que estas cosas nos sucedan,
nos tendremos que poner
á limpiar las chimeneas:
á mí ya se me ha olvidado;
pero V., que maestro era,
se acordará de la maña
para subir con destreza.

NAP. ¡Qué pensamientos tan ruines!
¿Quién lo pasado recuerda?

MUR. Pues si esto no le acomoda,
vamos á lejanas tierras
á ejercer otra oficina
de otra mas brillante esfera,
pregonando por las calles,
¿quién quiere amolar tijeras?

—Tio Bartolo, preguntó uno; ¿y qué hizo; limpió chimeneas, ó amoló tijeras?

—¡Qué habia de limpiar! respondió el tio Bartolo; las gentes empingorotadas siempre caen en cama blanda. Lo llevaron á la cárcel de Santa Elena, mas allá de Gibraltar, donde lo pasó muy bien hasta que se murió de berrenchin, despues de hacer ese testamento del diablo.

—Ahí viene el tio Cohete, dijo uno que estaba cerca de la ventana.

—Hazle seña que entre, le contestó al oido su vecino.

El tio Cohete era un pobre hombre, muy honrado, muy bueno y muy sencillo, que se hacia el gracioso, con el fin de sacar alguna limosna para las monjas, de que era demandante, remedaba á la perfeccion el canto de toda clase de pájaros, el ladrido lejano y cercano del perro, el maullido del gato, y sobresalía en imitar el silbido y chasquido del cohete, lo que le habia valido el sobrenombre por el que era conocido. Sabia ademas una porcion de versecillos, romances, chilindrinas y acertijos, que decia, espresando su cara una chuscada la mas artificial del mundo. Las fuentes de que sacaba el tio Cohete sus gracias eran inaveriguables; unas las habia aprendido en un pueblo del llano; otras en uno de la Sierra; otras en un cortijo. En cuanto á la imitacion del canto de los pájaros, ellos mismos habian sido sus maestros, ayudados de una gran flexibilidad de organos, y una gran paciencia y perseverancia en el discípulo, que habia llegado á una sorprendente maestria. En todos ramos, sean importantes ó insignificantes, la perseverancia dá grandes resultados.

Habiendo sido instado el tio Cohete á que dijese algunas de sus gracias, este empezó por recitar los mandamientos del pobre y del rico, que era uno de los asuntos que entonces gozaban de mas popularidad; y dijo así:

—Los mandamientos del rico de hoy dia son cinco, á saber:

El primero,
tener mucho dinero.
El segundo,
hacer burla de todo el mundo.
El tercero,
comer buena vaca y buen carnero.

El cuarto,
comer carne en Viérnes Santo.
El quinto,
beber vino blanco y vino tinto.

Estos cinco mandamientos se encierran en dos: todo para mí, y nada para vos.

Los mandamientos del pobre, son:

El primero,
no tener nunca dinero.
El segundo,
de él hacer burla todo el mundo.
El tercero,
no comer vaca ni carnero.
El cuarto,
ayunar mas que no sea Viérnes Santo.
El quinto,
no probar ni el blanco ni el tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos; rascarse, y llevarlo *too* por amor de Dios.

—Tio Cohete, ¿no le dió á V. limosna el hijo de *Roba-Santos* que apalea la plata? preguntó uno.

—No me dió nada, respondió el tio Cohete.

—Tal pater, tal *filis*, dijo el tio Bartolo.

—Ogaño juntará V., tio Cohete; que cuando hay por los campos, hay para los santos.

—Tio Cohete, tome V. dos cuartos y diga los mandamientos de la nueva ley, le dijo el hombre que lo habia llamado.

—Los mandamientos de la nueva ley son diez, dijo el tio Cohete.

El primero,
que en España no hay dinero.
El segundo,
que anda revuelto todo el mundo.
El tercero,
que todos se quieren meter á caballeros.
El cuarto,
que de América no viene un cuarto.
El quinto,
que están sacando muchos quintos.
El seis,
que de fuera vino la nueva ley.
El siete,
que en el mundo sobra mucha gente.
El ocho,
que en Navarra reparten vizcochos.
El nueve,
cada uno hace lo que quiere.
El diez,
Unos y otros no se pueden ver.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: *unos dicen que sí, y otros dicen que no.*

—Diga V. un acertijo, tio Cohete.

El buen hombre, de quien la naturaleza y su género de vida habian hecho la personificacion de la obediencia voluntaria y bondadosa, dijo:

Cincuenta damas,
cinco galanes;
ellos piden pan
y ellas piden ave.

—El rosario; ese ya lo sabia yo, dijo un muchacho; otro:

Las tocas de doña Leonor,
á los montes cubren y á los rios no.

—Nos damos por vencidos, tio Cohete.

—Es la nieve caballeros.

En este momento dió la oracion; todos se pusieron en pié y quitaron los sombreros.

— Eche V. el ángel, tio Bartolo, dijo el viudo.

El tio Bartolo rezó la oracion, y despues un padre nuestro por la difunta.

Entonces se oyeron estallar á gritos los sollozos del niño sentado en el rincon.

—Súmete esas lágrimas, Lucas, le dijo su padre; los hombres no lloran; ¡candela! dos dias há que estas como una vieja, hipa que hipa; mas valiera que te hubieras ido á la sala de las mugeres. Que te vuelva yo á oir llorar, ¿estas?

—Pues digote Juan García, le repuso el tio Bartolo, que eres el primero que he visto afearle á un hijo que llore á su madre. ¿Me ves á mí con mis años, mi barbas, y mi vida de guerrillero? pues me acuerdo de la mia, y la lloro, mira tú.

—Pues, tio Bartolo, repuso Juan García, ceño y enceño, de mal hijo hacen bueno; este Lucas que se ha criado entre los pliegues de las naguas de su madre, es un Marica Fernandez, y quiero enseñarle que los hombres vencen y no se dejan vencer por las tribulaciones.

El tio Bartolo mencó la cabeza, y dijo.

—El tiempo cura al enfermo, que no el ungüento, Juan; si tú te hubieses muerto, no seria su madre la que le riñese á tu hijo las lágrimas que por tí llorase.

Juan García siguió su vida anterior, abandonán-

dose con mas libertad á la mujer de que en el duelo habian hecho mencion las amigas de la difunta. Esta mala muger habia sido apellidada Leona, por ser oriunda de la isla de Leon, en que casó con un sargento que habia sido embarcado para América. Era la Leona como todas las mugeres que son malas, esto es, mucho peor que los hombres de igual clase; porque, en la sutil organizacion de la mujer, la delicadeza que tiene para el bien, se torna en refinamiento para el mal, y su perspicacia en maliciosa sagacidad.

Despues de haberse propuesto y logrado atraerse á Juan García, que tenia algun caudal, se propuso y logró, no solo hacerle á su mujer indiferente, sino que, llevada por ese tedio y esa envidia amarga que tienen las mujeres perdidas á las honradas, obtuvo que la abandonase del todo, y hasta que la maltratase. Juan García era un hombre débil, y por lo tanto muy fácil de subyugar por una persona que amase, aunque fuese terco, rebelde y despótico con las que no queria, como para desquitarse. Progresivamente habia llegado el caso de que la Leona no le ponía buen semblante, si no le traia por holocáusto la relacion de alguna prueba de desvío ó de crueldad dada á la víctima, que no tenia mas delito que el de ser, por su derecho y por su callado y prudente sufrimiento, el mas patente baldon de la conducta de ellos. Era este baldon tanto mas ignominioso, cuanto en los pueblos de campo se conservan muy puras las costumbres; y para que halle nuestro aserto fe en los que nos quisiesen tachar de parcialidad para con las gentes de campo, nos apresuraremos á manifestar que se puede esto naturalmente atribuir á la benéfica influencia del trabajo, que, auyentando la ociosi-

dad, auyenta sus hijos, los vicios, y á la santa pobreza que, no teniendo los medios de satisfacerlos, les impide nacer. Convencidos los positivistas con estas razones incontestables, añadiremos que nosotros unimos á estas otras razones, y estas son las sanas ideas de moral, y los arraigados principios de honor, que han infiltrado en estas gentes muchos siglos de catolicismo; principios siempre renovados en las sucesivas generaciones por ese celo que es propio de la religion, y que jamas se entibia, se cansa, ni varía.

Juan García era, pues, una de las escepciones que nuncan faltan á las generalidades; y ciertamente sus malos tratos, unidos al dolor y la vergüenza, habian contribuido á la muerte de su pobre mujer, que, por última prueba de cariño y como postrer accion de una cristiana, le dió al morir su perdon. Pero el alma de Juan García estaba demasiado enfangada para que esta santa muerte despertase en ella ni la compasion ni el remordimiento. No era este hombre un perverso; pero tenia ante los ojos del alma, como tantos otros tienen en este mundo de error, una de esas vendas que por desgracia solo caerán el dia del juicio de Dios en el que la luz de la verdad será el primer castigo que les aguarda.

Sus pobres hijos quedaron huérfanos y abandonados; su desamparo habría llegado á ser completo, á no haber sido por esa activa caridad de las mujeres del pueblo, que las hace constituirse en fervorosas protectoras de los desvalidos y en severos jueces de los injustos; así fué que las vecinas cuidaron de los niños y forzaron á su padre á sostenerlos y vestirlos, echándole en cara con mucha soltura y desembarazo su mala conducta, y prescribiéndole con imperturbable aplomo sus obligaciones.

¡Caridad! ¡santa sublíme caridad! unos te pregonan y otros te comprenden; unos te quieren guiar, y tú guias á otros. ¿Porqué no te se vé en los palacios que te labra la filantropía? ¿Y porqué apareces en todo tu esplendor en las chozas de los pobres y te glorias del ochavo de la viuda? Es por que la caridad quiere ser reina y no esclava.

Los pobres niños no podian consolarse de la muerte de su madre. Aislados como se hallaban, habian resumido todos los sentimientos de sus corazones en el mútuo cariño que se profesaban, y en el dolor que sentian por la pérdida de su madre.

No obstante, Lucas, que llevaba á su hermanita cinco años, hacía cuanto podía por animarla y distraerla.

—No llores, Lucía, le decía una noche, algun tiempo despues del duelo que hemos referido; ¡no llores! Madre no resucita por eso, y lo que haces es hacerme llorar á mí. ¿Qué quieres que haga para divertirte?

La niña no contestó.

—¿Quieres que te cante un romance?

Lucía inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el niño se puso á cantar con una voz dulce y sonora, en la sencilla y triste melodía del romance, el que á continuacion trasladamos:

Santo Cristo de la Luz,
enseñad la lengua mia,
para que referir pueda
lo que sucedió en Sevilla
con una buena mujer
la cual dos hijas tenia.
Era la una muy humilde,
era la otra muy altiva;

se casan con dos hermanos
que nada se parecian.
El chico es un haragan
que todo juega y vendía,
el grande un trabajador
que al arado se ponia.
Llegan los años fatales,
y el mas chico se moria;
quedó su pobre viuda,
muy triste, muy aflijida.
Los hijos le piden pan,
y ella que no lo tenia
se fué en ca de su hermana;
de esta suerte le decia:
«Por Dios te lo pido, hermana,
«por Dios y Santa María,
«que me des una limosna
«que Dios te la pagaria.
«Anda, se la dijo, hermana,
«anda, aléjate, María;
«cuando nos casamos ambas
«no me dieron mejoria.»
Se fué la hermana llorando
muy triste, muy aflijida;
á los sollozos que daba
acudieron las vecinas,
le preguntan que tiene;
dice que nada tenia.
Se ha encerrado en una sala
do un oratorio tenia
de la Vírgen del Rosario
nuestra princesa María.
Vamos ahora al cuñado
que del arado venia;

hallaba la mesa puesta,
dice que comer quería.
Tomó un pan y lo partió,
halló que sangre vertía;
soltó ese y tomó otro,
lo mismo le sucedía.
»¿Qué es aquesto, mi mujer?
»¡Qué es aquesto, esposa mia!
»Hazte cuenta, dijo esta,
»que contarlo no quería;
»estuvo aquí esta mañana
»María, la hermana mia;
»me ha pedido una limosna
»y yo se la negaría.
»Quién niega el pan á una hermana
»ese entrañas no tenia;
»¡quien niega el pan á su hermana,
»ese lo niega á María!»
Agarró el mozo seis panes,
en cá de la cuñada iba;
halló las puertas cerradas,
ventanas y celosías;
vió por entre unos resquicios
muchas luces encendidas,
en torno de seis difuntos
seis ángeles de rodillas.
era su pobre cuñada
y los hijos que tenia.
»Adios, cuñada del alma,
»con lágrimas le decía;
»adios, cuñada del alma
»y sobrinos de mi vida,
»aunque oro tengo de sobra
»con vosotros trocaría.

»pues dejásteis los trabajos
»por la eterna mejoría.» (1)

—¿Y dejó morir á su hermana de hambre? preguntó la niña, cuya alma, ya conmovida, volvió á llenar sus ojos de abundantes lágrimas.

—Sí, sí, fué una pícara, pero no llores, Lucía, que un cante no es un sucedido.

—Si no hubiese sucedido, nó lo habrian puesto en romance, replicó la niña.

—Lo inventarían, dijo Lúcas; ¿no ves que no puede ser que una hermana deje morir á otra sin socorrerla? Por mí, Lucía, no tengas cuidado, que cuando sea hombre y lo pueda ganar, un pedazo de pan que tenga, lo he de partir contigo, hermanita de mi alma. Bien sabes que ántes de morir madre, te encomendó á mí, y yo le prometí no desampararte nunca.

—¿Y lo cumplirás?

—Así Dios me dé su gloria.

—Y si alguna vez lo haces, cantarte hé este romance, para que te acuerdes de lo que ahora me prometes.

—Eso es, así, apréndelo. Y el niño se puso á enseñarle el romance á su hermanita.

———

Siete años pasaron de esta suerte; contaba á la sazon Lucía quince, y se habia hecho una de esas lindas criaturas, que en los climas cálidos se ven aparecer y desaparecer fugitivamente. Lúcas que tenía veinte se habia

(1) Este precioso romance de que Schiller ó Burger habrian hecho una de sus mas hermosas baladas, ha sido recogido en un pueblecito pequeño de la Sierra, y es, al decir de las gentes de allí, sumamente antiguo; creemos que así lo manifiesta el lenguaje.

desarrollado admirablemente, y era un jóven de arrogante figura, y tan ajuiciado y trabajador, que lo buscaban con preferencia á otros, los capataces de hacienda y aperadores de cortijo para las labores del campo: ambos tenian en su fisonomía el tipo de su mádre, que era el bello tipo andaluz; la cara larga, la nariz fina y aguileña, los ojos negros, grandes y espresivos, la boca pequeña y adornada de una perfecta dentadura, la frente elevada y altiva, garbo y nobleza en todo su talante.

Su padre, en cambio, seguia subyugado por la Leona, que absorbia todo su haber, y lo habia hecho bebedor y holgazan para dominarlo con mas facilidad. Enervado é indolente, para acallar las exigencias de la Leona, iba vendiendo cuanto tenia, y, como un rio empobrecido, seguia el cáuce que se abriera cuando era vigoroso y potente, sin tener fuerzas ni voluntad para abrirse otro. Desde que Lúcas pudo trabajar, mantenia él solo la casa con ese admirable jornal del trabajador, á quien Dios parece bendecir, cual bendijo á los panes y peces que debian servir de alimento á los pobres; pues él como pueda una peseta, y á veces dos reales, mantenér á padre, madre, generalmente media docena de robustos chiquillos, á mas una madre, padre, ó suegra desvalida, vestir á todos, y al padre de una manera muy costosa, (1) pagar casa, sufragar los gastos de partos, de enfermedades y paradas, y hallar aun el cuarto que nunca niegan al pordiosero, es cosa que no comprende la razon, y entra por lo tanto, enla categoría de las muchas cosas, en las que, si no vemos el dedo de Dios, ó su inmediata intervencion, es porque somos irreflexivos, ó porque somos ciegos voluntarios.

---

(1) Nos parece curioso dar el costo exacto que tiene una ves-

Lúcas que quería á su hermana con ternura, viéndola del todo desatendida por su padre, se habia arrogado sobre ella esa tutoría reconocida é incontestable entre el pueblo, que pertenece de derecho al hermano mayor, por la falta del padre; tutoría aneja á la obligacion de mantener á sus hermanos. Esta obligacion y este derecho instintivo y patriarcal no constan ni están escritos en ningun Código; pero están impresos por la tradicion en las almas, y habrán dado quizás orígen á la institucion de los mayorazgos. Presentaba igualmente Lúcas el inculto tipo de los caballerosos y poéticos hermanos, que nos han dejado por modelo de hidalguía, de

---

timenta de las mas sencillas del hombre de campo andaluz, tal como no falta á ninguno;

Una capa.	260
Un sombrero calañes.	30
Una chaqueta de paño.	60
Unos calzones de id.	60
Botonadura de plata.	60
Idem de la chaqueta.	36
Una faja de lana	50
Chaleco en corte.	30
Camisa de Bretaña.	20
Calzoncillos de crea.	10
Zapatos de becerro	22
Poláinas ó botines lisos.	40
Calceta de pié ó cuchilla.	14
Pañuelo. . . . . . . , ...	4
Total.	696

Sin las hechuras, pues todo lo hacen las mujeres.

¡Qué dirán de esto el positivismo, la economía y las cajas de ahorro, cuando con un saco de gerga, unas sandalias y una espuerta por sombrero, podría, sin ningun inconveniente, estar vestido el jornalero andaluz!

delicadeza y de pundonor, Calderon, Lope y demas poetas contemporáneos, en sus bellísimos cuadros de costumbres.

Lo que es Lucía, era como lo habia sido su madre, amante, débil, y fácil de impresionar; queria á su hermano con un profundo amor, en el que se mezclaba el respeto sin disminuir la ternura.

Una tarde se hallaban reunidas en el patio de la casa de Juan García varias vecinas que en ella vivían.

—Vds. no saben la novedad, dijo la parienta de la difunta Ana; suénase que el marido de la Leona ha muerto; ¿qué dicen Vds. á eso?

—Que la Leona cantará á estas horas, respondió una de las vecinas:

Mi marido se há muerto,
y se vá al cielo,
coronado de espinas
de matadero.

—Habla sério, mujer, que la cosa lo es, repuso la parienta de Ana.

—¿Pues qué quieres que te diga? lo siento.

—Y yo tambien, y son doscientos, añadió riéndose la tercera.

—Pues mas lo siento yo, opinó la parienta, porque dicen que Juan García se vá á casar con el pingajo de la viuda.

—¡Mujer, quiéres callar!

—No callo, y digo mas; digo que no lo dudo, pues esa bigardona lo ha cogido debajo y de una vez, y lo ha de poner al suplicio, con has de tomar este ó te he de dar con aqueste.

—Lo que es eso, es verdad, observó la otra, lo ha

atontolinado á fuerza de bebida; y no se contenta con darle vino, que es natural é hijo legítimo de la tierra, sino que le dá aguardiente, ese maldito que es dañino, como que es hijo de malos padres.

—Esa milana todo se lo vá sacando, hasta que lo deje pegado á la pared como una salamanquesa, añadió la otra; porque es tan codiciosa como el ánsia, que vá con una mano por el suelo, otra por el cielo, y con la boca abierta para que no se le escape nada.

—Y será la tercera mujer que lleva Juan; puede que se muera como las otras dos, y los cuatro hijos que tiene debajo de tierra; pues no parece sino que tiene vahido de culebra.

—¡Matar la Leona! fácil era; tengo para mí que no lo ha de lograr la muerte ni con un siglo que le ayude; ya ves la *cólera* que tantas buenas se llevó para allá, y por su casa no aportó.

—Si tiene esa tuna mas suerte que quiere.

En este momento entró Lúcas; era sábado y venía á holgar el domingo.

—Lúcas, le dijo su parienta, ¿sabes que la Leona ha enviudado, y que dicen que tu padre se casa con ella?

Un rayo no habría herido mas repentinamente á Lúcas, que lo hicieron estas palabras; no obstante, se quedó sereno y contestó:

—Tia Manuela, V. está soñando despierta, ó está caducando de vieja.

—No me digas vieja, Luquillas; díme mas bien pringue de zorra, repuso su parienta que era jovial; la edad no se le echa en cara sino á los vinos y á los pergaminos.

—¿Y para qué nació V. tan temprano? A mí no me venga V. ni nadie con esos mormajos.

—Pues hijo, pregona con tiempo tu decreto, pues todo el mundo lo dice.

—A espaldas mias digan lo que quieran, que lenguas y pensamientos no los cautivan regimientos; pero presente yo, no tome nadie á mi padre en boca.

—¿Apostémos que se casa, Lúcas?

—Basta, tia Manuela; dice el refran, que la burla dejarla cuando mas agrada.

Lúcas tenía en su seriedad, como todo hombre enérgico, algo que imponía; las mujeres callaron y él se entró en su vivienda.

Despues de estar algun tiempo con su hermana, á quien nada dijo de lo que tan fuertemente le preocupaba, despues de haberle entregado el dinero que traia, y de haber hablado con ella alegre y cariñosamente, Lúcas salió y se fué en casa de su vecino el tio Bartolo.

Lucas sabia que el antiguo guerrillero, tanto á causa de su edad, como de sus buenas luces, y por haber sido amigo de su abuelo, ejercia una gran influencia sobre su padre, y á nadie halló mas apropósito para confiarse y para rogarle interviniera en este asunto, disuadiendo á Juan García, caso que lo tuviese, de tan descabellado propósito.

—Hola, Luquillas, le dijo el antiguo guerrillero, ¿qué traes que vienes con paso de catalan (1) y con la cara de herrero?

Lucas le dijo su empeño.

El tio Bartolo, cuando este hubo concluido de hablar, meneó la cabeza y respondió:

—Lucas, dice el refran, entre dos piedras molares, nadie meta sus pulgares; pero, en fin, porque me lo pides tú, y por mediar Lucía, esa paloma sin hiel,

(1) Paso reposado y quedo, como lo hace la alpargata.

haré lo que quieres, mas que pierda las amistades con tu padre, lo que de fijo vá á suceder; mas sábete que nada se adelantará con eso.

—Pero, tio Bartolo, lo que no se empieza no se acaba.

—¿Pues no te digo que lo haré? que no quiero que digas nunca que me buscastes y no me hallastes; no quiero mas que advertirte que perdidos son los consejos para los tercos, y los pebetes para los puercos; y decirte mi verdad, que mas quisiera avenírmelas con un gabachon de los de antaño, que no con tu padre, que está cogido y vencido por esa monfi, como lo está un moscon entre las patas de una araña.

Al dia siguiente fué nuestro antiguo guerrillero en casa de su vecino, que halló indispuesto.

—¡Hola, Juan! le dijo al entrar. ¿Cómo estás hombre?

—No estoy muy lejítimo, tio Bartolo, respondió el enfermo; este viento me ofende mucho. ¿Y V. cómo está?

—Tan buenecito, hijo, como que soy del siglo pasado; y no me pesa, que mas vale capa que cama.

Como el tio Bartolo en su larga carrera lo que menos habia estudiado era la diplomacia, sin andarse con aquí la puse, prosiguió en estos términos:

—Pero vengamos al caso, que donde hay camino real no te vayas por el matorral. Me han dicho, y no lo quiero creer; me han dicho que te casas.

Juan frunció el ceño. y contestó:

—Pues si yo no se lo he dicho á nadie, ¿cómo han podido decírselo á V?

Esto de contestar á una pregunta con otra para esquivar la respuesta, es una de las reglas de la gramática parda, que el pueblo tiene en la punta de las uñas. El tio Bartolo prosiguió:

—Pues ahí verás tú; lo habras pensado, y hoy dia hilan las gentes tan delgado, que adivinan los pensa-

mientos. Conque, vamos claro: ¿ello es que lo has pensado, y lo vás á hacer? Dí la verdad.

—¡La verdad! respondió Juan García, echando mano á un nuevo subterfugio para responder categóricamente; ¡conque no he cumplido con la Iglesia este año por no decirla, y se la iria á decir á V.! No señor; si la digo me quedo sin ella.

—En lo solapado de tu respuesta se dá á conocer que lo has pensado y lo vas á hacer, repuso el tio Bartolo; y no tienes que negármelo ni andarme con entreteneder as.

—Todavia eso está en mata y por rozar, respondió Juan.

—¿Y tú sabes, cristiano, lo que vás á hacer? Pues principio es de sanar, conocer la enfermedad.

—Si Señor, que tengo mis cinco sentidos cabales.

—Sí, Juan, cuatro vanos y uno vacío. Hijo, tú me conoces á mí, ¿no es eso?

—Sí señor.

—Sabes que te estimo.

—No digo que nó, tio Bartolo.

—¿Sabes qué dice el refran? Buey viejo, surco derecho.

—Convenido, tio Bartolo; ya sabemos el saber que dan los años, pues siempre se ha dicho que no sabe el diablo por diablo, sino por viejo.

—Pues siendo así, te fiarás en mi dicho?

—Pues ya se vé.

—¿Y tendrás en algo mi consejo?

—¿A qué viene tanta vanguardia, tio Bartolo? ¿A dónde vá V. á caer, que todo se le vuelve cerner y no echar harina?

—Para caer de todo mi peso, en decirte esto no mas: ¡No te cases, Juan García!....

—¿Y por qué; me querrá V. decir?

—¡No te cases, Juan García!

—Tio Bartolo, no eche V. consejos como hijos de la cuna, sin padre ni madre. ¿Que no me case? La razon?

—Juan, con quien tengas trato, no tengas contrato.

—Si *asina* fuera, por lo mismo me debia casar; porque si esa mujer ha perdido la estimacion por mí...

—¡Calla, Juan, calla! No me vengas con agachaditas, que el mal hacer, achaques no ha menester; y bien sabes que esa mujer no ha perdido la estimacion por tí, que nadie pierde lo que no tiene.

—Tio Bartolo, por las que me afeito, que si no fuera porque peina V. canas y ha sido amigo de mi padre, ¡vive Dios!...

—Vamos, hombre, no te perturbes ni te dispares; ¡cachaza! que yo no vengo aquí á hurgarte ni á buscarte las cosquillas, sino que vengo muy *á la buena fin*, como tu amigo que soy, para impedirte que hagas una pampringada de las atroces. ¿Tú has pensado en la madrastra que dás á tus hijos?

—La que es buena para mujer de su padre, paréceme que buena será para ser madrastra de ellos; y sobre todo, lo que yo haga está bien.

—¿Está bien? Ahora estás como el inglés, D. Turo, que por matar á una perdiz mató una urraca, y dijo despues: está bien. Juan, mira que ellos ni á dos tirones han de querer vivir bajo la bandera de esa mujer; te vas á indisponer con ellos; y quien de los suyos se aleja, Dios lo deja.

—¿Que no querrian vivir con ella? ¿Qué está V. diciendo, señor? ¡Pues tendría que ver! Donde vá la mar, van las ondas, tio Bartolo.

—Pues mira, Juan, que Lúcas que tiene punto no

ha de consentir en que vaya su hermana á vivir con una mujer que tiene nota.

—La nota, que yo se la puse y se la quitaré, ¿está V? Y Lúcas se guardará de levantar el gallo viviendo yo: que el mandar no quiere par; y donde están los grillos reales, callan los cebolleros.

—Juan, mira que el amparo de tu vejez ha de ser tu hijo; no lo vayas á exasperar, no sea que coja dos de luz y cuatro de traspon.

—Yo no necesito á mi hijo; yo tengo para mantenerme á mí, á mi mujer y á mi hija.

—¡Qué has de tener, Juan! De orujo esprimido nunca mosto corrido; ¿pues acaso esa mujer no se ha tragado ya tu tajon, tu mata de olivar, no dejándote mas que la casa, que se irá por donde se fueron el tajon y los olivos? Y en cuanto á ganarlo, te has echado á la birla birlonga y tienes ya tieso el espinazo, y por ajuar colgado no viene hado; conque ¿de dónde vas á sacar esos caudales? Lo que harás será entramparte, no podrás pagar, y por muy hombre de bien que sea uno, en debiendo y no pagando.... *escreitao.*

—La Leona tiene por los puertos un compadre contrabandista que me va á dar parcería.

—¡Pues eso faltaba! esclamó indignado el tio Bartolo. ¡Tú! ¡tú! ¡meterte á andar la vereda! ¿Te tienta Barrabás, Juan García? ¿Te se ha ido el juicio de un todo ó te estás divirtiendo conmigo? ¡No digo yo que quien con lobos anda á ahullar se enseña! ¿No sabes que lo bien ganado se lo lleva el diablo y lo mal ganado á ello y á su amo? Pero al caso: resumidamente, Juan, esa mujer tiene nota, y esa no se la quitas tú ni el rey que se empeñase; es mala de suyo, y no la harán buena ni tú ni el obispo que lo intentase; y la manzana podrida pierde á su compañía.

—Dale con la mala! A mal decir no hay cosa fuerte, tio Bartolo; con que á mí me parezca buena, estamos todos pagados.

—Juan, antes que te cases, mira lo que haces; no tienes la disculpa de los pocos años, para hacer destartalos, pues tienes mas de cuarenta...

—Y mas de cuarenta arrobas de paciencia, tio Bartolo. ¡Candela! buscado hé sin hallarlo quien me diera pesetas, y hallado hé sin procurarlo quien me dé consejos.

—Pues hijo, tu alma en tu palma, dijo levantándose el tio Bartolo; acuérdate que no te ha faltado quien bien te aconseje, y hombre de maduros sesos que te predijese el porvenir, Juan, ese casamiento va á ser la perdicion de tu casa; y acuérdate de lo que te digo en este dia: llegará uno en que no te queden sino ojos para llorar.

Diciendo esto el tio Bartolo, se salió.

—Hijo, le dijo á Lúcas que lo aguardaba en su casa, trabajo perdido; ya te lo previne; anda, créeme, confórmate, no vayas á dar duro con tieso; acabarás por salir perdiendo, pues siempre quiebra la soga por lo mas delgado; y tú eres hijo, y él es tu padre y tiene la potestad, y no harás mas sino tirar coces contra el aguijon.

Lúcas se volvió desesperanzado á trabajar al campo; y el sábado siguiente, cuando vino á su casa, supo que el domingo se iba á correr la primera amonestacion del casamiento de su padre; entonces desesperado y como último recurso, se decidió á hablarle.

Ya hemos indicado las relaciones secas y frías en que vivian, merced al ningnn cuidado que habia tenido de sus hijos ese hombre abandonado. Ultimamente, la escelente conducta de Lúcas y la buena fama que á ella

debia, habian inspirado á Juan ese amargo sentimiento que nace en el hombre cuando en sus relaciones con otro tiene la superioridad material y la inferioridad moral, sentimiento que engendra una hostilidad que suele degenerar en despotismo.

—Señor, le dijo Lúcas á su padre con moderacion y firmeza, me han dicho que os casais.

—No te han dicho malamente, contestó este.

—Yo no lo quería creer.

—¿Y por qué no? ¿me quieres decir?

—Por la mujer con quien me han dicho que es.

—No es de tu gusto quizá? ¿Y te parece acaso que me debería yo haber aconsejado contigo?

—No señor, conmigo no; yo soy leña rodante; pero con quien sepa y suponga mas que yo.

—¿Conque á tí te parece, díjo con comprimida ira Juan García, que tu padre necesita consejos?

—Si, señor, respondió con serenidad Lúcas; cuando tiene una hija mocita y la quiere dar madrastra.

—No sea que su padre le dé una que se coma á la niña como el cancon.

—No, señor, no; que ya se sabe que no se tragan las gentes como anises.

—O que la haga trabajar, por ser ella misma hacendosa, y no le consienta estar mano sobre mano como mujer de escribano.

—No es eso, señor; Lucía no le huye al trabajo, que es esta la honra de los pobres.

—O que quizás la tenga encerrada como perro de cortijo.

—No, señor, no se trata de eso, que mi hermana, aunque criada sin madre, es recatada, y no es de las niñas de puerta de calle ni de punto en calceta, y hecha se halla á estar á la sombra.

—¿Pues qué es? ¿Acabarás de reventar?

—Es, señor, dijo Lúcas con firmeza, que esa mujer dá mala sombra á mi hermana y puede perderla.

Juan García, que á duras penas habia contenido hasta entonces su rabia, se arrojó sobre su hijo, levantó la mano para darle una bofetada, que descargó sobre la cabeza, que este agachó al ver la accion de su padre.

—Válgame Dios, padre, dijo Lúcas con dolor; ¿porqué me castigais? ¿He hablado mal? ¿He faltado á su mercé? Padre, poco antes de morir me dijo mi madre, que en gloria esté: «Lúcas, vela sobre tu hermana;» se lo prometí, y lo cumplo.

—Esto lo diría, repuso Juan, algo templado por el recuerdo de su madre que evocaba Lúcas, y por el respeto que este le demostraba; eso te lo encargaría en el caso que faltase su padre; pero viviendo yo, ¿quién es el que tiene potestad sobre mi hija?

—Padre, por María Santísima, dejadla á mi cargo, yo la mantendré.

—¿Estás en tu juicio?

—Por Dios, no nos separeis, yo trabajaré á destajo y mantendré á entrambos.

—¡Separaros! No se trata de eso, tú te vendrás á mi casa con ella.

—Eso no, padre.

—¿Cómo es eso? ¿Que quiere decir *eso no*? ¿Quieres retar á tu padre? ¿No estás satisfecho de conocer como saben mis manos? ¿Andas buscando otra muestra de su potencia?

—Mi padre sois, y matarme podeis sin que chiste ni salga de mi crianza; pero hacer que viva con esa mujer, eso no.

—Allá veremos, so insolente, cabezon.

—Allá veremos, repuso saliéndose desconsolado Lúcas.

Lúcas tenía una de esas nobles y delicadas naturalezas que en la victoria se humillan, y en la derrota se recrecen; de las que no conocen el fanfarron engreimiento en el triunfo, ni el pusilánime anonadamiento en la caida. En cambio tenía una firmeza de carácter que degeneraba en obstinacion y testarudez, como sucede siempre que, no sostenida la energía por la razon, es envalentonada por el orgullo.

Así fué que, sin faltar en un ápice al respeto tan estricto, y tan rígidamente observado entre el pueblo, no fueron parte las amenazas de su padre ni el cariño á su hermana á influir en la resolucion que habia tomado en aquella entrevista decisiva. Al salir de hablar con su padre, fuese á buscar á su hermana, á la que halló llorando. Largo rato estuvieron ambos sin hablar, comprendiendo los hermanos mútuamente lo que causaba las lágrimas del uno y el abatimiento del otro.

—¡Si madre abriera los ojos! esclamó al fin y sin preámbulo Lucía.

—A quien Dios se los cerró, no le quedan ganas de volverlos á abrir, contestó Lúcas; pero ten presente que desde el cielo los tiene siempre fijos sobre su hija. Yo ya nada puedo hacer por tí; porque aunque todo he hecho para poder conservarte bajo mi bandera, no lo he podido conseguir, y porque, hermana, donde está el poder de un padre, no hay otro en el mundo que oponérsele pueda.

—Pues yo nunca he de hacer sino lo que me digas tú, Lúcas, que á tí me encomendó mi madre, dijo llorando Lucía.

—Pues si así es, repuso su hermano, atiende á lo que voy á decirte. Lleva tu cruz con paciencia, que solo

así la harás mas ligera. Sé un junco á todos vientos, y sé un roble para el malo. Anda siempre derecho, mas que sea la senda cuesta arriba y tenga abrojos; no pierdas nunca la derechura ni dejes de mirar adelante, que que el que no mira adelante, no sabe donde irá á parar; á esa que va á ser mujer de tu padre, déjala la acera; pero como mala mujer que es, no te ayunques con ella. y no le hables sino de verano. (1)

—¿Harás tú lo propio, Lúcas?

—Yo.... yo haré lo que Dios me dé á entender hermana, respondió Lúcas.

El dia del casamiento de Juan, no se vió á Lúcas, y en vano fué buscarlo; habia desaparecido. Juan García practicó activas diligencias para averiguar su paradero, y supo algunos dias despues por un arriero que venia de Sevilla, que habia sentado plaza de soldado. Juan sintió que fuese burlada su autoridad, y perder en su hijo una ayuda; pero se consoló con verse libre de un testigo de vista inmediato é interesado, cuya censura semejante á la neblina, sin forma, sin voz y sin accion, lo penetraba sin poder esquivar su impresion.

—Lucía fué á vivir con su madrastra, y está demas el decir cuanto tendría que sufrir, en particular por parte de las hijas de esta, que siendo locas y feas, debian de aborrecer á la que era linda y juiciosa. Lucía empezó por llevar con resignacion su papel de Cenicienta, segun se lo habia recomendado su hermano; pero poco á poco su paciencia se fué gastando con el continuado roce que sufria, filtró en su alma la indignacion, y con la reprimida queja, el rencor. Quiso alguna vez por lo tanto, humillar con sus ventajas, á aquellas por las que

(1) A distancia, sin intimidad.

de continuo era humillada, y se hizo presumida y amiga de agradar. Así cunden y se propagan con prodigiosa rapidez las malas semillas; basta una para abrir la puerta á las demas y prepararles el terreno.

Vino por aquel entonces un regimiento de caballería á Arcos.

Su coronel, llamado Gallardo, era rico, bien nacido, habia sido un buen mozo, y habia sido y era un gran fátuo. Provenia esta fatuidad, en mucha parte, de que el dinero y los mandos forman alrededor de los que los disfrutan una atmósfera de adulacion, que suele marear á muchos y hacerlos engreidos é impudentes; por lo que se permiten con gran descaro cosas que no se permiten los que no gozan de dichas ventajas. Si muchos entienden así la autoridad, poco es de estrañar que esté tan malquista, tan desprestigiada y tan vilipendiada. La autoridad debe consagrarse á su mision, y con sus beneficios, admitir sus cargos, y el primero es dar buen ejemplo. Pues acaso, ¿creen las autoridades que nada deban á las masas, y que sean estas para ellos, á la vez, madres que les sustenten é incensarios que los deifiquen? ¡Cuando retrocederémos moralmente á aquellos remotos tiempos, en que los hombres, compasados y dignos á un tiempo, no conocian la adulacion y acataban al derecho! Ahora sucede todo lo contrario, nunca fueron menos reconocidos los derechos, y nunca mas rastrera la adulacion.

Pero volvamos al coronel Gallardo, que ha dado márgen á estas reflexiones.

Este buen mozo, ademas de otras pretensiones, tenia las de la juventud en flor, siendo así que la suya ya estaba granada, resultando de esto que, pudiendo parecer un gallo jóven, pareciese un pollo viejo. Rizaba su cabello, usando de la gracia del buen peluquero, que, como es sabido, consiste en sacar rizos donde no hay

pelo. Gastaba un corsé parisiense que le hacía un talle que habria envidiado una Sílfide. Creia que las conquistas amorosas honraban á la par de las guerreras, y que un poco de calavera en el militar, así como algo de coquetería en la mujer, eran la sal y pimienta de ambos géneros; esto, unido á una dósis de vanidad tal, que ocupaba en su cerebro y en su corazon todo el vacío que dejaban otras cualidades ausentes, hacian del coronel Gallardo uno de esos hombres detestables, sin ser malvados y ridículos, sin ser risibles. El coronel, al amonestar á los oficiales de su regimiento á que observasen buena conducta en un *speech*, es decir, en un corto discurso de circunstancias, hueco como una calabaza seca, se habria desesperado de que ignorasen estos que tenia una querida buena moza y que la mantenia con lujo.

Este caballero, solteron, por supuesto, como todos los de su jaez, fué alojado frente la casa de la Leona. No tardaron las hijas de esta en trabar conocimiento con los asistentes del coronel. Los preludios de este conocimiento fueron, como de costumbre, coplas cantadas con la patente intencion de entrar en relaciones amorosas.

Tomaron la iniciativa los soldados, cantando con su guitarrilla:

Si el garbo de tu persona
se ganara peleando,
vieras un hombre en la guerra
con una espada en la mano.

Siguió otro:

Si por querer á un paisano
olvidas á un militar,

hazte cuenta que has cambiado
oro fino por metal.

A lo que contestaron ellas para probar su simpatia hácia los cantores, y su desden hácia los paisanos:

El cielo nos dé paciencia
con estos hombres de campo,
que son estripa-terrones,
sepulturas de gazpacho.

No tardó tampoco el coronel en prendarse de la hermosura de Lucia; no era hombre para disimularlo; y ¡ay! ya no era Lucía la niña morigerada y recatada que se habria ofendido de esterioridades, que no podian menos de ser un escándalo para el pueblo.

Enterado en breve el aspirante engalonado de las interioridades de esa familia, se aumentaron sus esperanzas en vista de los antecedentes de la madrastra, y de la triste suerte de Lucía. No obstante, se engañó; por que Lucía, arrastrada por la vanidad y la ligereza, retrocedió ante la corrupcion con toda la energía de la honrada sangre que habia heredado de su madre. Esta resistencia exasperó á las hijas de la Leona, que se habian lisonjeado á un tiempo de perder á Lucía y de deshacerse de ella, llevándosela el coronel; así fué que concibieron un proyecto que, llevado á cabo en forma de broma, habia de traer el resultado apetecido; concertáronse al efecto con el pretendiente, y ejecutóse del modo que sigue:

Una noche que Lucía, ya recogida en su dormitorio, peinaba sus hermosos cabellos, abrióse de repente la puerta, dando entrada al coronel, venia em-

bozado en su capa y llevaba sombrero calañés, acompañándole con gran algazara y risa las hijas de la Leona. Apenas lo introdujeron en la habitacion, cuando, redoblando sus carcajadas y bromas, echaron á correr, cerraron la puerta y corrieron el cerrojo.

La indignacion, el terror y la cortedad se apoderaron á un tiempo de la infeliz niña de tal manera, que no se le previno modo alguno de evitar el peligro, y se tapó la cara con ambas manos.

El coronel intentó valerse de sus chistes y galanteos para hacérsela propicia, lo que engañado por la Leona, no habia creido difícil; pero no halló palalabras ante aquel grave, solemne y mudo dolor, pues existe tal distancia entre la infamia y la inocencia, que no alcanza á salvarla la osadía en el hombre á no ser un malvado.

—¡Tanto os impongo, dijo al fin el coronel acercándose á Lucía, yo que solo deseo agradaros!

¡Lucas! ¡Lucas! Hermano mio, gritó prorumpiendo en sollozos la pobre niña.

—Me iré; me iré, dijo el coronel entre ofendido, irritado y compadecido.

Acercose á la puerta, mas esta estaba cerrada.

—Ya veis, no puedo salir, dijo volviéndose á Lucía.

—Lo sé, esclamó Lucia; han querido perderme y lo han logrado; ¡yo encerrada en un cuarto con un hombre! ¡Cómo me vuelve á mirar nadie á la cara! ¡Qué dirá Lucas, el hermano de mi corazon!

—No estais perdida, niña, dijo el coronel incomodado; no soy amigo de tragedias, y me asustan las heróicas Lucrecias; creed que lo que deseo es alejarme, y para probarlo, ya que por la puerta no puede ser, será por esta ventana que dá al corral.

Diciendo esto el coronel se volvió á embozar en

su capa, subió al poyo de la ventana y saltó al corral que solo circundaba un vallado.

Apenas puso los pies en el suelo, cuando se sintió acometido por un hombre que, ciego de ira, le apostrofó con los mas furiosos denuestos; al mismo tiempo acudian dando voces la Leona y sus hijas.

—¡No le acometais, que es mi padre! gritó desde la ventana en la mayor angustia la infeliz Lucía.

El hombre habia sacado una navaja; pero el coronel, que era vigoroso, y que deseaba salir de aquel lance, sin hacer daño al padre de Lucía y sin ser conocido, rechazó al agresor con tal fuerza, que le hizo caer de espalda; corrió al vallado, saltó por cima y desapareció.

Juan García se levantó del suelo en aquel estado de furor, en que, ciegos los hombres incultos, no se paran ante ningun obstáculo, ni retroceden ante ningun crímen, desvió de sí con violencia á su mujer y á sus hijas, que, alarmadas ante los resultados de su propia obra, querian detenerlo y se dirigió hácia la casa para encaminarse al cuarto de su hija.

—Lucía, Lucía, échate por la ventana que tu padre te vá á matar, le gritó su madrastra, que preveia una catástrofe.

Ya oia Lucía la vinosa y furiosa voz de su padre que se acercaba á su cuarto, y fuera de sí se precipitó al corral.

—Métete en casa del coronel, le dijo su madrastra, sin mas intencion que la de salvarla; es de quien menos sospecha tu padre, es la casa mas cercana y aquella en que mas oculta y segura puedes estar.

Lucía obedeció maquinalmente, guiada por el instinto de la propia conservacion, único móvil que predomina en los instantes supremos de la vida.

El coronel se paseaba agitado por su cuarto, cuando vió entrar á aquella infeliz niña pálida como la muerte, cubierta de su largo cabello negro, fria de terror, inerte de desesperacion.

—Me habeis perdido, dijo, cayendo sobre una silla, salvadme al menos la vida.

Es de suponer que el corazon de aquel hombre por estéril y seco que fuese, hallase en tales circunstancias sentimientos y palabras que diesen algun consuelo á la desvalida criatura, que la necesidad forzaba á buscar su amparo; pero hubo mas, el coronel se apasionó con vehemencia de aquella jóven que le aparecia por todos los prismas tan bellos que circundan á la inocencia, á la juventud y al infortunio; infortunio causado por él.

Por su lado la pobre niña, sin amparo, sin apoyo, sin cariño, sin tener dónde reclinar su cabeza, careciendo de carácter firme para la resistencia, de energía para saber arbitrar medios de salvacion y de principios debida y constantemente inculcados, que le hiciesen preferir la miseria á la vergüenza, se dejó querer y retener, mecida por aquel arrastre de un amor que principia con la conviccion que tiene é infunde que ha de ser inmutable y eterno.

El coronel partió pronto, llevándose secretamente á Lucía, que empezaba á hallarse contenta en la atmósfera de amor y de lujo que la cercaba.

El acceso de ira que habia esperimentado Juan García, unido al dolor, á la vergüenza y al remordimiento, causaron tal efecto en la naturaleza ya gastada y enervada de este hombre, cuya vida hacia tiempo que era para él un infierno, que cayó con unas calenturas inflamatorias de que no pudo sanar.

—Tio Bartolo, le dijo poco antes de morir á su

antiguo vecino, acertásteis cuando me predijísteis que llegaria tiempo en que solo me quedasen ojos para llorar; ya ha llegado; y así mas vale cerrarlos y no volver á abrirlos.

Dos años habian pasado desde los sucesos que hemos referido, y cinco desde que Lucas era soldado. Estaba á la sazon su regimiento en Córdoba, donde debia pasar revista á los cuerpos de la guarnicion un general recientemente llegado de Madrid.

La víspera de la parada estaba Lucas en el cuartel con otros varios soldados paisanos suyos. Uno de ellos tocaba la guitarra, y cantaba alternativamente con ese buen humor, esa constante alegria del soldado español, que no abaten trabajos, percances, ni hambres, y que prueba claramente lo poco material de la índole de este pais, índole que desespera, indigna y escandaliza á los modernos neófitas del positivismo.

Eran estos sus cantos:

Qué bonito está un soldado
en la puerta del cuartel,
con corbatin estirado
y sin tener que comer.

Por un pan de municion
que el rey de España me da,
me tiene toda la noche:
«centinela, alerta está.»

La vida de los soldados
es andar por los lugares,
dormir en camita agena,
morir en los hospitales.

En este momento llegó el piquete que habia dado la guardia al general, que acababa de ser relevada.

—Vaya una buena moza que es la generala, dijo uno de los soldados que llegaban; en cuanto he andado no ví hembra mas arrogante.

—No es su mujer, repuso otro; así quítale el *buena.*

—¿Y porqué se lo he de quitar? Las bendiciones ni le quitan ni le ponen á lo bonito, replicó el primero; pero ¿qué sabes tú?

—Lo que dicen; ademas, si fuese su mujer, no la habia de tener con tanto boato; porque así son los usías, mas gastan con sus queridas que con sus mujeres.

—Eso es de miedo que se vayan con otros; por eso les dan lo que quieren; ¿qué dices tú Lucas?

—Que es tener cuchillo de plomo en vaina de oro, contestó este.

—El alma de esta podrá ser de plomo ó cosa peor; pero su persona ¡por vía de los moros de Berbería! es mas oro que la vaina.

—¡Qué! repuso Lúcas, afeita un cepo y parecerá un mancebo; te digo mi verdad, que ninguna de esas picaronas de la vida airada, con tanta bambolla y tan poca vergüenza, me parecen mujeres, sino pingajos.

—Vaya, si está este Lúcas siempre con la vara de la justicia levantada; él ha entrado en la casaca, pero la casaca no ha entrado en él; si hubieses nacido rey, te habian de haber puesto el *justiciero.*

Al dia siguiente estaba formada la bizarra y lujosa tropa; tocaban las músicas, y el general, montado en un soberbio caballo y seguido de sus ayudantes, llegaba á galope á la parada.

Venía á alguna distancia una elegante carretela abierta, en que se hallaba sentada una jóven y hermosa mujer lujosamente vestida. Paróse la carretela cerca del

sitio en que formaba Lúcas y sus paisanos, en el estremo de una fila.

—Esa es la querida del general, murmuró el soldado que estaba á la derecha de Lúcas, ¿no te dije que era un sol?

Lúcas levantó los ojos y los fijó en aquella mujer; mas al fijarla tuvo tal estremecimiento que lo notaron sus contiguos compañeros, y le preguntaron: ¿Qué tienes, Lúcas?

—Nada, contestó este con serenidad.

Por su lado la señora de la carretela habia clavado la vista en el bizarro soldado, que tan cerca de ella se encontraba, y una esclamacion de sorpresa y gozo habia brotado de su corazon á sus labios.

—Lúcas, dijo su otro vecino de fila, esa mujer te mira y te hace señas.

Lúcas, pálido é impasible, no levantó los ojos ni contestó.

—Lúcas, prosiguió el que habia hablado, ¿quién será esa? Te conoce, te hace señas con el pañuelo, y no parece sino que se quiere echar del coche abajo; hombre, mírala; dí, ¿quien es?

—No la conozco, contestó Lúcas.

—¡Por vía de los gatos! esclamó estático el primero que habia hablado, ¡mal fin tenga si no es tu hermana Lucía! ¡Mírala, hombre, ella es!

—Ya la miré, y digo que no la conozco, respondió Lúcas.

—Mira, mira, la pobrecilla se ha echado á llorar; párate, mira que no está tan desconocida: no tiene mas sino que está mucho mas hermosa; ¿estás ciego que no ves que es tu hermana?

—No la conozco, volvió á repetir Lúcas con la misma impasibilidad.

Hay hombres en este mundo que sienten profundamente, pero cuya fuerza de alma alcanza á cubrir con la capa de nieve de la indiferencia é impasibilidad las mas vehementes y desgarradoras emociones. Muscios Scevolas morales que admiramos sin que nos interesen; no podemos amar ese estoicismo, que hace gala de una desdeñosa indiferencia, ni en su orígen ni en sus resultados; y como para juzgar toda cosa humana es necesario compararla al ideal de la humanidad que es el Dios hombre, nos repugnan esas bravatas, en vista de que la pasion habria perdido su sublíme carácter de santidad, si el estoicismo hubiese reemplazado en ella la mansedumbre.

La voz de mando del gefe prescribió algunas evoluciones, despues de las cuales marcharon las tropas á sus cuarteles.

Cuando los soldados formaron corrillos, la hermosa señora de la carretela fué el objeto de sus comentarios.

Unos decían que era Lucía; otros que no la habian visto tan de cerca sostenian que no.

—Su hermano lo dirá, esclamaron todos yendo á buscarlo. Lúcas, le digeron, ¿es aquella usía tan estirazada y tan gallarda tu hermana Lucía?

—No conozco á esa muger, contestó Lúcas; y basta de preguntas, camaradas, que no soy reloj de repeticion, y se me han rematado las ganas de responder.

No habia pasado media hora cuando llegó un ordenanza del general buscando á un soldado llamado Lúcas García, y requiriéndole á que lo siguiese.

Lúcas obedeció, trémulo de indignacion, pero sin que nada lo demostrase en su semblante.

Llegados que fueron á una casa de buena apariencia, fué Lúcas introducido en un gabinete adornado con lujo y sumo primor.

Apenas entró, cuando una hermosa mujer, envuelta en una elegante blusa de seda, se levantó de un sofá, lanzando una esclamacion de júbilo, y se arrojó hácia él con los brazos abiertos.

Lúcas la rechazó con el brazo derecho, y dijo con serenidad:

—Yo no conozco á usía.

—¡Lúcas, hermano mio! esclamó prorumpiendo en llanto la jóven.

—Yo no tengo hermana, repuso Lúcas en el mismo tono que antes.

—¡Lúcas, hermano de mi alma, yo te contaré lo que pasó!...

Entró en este momento el coronel, que habia sido y era hoy general.

—¿Conque, dijo con finchada condescendencia, Lucía, vistes ya á tu hermano?

—¡No me quiere reconocer! esclamó entre sollozos Lucía.

—¿Cómo es eso? preguntó el general volviéndose al soldado. ¿Y por qué?

—Porque será una equivocacion, mi general, contestó Lúcas, llevándose su abierta mano á la sien; pues yo soy mozo solariego y no tengo hermana.

—Te he llamado, dijo el general, para que te quedes de ordenanza á mi lado, que aprendas á escribir, y formarte así una carrera en la que subas con rapidez, pues ya sé que eres valiente y entendido.

—Yo no quiero aprender á escribir, mi general.

—¿Y por qué? preguntó reprimiendo su mal humor el general; sin ese requisito no podrás ascender.

—Yo no quiero ascender, mi general.

—Ya se vé, dijo soltando una carcajada burlona el general, el que tiene tan buenos mayorazgos, que dis-

frutar, no es estraño que desdeñe el servicio del rey.

—Harto rey es quien al rey no vé, contestó Lúcas.

—¿Qué deseas? hermano, preguntó Lucía.

—Solo deseo cumplir mi tiempo y volverme á mi pueblo.

—¿Pues quien te llama allí, si dices que no tienes á nadie? repuso Lucía.

—El amor á mi tierra, contestó Lúcas, que la tierra do me criare, démela Dios por madre.

—¡Valiente ganso! esclamó el general.

Lúcas ni chistó ni pestañeó.

—Hermano de mi alma, por la memoria de madre, no te hagas el desconocido, que me partes el alma; quédate.

—Yo no quiero ser forastero en ninguna parte, señora.

—Basta, dijo el general; deja á ese basto alcornoque, que se vaya y que lo piense mejor.

—Yo no pienso dos veces las cosas, mi general, repuso Lúcas saludando y saliendo.

Lucía corrió detrás de su hermano á la antesala, cogió su brazo, que estrechó contra su pecho, y le dijo con apasionada y tierna súplica:

—¡Lúcas, hermano mio, por Dios, quédate! El general me ha dicho, que cuanto pueda hará por tí, y mira que puede mucho.

—Honra y provecho no caben en un saco, respondió el soldado arrojando de sí con toda la altanería de la fuerza moral del hombre noble, y con toda la rudeza de la fuerza física del hombre inculto, á su hermana, que vino á caer anonadada sobre una silla inmediata.

Encaminábase el hermano de Lucía hácia el cuartel cerrado los puños, los labios apretados y con esa lívida palidez que estampa la ira en el rostro de los hombres

del Mediodia: esta ira lo sofocaba, no siéndole posible exhalarla ni menos seguir sus impulsos, porque siendo estos de venganza, no podia satisfacerlos sino con un crímen, del que Lúcas no era capaz. Si en aquel entonces aun hubiese habido guerra, el soldado raso habria dado en ella cien vidas que hubiese tenido por alcanzar unas charreteras, que le colocasen á la altura debida para poder pedir una satisfaccion al hombre, que despues de seducir á su hermana, le habia insultado tan insolentemente; charreteras que al dia siguiente habria tirado como naranjas ya esprimidas, puesto que Lúcas no tenia ínfulas, y no le atraian el auge ni el boato; apreciaba su condicion, amaba las labores del campo, estaba apegado á su pueblo y á sus costumbres, y no hubiese renunciado á estas cosas que le simpatizaban, y en las que descollaba, para izarse á un escalon mas arriba, en que hubiese sido siempre un intruso, un estraño, un forastero, cuya calificacion era antipática á ese instintivo y noble apego á su pais, á su provincia, á su pueblo, á sus lares y á su clase. Y hoy este hermoso sentir, que la naturaleza puso en el corazon del hombre, se quiere destruir, y se dice al pobre: «Sube, sube; la cima es tu lugar, la cumbre es bien comun.» ¡Así se infiltra la vana arrogancia en la sana mente del pobre, que tan digno y apreciable es sin dejar de serlo!

—Así, pues, Lúcas, que nada podia hacer ni remediar, sufria espantosamente en la cercanía de su hermana; afortunadamente el general marchó á los dos dias á Sevilla.

Pero la existencia de Lucía se habia trastornado desde el dia que encontró á su hermano y este no la habia querido reconocer. En la alegre senda de flores, en la ligera vida de mariposa en que habia entrado, casi forzada por las circunstancias, á los diez y siete años,

habíale sucedido al topar con su hermano, lo que á la barquilla que, bogando indolente, sin patron y sin brújula, al soplo de suaves y locas brisas, choca en su curso contra la primera roca de tierra firme: la sacudida habia sido terrible. Preguntábase perpleja:

—¿Dónde estoy? ¿A dónde voy? ¿Dónde está el puerto? ¿Quién me halaga? ¿Quién me rechaza? Y miraba con asombro á su alrededor, pareciéndole todo nuevo, todo estraño, todo reprobado y odioso. Halló en su memoria que nunca en su embriaguez consultára aquellas últimas palabras, que le habia dicho su hermano en su inculto, lacónico, pero enérgico y esplícito lenguaje:

—«Anda siempre derecho aunque sea la senda cues»ta arriba, y esté sembrada de abrojos; no pierdas »nunca la derechura ni dejes de mirar adelante; que el »que no mira adelante, no sabe donde irá á parar.» Aumentaba la desolacion de Lucía el que no veia la infeliz términos hábiles para salir de la posicion en que se encontraba; retrocediendo al bien, no hallaba amparo, y lo tenia perseverando en el mal. La falta de energía de su índole hacía que no hallase la alternativa, esto es, volver á la buena senda con valor y con solo el amparo de Dios, el que nunca le falta al que lo busca con fé, y que no se arredra ni desmaya. Sus lágrimas ajaban su hermosura, y su abatimiento robaba á su trato, antes festivo y cariñoso, su encanto; todo lo cual empezó por fastidiar á Gallardo, pasando á incomodarlo, y acabando por exasperarlo. Produjo esto entre los amantes algunas escenas violentas, que introdujeron la discordia; y la discordia, una vez que ha reventado sus diques primitivos, filtra por cuantos se le vuelven á levantar.

Cuando el general se vió precisado á volver á Madrid, determinó dejar á Lucía en Sevilla, porque pen-

saba ser empleado y que sería corta su permanencia en la córte. Lucia lo dejó ir sin poner ninguna resistencia á esta separacion; estaba tan cansada de la vida que llevaba; que toda alternativa le parecia preferible á ella; ademas, se hallaba lejos de tener aquel valor insolente, aquel desparpajo atrevido, que suelen tener las mujeres de su condicion, que hacen que despues de no ser queridas, son temidas por los hombres, á quienes envuelven como horribles culebras, haciendo de ellos míseros Leocontes. Así es que se ven á muchos casarse por miedo, que antes no lo habian hecho por amor; siendo de esta suerte la mitad de su vida escandalosos; y la otra mitad ridículos, con lo que se llena por cierto dignamente la existencia de un hombre!!!

Empero la estancia de Gallardo, que los papeles denominaban el *jóven general*, se prolongó en la córte. Alternaba en varias combinaciones en las intrigas subalternas de los partidos políticos, para uno de los cuales era un soberbio testaferro, aunque le habian persuadido que era una imponente cabeza de partido.

El general entonces pensó con alta razon, severo juicio y muy profundo cálculo, que era tiempo de entrar *en sí*, (perdonad, lector; la costumbre ha hecho estampar este *en sí* que borramos, y ponemos en su lugar) *entrar en la vida positiva* y servir los *intereses del pais*, sin descuidar los suyos, se entiende. A consecuencia de estas ideas graves, el jóven caudillo se abonó á los periódicos, compró libros que leyó, aunque no se acordaba luego precisamente cuales eran los que habia leido y los que nó; escribió una memoria sobre la navegacion fluvial, y otra sobre la renta del escusado; hizo discursitos cortos para prepararse á los largos, que salieron muy bien y tuvieron la aprobacion de sus oyentes, y en un *santi amen*, cambió el aturdido talante de calavera

por el pomposo entono de hombre importante y de ciudadano grave.

Nuestro hombre como se vé, habia llegado á su apogeo, por lo que, entre otros sacrificios hechos á la *gravedad*, habia tomado un buen cocinero y habia aflojado los cordones de su corsé.

No obstante, como hay una gran diferencia entre hombre *grave* y hombre *moral*, nuestro héroe tenia entre bastidores sus francachelas *gravi-calaverescas*, en cuyas conversaciones se entretejian á manera de mesa revuelta el discurso A y el chisme B, el Concordato y el Teatro Real, el ministro y la bailarina, el obispo y la cantora, la corona y la baraja. Se erigia un trono á la tauromaquia, se proponia un apotéosis á la industria, y un voto de censura al lujo de las novenas.

—Oye, chico, le dijo un dia uno de sus amigos tan *chico* como él, en un almuerzo-comida en el que el vino de Champagne estaba encargado de representar el *buen tono* que faltaba á gran parte de los concurrentes; oye, chico, y *la* Lucía, ¿qué se ha hecho?

—Está en Sevilla, donde la dejé por estar algo indispuesta, respondió el héroe.

—¿Sabes que va perdiendo el barniz?

—¿A los veinte y un años, hombre?

—No es estraño, opinó el elegante hijo de un *capitalista* que habia sido educado en Francia; cuando se vive aprisa; á los veinte y un años se está *sur le retour*.

—La existencia de las *camelias* es como la de las rosas; dura un dia, se apresuró en añadir otro convidado, que tenia por nombre de pila Bonifacio, y hacía que le llamasen Boni.

Habiéndose constituido en copia é inseparable amigo del ingerto parisiense, y no queriendo nunca quedarse atrás de su modelo, apenas hablaba el elegante

capitalista, cuando por un irresistible impulso reproducía Bonifacio la misma idea en otras palabras, procurando siempre sobrepujar á su tipo en galicismos afectados y elegantes, en escepticismo lleno de actualidad, en cinismo del mejor tono y en estranjerismo el mas fashionable.

—Debeis colocar á esa Lucía deslucida en el número de las once mil Didos, dijo el galo-hispano.

—Desecharla con las modas *fanées* del año pasado, se apresuró en añadir la copia.

—Eso no puede ser, observó el general.

—Rancia moralidad española, esclamó el capitalista, echándose á reir; es probable que la bella no espere hallar un Amadis de Gaula en un general del siglo de las luces.

—Ni un pastor Fido en un candidato á padre de la pátria, añadió con velocidad Boni.

—Es, repuso nuestro hombre, que entre Lucía y yó median circunstancias escepcionales.

—Cuéntanos eso, chico, dijo su íntimo; que esta relacion romántica nos hará paladear sabrosamente el plus café.

El general refirió entonces todos los pormenores del orígen y los trámites de sus relaciones con Lucía.

—¿No veis, general, que todo eso era una farsa bien jugada por esos *fourbes*, ladinos, campesinos, una *mistificacion* para darse valor, asustaros, interesaros por la niña y para obligaros á cargar con ella? dijo el imitador del tono parisiense.

—Que era todo eso una intriga de *bas ètage*, añadió la copia de la copia.

—*Apropos* de petardos, dijo el capitalista, voy á contar á Vds. lo que me acaba de pasar. Entró ayer en mi despacho un petardista...

—No te se olvide, dijo Boni, que contabas á la sazon una inmensa suma de dinero; que esto aumenta el chiste del lance.

El aspirante á Creso prosiguió:

—Me pidió prestadas dos onzas; le dije que sentía en estremo no tener un cuarto.

—A no querer dar, yo habría buscado otra respuesta, dijo un anciano general tio del nuestro, que habia perdido una pierna en la batalla de Bailen.

—General, repuso el narrador, entre *nosotros* el *no tengo* es sinónimo del *no quiero*; esto lo saben hasta los niños en *lactancia*.

—Un sinónimo que Huertas ha omitido, pero que hoy no se ignora ni en las Batuecas, encajó el reloj de repeticion.

—No existiría cuando compuso su obra, dijo el general.

—Mi petardista, prosiguió el narrador, insistió con angustia, bajando gradualmente sus pretensiones, á la mas mínima espresion; fuí inexorable como el destino.

El millonario lanzó en su alrededor una mirada de Caton.

—¿Era, pues, un necesitado y nó un petardista? preguntó el anciano.

—¡Oh! señor, regla general, todo el que pide es un petardista.

—A no ser un íntimo amigo, dijo Boni hablando esta vez con mas personalidad, que la que acostumbraba.

—*Ma foi*, (1) contestó el galo-hispano, no esceptúo á nadie. Viendo que no desistía, y siempre con la amabilidad y finura que se debe gastar en estas circunstancias.

---

(1) A fé mia.

—*Sans doute*, (1) como en los desafíos, dijo la mala copia del peor original.

—Le dije, prosiguió el elegante narrador, que puesto que estaba tan necesitado, me avenía á prestarle, si no dinero porque no lo tenía, una cosa que en sus circunstancias le sería mas útil. El imbécil creyó que quizás sería mi firma.

—¡La firma! vea V. dijo Boni, el solo y único *santum santorum* de los discípulos de Mercurio; ¡una cosa tan respetable!

—Querido Boni, dijo su amigo; (2) *veuillez ne pas m'interrompre.*

La cara de mi petardista se iluminó; vamos, creo que el pobrete bolsi-vacío no habia comido en tres dias; yo me reia interiormente, aunque mi cara denotaba grave simpatía por su situacion. Llevéle á un armario, saqué una caja de pistolas que abrí, le presenté una y le dije haciendo un saludo: aquí tiene V. el remedio de todos sus males. Mi hambriento me volvió la espalda y se fué; ya ven ustedes que lo he zapeado *une bonne foi pour toutes.* (3)

Boni se desternillaba de risa.

Gallardo y los demas españoles callaron.

—Es preciso que pongas este chistosísimo lance en un periódico, dijo entre sus carcajadas el admirador del capitalista.

—*¿Mon cher, à quoi bon?* (4) respondió con aire de modestia el héroe de la anédocta.

---

(1) Sin duda.

(2) Hacedme el favor de no interrumpirme.

(3) De una vez.

(4) A qué querido.

—Para enseñar á ahuyentar á los petardistas, respondió Beni; para dar una muestra de tu gracia y de tu chiste, para que digan:*que estás tan ricamente dotado de fortuna como de ingenio*, para amenizar las gacetillas y para...

—¿Y habrá papel que se degrade á insertar como gracia semejante escándalo? gritó con esplosion el general antiguo, que no se pudo contener por mas tiempo. ¿Son estas las ideas y sentimientos que está llamada la prensa á propagar? Por Dios, señores, ¡no hay ya quien se ruborice en España! ¿Hácese de manera tan descarada gala del San Benito en la prensa, sin que nadie repudie la impudencia con la que se nos refiere en tono laudatorio una iniquidad, y que apele de esto ante los nobles instintos, los generosos sentimientos y el decoro público de los buenos y genuinos españoles? ¿Somos ya tan positivos como la ley escrita? ¿Se estinguieron las aspiraciones caballerosas en el pais de mas caballerosa índole? En otros tiempos, señores, no todos daban, pero los pocos que no lo hacian, no se gloriaban de ello. Aunque fuese á un petardista, se sentia el dar una negativa, porque habia caridad, y se la callaba, porque habia vergüenza. La avaricia pertenecía entonces á los vicios vergonzosos, que el respeto que se tenia á la opinion pública, obligaba á ocultar.

—¡Tio, por Dios! suplicó Gallardo.

—Por Dios, ¿qué? sobrino.

—Que hableis con mas moderacion.

—No lo esperes, y salga el sol por Antequera.

—No os apureis, general, dijo el capitalista; *je sais vivre*, (1) respeto vuestra casa, y, sobre todo, las canas y el mal humor de la avanzada edad.

---

(1) Se vivir.

—Por de contado, añadió la sombra parlante, tienen carta blanca las damas, los niños y los......

Iba á añadir los viejos, pero una mirada del general le hizo enmudecer.

—No te apures, no, sobrino, dijo este; las armas del señor le sirven á mas nobles fines, que para repeler agravios.

—Vamos, hablemos de otra cosa, se apresuró á decir el íntimo del general, el cual, así como los demas convidados, celebraba en su alma la leccion que habia recibido el impertinente pollo cacareador, por tan digno y autorizado contrario; ¿díme, Gallardo, te has propuesto que sea Lucía para tí un censo irredimible? Pues dígote, chico, que seria una buena boberia crearte un obstáculo para cimentar tu porvenir.

—No veo que.... para ser diputado...... senador..... ó......

—No va por ahí; tus ideas políticas absorven toda tu atencion. Has de saber que sé por una de sus amigas, que la hija del banquero don Juan la Moneda está muy prendada de tu persona.

Gallardo se estiró y pasó su mano por sus rizados cabellos.

—Su madre lo está, prosiguió el íntimo, del título de marqués de Monte Gallardo, que dicen vás á recibir en breve y su padre de tu capacidad.......

—Nos pagamos, dijo el general muy hueco, pues yo lo estoy de la suya; comprar el cinco la víspera de....

—Pero lo está igualmente, prosiguió el íntimo, de tu faja y de tus rentas. Ahí tienes, chico, un porvenir positivo.

—Pues si apenas conozco á la amable y bondadosa jóven que se ha dignado reparar en mí;.... dijo con fachenda y en estremo lisonjeado el jóven gene-

ral haciéndo propósito de volver á apretar los cordones de su corsé.

—Pues es muy linda, afirmó el íntimo; y sábete que monta á caballo como un cosaco.

—¡Oh! ¡Atenais La Moneda tiene el talle mas esbelto, el color mas pálido, las miradas mas *fieras* (queria decir altivas) de todas las bellas de Madrid; ¡es deliciosa! opinó el parisiense español.

—Tiene cuello de cisne con ondulaciones de serpiente; es encantadora, añadió atragantándose Bonifacio.

—¡Es un partido loco, *ma foi*! Su padre tiene cuarenta millones, y es hija única, volvió á decir el hijo del capitalista, que no por ser gran apreciador de beldades, dejaba de serlo muy cumplido de patacones.

—Debes aprovechar la rachita y casarte pronto, aconsejó el íntimo; mira que las niñas con cuarenta millones son mas caprichosas que el viento, mas mudables que las veletas, y hacen cuanto quieren; porque muchos padres de las tales millonarias, que á veces no saben el castellano, respetan y consideran altamente á sus hijas porque han aprendido en las novelas de Sué el francés, y en las óperas el italiano. El capricho de una niña millonaria es un relámpago; así no pierdas tiempo, lo que te espondria á......

—A una decepcion, dijo acabando la frase el galohispano.

—A un *desabusement*, añadió la copia, que esta vez, con íntima satisfacion suya, sobrepujó, á su entender, al original.

—¿Qué pensais vos de todo esto? preguntó Gallardo á su tio, con una risa que queria hacer de chanza, pero que era en realidad de satisfaccion.

—Si, decid vuestro parecer, añadió con ironia,

para ocultar su mal humor, el capitalista: los Nestores son los que se deben escuchar en los consejos marciales como en los matrimoniales.

—*La face des viellards est pleine de majesté.*

—*Leur voix sur l'existence a des secrets intime.* (1)

—*Un vieux de la vieille*; (2) añadió la copia, es una California de esperiencia, un consejero barómetro y cronómetro, una gramática parda encuadernada en oro, un......

—Calla, Boni; dijo el capitalista al oido de su amigo, que, menos acostumbrado que él al Champagne, empezaba á sentir su influencia, bajo la cual se iba emancipando.

Entretanto el anciano callaba, pasando sus dedos por su canq bigote.

—Conque, ¿qué es lo que opinais, general? preguntó Gallardo.

—Opino, contestó el interrogado que te debes casar.

—*C'est clair*, dijo el parisiense.

—Es claro, repitió Bonifacio, claro como la detestable agua: ¡y se piensa traerla á Madrid!! ¡Y en esto se gastan millones!

—*Taisez-vous, mon cher*, (3) le dijo á media voz su modelo.

—No me dá la gana, contestó en escelente español la copia.

—Por supuesto que debe casarse, opinaron los demas.

---

(1) La faz de los ancianos, está cubierta de magestad. Su voz sobre la existencia, tiene íntimos secretos.

(2) Un antiguo soldado, del antiguo ejército.

(3) Calla querido.

—Entendámonos, caballeros, dijo el anciano: opino, Gallardo, que te debes casar, no con la lechuguina de los millones, sino con Lucía.

Un clamoreo unánime acogió estas palabras.

—General, abusais de vuestro papel de Nestor, esclamó el galo-hispano.

—El héroe de los pasados tiempos chochea, quiero decir *radota*; voto un voto de censura, tartamudeó la copia.

—SSSt. Boni, *je vous en prie*, ¿quereis llevar otra andanada de ese ponton arrumbado? No provocadlo, que otra vez puede que mi prudencia y mi desden no alcancen á contener mi génio, le murmuró al oido el capitalista.

—El general se chancea, dijo el íntimo, porque un caballero de su delicadeza no puede aconsejar á un hombre de la posicion de Gallardo á casarse con una mujer *entretenida*.

—Porque aun tengo delicadeza, planta que se arraiga de tal suerte cuando ha echado raices, que no pueden arrancarla de su suelo el arado de plata ni la azada de oro, que labran hoy el campo de las ideas. Por esa razon aconsejo al hombre que ha cometido una maldad, que la enmiende, al que ha perdido una jóven honrada que la ampare, y tanto mas cuanto mas á la vista de todos le ponga su posicion; con mas motivo se lo aconsejo, si le sonrie el porvenir para que le reconvenga lo pasado. En mis tiempos, señores, no se trataban los casamientos en consejos semipúblicos; eran los solos consejeros, segun las circunstancias, el corazon, el honor, la conciencia. Pero, añadió el anciano levantándose, mi dictámen es entre vuestros pareceres tan heterogéneo, como lo es mi persona entre alegres jóvenes. Saludo á Vds. caballeros.

Adios, sobrino, no me convides á tu brillante boda, si te casas con la millonarita de los caprichos; no estoy ya para tales fiestas; si te casas con Lucía, seré tu padrino.

Diciendo esto se alejó el noble y honrado veterano.

—Estilo de poema épico, dijo el seudo parisiense.

—Tono de *elegía lírica*, tartamudeó la copia. El decano, para opinar así, debe haber bebido un *desuella-paladar* catalan en lugar del escelente, esquisito, deleitable, delicioso......

—Basta, Boni, dijo interrumpiéndolo su amigo y haciéndole seña con el pié para indicarle la urgencia de refrenar su lengua.

—El general tiene testualmente un pié en la sepultura, y todo lo vé color *de profundis* opinó el íntimo; Gallardo, en este siglo positivo, no hay mas sino arreglar por sí el paso de su marcha; lo demas es ciertamente anticuarse y ponerse en ridículo.

Entretanto pasaban dias y dias, y cada uno trayendo su asunto, su novedad, su interés, y el olvido del que le precedió. Los medios de subsistencia habian ido faltando á Lucía, sin que ella se lo participase á Gallardo, porque con el sentimiento del deber y el rubor de la vergüenza habia comprendido Lucía el oprobio de la dádiva y la doble humillacion de admitirla y solicitarla. Todas cuantas cosas de valor poseia, las habia ido vendiendo y veia acercarse el fin de sus recursos.

—¿Qué será de mí? se preguntaba un dia tristemente inclinada la cabeza sobre el pecho con mas decaimiento que inquietud, con mas inercia que angustia. He desaprendido el trabajo, haciendo como el marinero que en los dias de calma olvida las maniobras. ¿Qué, es, pues, lo que haré cuando nada me quede?

¿En qué pensará el que me ha perdido? ¿Cuándo volverá á acordarse de que yo existo?

Entró un dia en su cuarto la patrona de la casa en que vivía trayéndole una carta.

—Es de Madrid, le dijo con aduladora sonrisa; apostaría que el general anuncia su vuelta, y confirma la noticia que corre de que lo hacen capitan general de Andalucía.

Lucía abrió y leyó esta carta:

«Querida Lucía.

»Las cosas no pueden ser eternas; la edad trae ideas sérias, la vida del hombre obligaciones, las circunstancias compromisos y la posicion deberes, que fuerzan al hombre á hacer sacrificios en favor de la *moral* y de la *razon*, que si bien son dolorosos son necesarios. Mi familia ha tratado un casamiento para mí, que me asegura una suerte estable y un porvenir brillante, y ha traido las cosas á punto que no me es posible oponerme á ellas, sin ofender á una poderosa y respetable familia, sin comprometer á la mia y causarme graves perjuicios; perjuicios que tú serías la primera en *deplorar*.

»Creo que nada te sorprenderá, ni menos te aflijirá la necesidad en que me veo de establecerme bien, y creo igualmente que no me echarás de menos, porque há mucho tiempo que he notado lo digustada que vivías á mi lado, y lo poco grata que te era mi presencia. Quizás alguno ocupa yá en tu corazon el lugar que he ocupado yo; y si has de ser mas feliz á su lado que lo has sido al mio, tengo bastante *filantropía* para ser el primero en celebrarlo.

»Adios; es probable que no nos volvamos á ver jamas; pero cree que nunca te olvidaré, y si en algo puedo servirte, ocúpame.

—Conque, dijo con ahinco la pupilera, ¿dice algo de venir?

—Nó, respondió Lucía, por cuyas mejillas corrian presurosas y abundantes lágrimas; al contrario, dice que no viene.

Aunque no tenia Lucía por Gallardo propiamente lo que se llama amor, en cuatro años de trato, su corazon, que era amante, se habia apegado á él, y la fria insensibilidad con que se habia separado de ella no podia menos de herirla y causarle dolor; aunque odiaba su situacion, la nueva que se le presentaba de repente acongojaba su tímida índole; así era que no pudo contener aquellas lágrimas de pena y de angustia.

La cara de la pupilera, sus maneras y su tono habian cambiado á un tiempo; porque este dolor la confirmó en lo que sospechaba; Lucía estaba abandonada por su amante.

—Señora, dijo, he introducido un arreglo en mi casa con motivo de unos apuros en que por desgracia me encuentro; he dispuesto exigir anticipadamente el costo de pupilage: los demas pupilos se han convenido, y espero que lo hareis tambien vos.

—No señora, dijo Lucía, porque parto mañana; así solo tendré que entregaros lo vencido.

Aquella noche salió la pobre, abandonada y vendiendo toda su ropa á una prendera, pagó á su acreedora, quedándole únicamente lo preciso para satisfacer á unos arrieros que conducian aceite á Jerez, lo que exigieron por llevarla en uno de sus mulos á dicho pueblo;

desde allí pensaba trasladarse á Arcos á pié; y á la mañana siguiente, al despuntar el dia, salió por la puerta de Carmona, echando una larga y triste mirada sobre aquella dormida ciudad, á quien sirve de paje el Bétis, de insignia la Giralda, y de gala sus azahares; la que es á la vez alegre como una aldeana é imponente como una reina, hermosa como una jóven y llena de saber y de recuerdos como una matrona, graciosa como una andaluza del dia, y digna y castiza como una castellana vieja.

En Jerez se halló Lucía sola y sin recurso alguno; pero su buen ángel la hizo encontrarse en el meson en que se apeó con el tio Bartolo. La vista de aquel no hubiese causado á la pobre abandonada mayor consuelo, que lo hizo la vista de este antiguo amigo de su casa. Contóle toda su triste historia, añadiendo por último que no sabia que hacer, porque ni para el servicio de una casa se atrevia á ofrecerse.

—Hija, le dijo el antiguo guerrillero, te desvanecistes en casa de esa Leona del demonio, y por su mal le nacieron alas á la hormiga; si tú le hubieses puesto cara de hereje al desalmado ese, no se habria atrevido á lo que se atrevió. ¿Qué fines, me querrás decir, se puede llevar un usía en hacerle sorroclocos á una campesina como tú, sino hacer burla de ella? Pero en fin, añadió viendo correr las lágrimas de Lucía, no hablemos de lo pasado, que eso es, despues del conejo ido, palos á la cama; y no soy yo de los que sacan astillas del árbol caido, ni de los que á borrica arrodillada le doblan la carga: el arrepentirse es un bautizo y abre el redil; y tú arrepentida estás, puesto que te vuelves á tu pobreza porque te sale de adentro, pues de lo contrario no te hubiese faltado por esas poblaciones mayores, perversos que te hubiesen acabado de perder. Vente con-

migo que yo le hablaré á Lucas para que te reciba como le corresponde hacerlo.

—¡Tio Bartolo, esclamó tristemente Lucía, nunca me perdonará! Ha dicho que no tiene hermana, y nadie le hará decir otra cosa.

—Verdad es, repuso el guerrillero, que los Garcías tienen las cabezas mas duras que bigornias de herrador, y que *escarmenao* (1) salí cuando el casamiento de tu padre (en descanso esté), pero ahora es otra cosa; Lucas ha salido una prenda, no que tu padre salió una cabriola; y mas fácil es ayuncar á dos que liga la sangre, que no desyuncar á dos que liga el diablo. Allá veremos, y Dios sobre todo, entretanto te vienes á mi casa; en ella no hay abundancias, pero no falta buena voluntad.

Al dia siguiente caminaban por el camino que ya hemos descrito al principio de esta relacion el tio Bartolo y Lucía. Iba esta montada en una borriquita y seguíale á pié el bueno y ágil anciano, formando todos en lo material, un precioso modelo para el pintor que hubiese querido fijar en el lienzo el siempre santo, siempre tierno y sublimemente humilde asunto de la huida del Patriarca y de la Vírgen. Al anochecer llegaron á Arcos.

¡Pobre de aquel que al volver á su lugar natal, en vez de sentir la mas pura y completa felicidad, siente destrozado su corazon por el dolor y la vergüenza! ¡Que halla muertos sus padres, hecha propiedad agena la casa en que nació, y en el semblante de sus paisanos y amigos, en lugar de la sonrisa de bien-venida, el frio desden de la estrañeza!

---

(1) Escarmentado.

En cuanto dejó el tio Bartolo á Lucía en su casa, y mientras le preparaban la cena, pasó á la de Lucas García.

Lucas al recibir su licencia, habia regresado á Arcos, donde ya estaba ocupando su puesto entre los jornaleros con tan buen crédito, que ya le habian propuesto varios cargos y conveniencias. Como es de pensar, habia hallado la casa de su padre vendida; pero como aun vivía allí su parienta, habia alquilado una habitacion en ella, y su parienta le asistía.

Entró el tio Bartolo en el momento en que Lucas acababa de cenar.

—¿V. gusta, tio Bartolo? le dijo Lucas al verlo entrar.

—Gracias; que aproveche como si fuera leche; ¿quieres tú tabaquear?

—No vendrá malamente.

El tio Bartolo dió un cigarro de papel á Lucas, encendió el suyo, y le dijo á quema-ropa segun su costumbre:

—Lucas, hombre, ¿me querrás tú decir el por qué no me hablas nunca de tu hermana? Oye; ¿te parece á tí que una hermana carnal es acaso un remiendo postizo?

Lúcas, desagradablemente sorprendido, frunció el ceño y contestó:

—Yo no tengo hermana, tio Bartolo.

—¿Que? ¿qué dices?

—Ya lo dije; en mi cortijo no se da mas que un panete, tio Bartolo.

—¡Anda á paseo con esas terriblezas! ¿Qué derecho tendrás tú, me querrás decir, de renegar de tu hermana, aunque su vida no sea como debe ser?

Lucas se habia puesto pálido, y la reprimida indignacion hacía temblar su barba.

—Tio Bartolo, dijo aparentando indiferencia, siempre se ha dicho que con el que se vá no se cuenta; dejemos esta conversacion.

—No me dá gana, ¿estás? Ahora quiero decirte que esa cara de juez, si bien pega para el pecador, no pega para el arrepentido, ¿te enteras? y la pobrecita de tu hermana lo está; y ya sabes que el que peca y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Tio Bartolo, le he dicho á V. que no tengo hermana.

—¡No eres tú testarudo en gracia de Dios! Ven acá, alma de mona, ¿cómo dices que no tienes hermana si te la dado Dios? Lucas, aquí he venido y no me voy hasta que perdones á tu hermana.

—Tio Bartolo, no se empeñe V. en lo que no ha de lograr.

—Lo propio eres que tu padre, ambos á dos mas cabezones que bueyes; Juan García y Lucas García ¡vaya un par para una carreta!

—¿Señor, porqué me viene Vd. asombrando con ese rocion de dicterios? Para decir el toro viene no es menester tantos arrempujones.

—Porque viene á pelo; y cuando las cosas vienen á pelo, mas que la burra se caiga en el suelo; nada malo te digo sino la purísima verdad; tú sí, que estas hablando como ensucia el diablo, poco y malo, y lo que dices no tiene forma ni manera; pero volvamos al caso que yo no suelto el cabo asi como quiera cuando defiendo la razon. Iba pues diciendo, que peor es tu terquedad que la de tu padre; porque mira, menos malo es empestillarse en casarse con su moza, que no empestillarse en no perdonar á su hermana; lo propio se peca por carta de menos, que por carta de mas; si á tu padre le faltó punto, á tí te sobra mas de la

mitad. Tu madre te encomendó á tu hermana; ¿te vas á desentender de la última voluntad de la que te parió?

—Me encomendó á mi hermana, sí; pero á la moza de un villano, no.

—Estás mas remontado que un águila, que es pájaro real, y echando cada fallo como un *auidor* (oidor), te se figura que sabes mas que la regencia; y sábete que vas descarrilado, hijo, y que no te toca á tí echar abajo antes que Dios á la hija de tu madre, y con menos razon teniendo tú tu parte de culpa en la desdicha.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú; pues ¿por qué soltáste la carga como potro cerril, te echaste la encomienda de tu madre á las espaldas, y sin encomendarte ni á Dios ni al diablo, cojiste el fusil, sabiendo de sobra que por seis años habias de estar emparedado en la casaca, y perder de vista á esa *desdichá*? Bien sabias que la dejabas en una casa donde estaba la maldad muy establecida, y *asina* sucedió lo que sucedió, que si tantos halcones la garza combaten, á fé que la maten; pero ya eso no tiene remedio, y lo pasado pasado; ahora ¿te parece *rigular* que cuando la hermana de tus entrañas se aparta de su mala vida, no tenga á quien volver la cara, cristiano?

—Eso, que lo hubiera mirado con tiempo; no hay cuesta arriba que no tenga su cuesta abajo.

—Pues, hijo, ¡eso es! mira la plaga, mira la llaga, cierra la bolsa y no le des nada; eso es tener entrañas de pagano para una pobre criatura que empujaron, y que no supo lo que se hizo.

—Tio Bartolo, ignorancia no quita pecado.

—¿Te parece á tí que si hubieras tú tenido tu mala hora, esto es un decir, un *verbo gracia*, que hubieses

robado ó cosa *asina*, que deshonrase y te hubieses llegado á tu hermana, que ella te habria huido la cara? ¿A que no?

—Pues hubiera hecho mal; pero es caso imposible, porque el cuidado hubiera sido mio de no ponerme delante de ella. Quien pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tio Bartolo.

—Lucas, hijo, dice la sentencia, obra con buena intencion y no con pasion.

—Y el refran, que la sangre sin fuego hierve, tio Bartolo.

—Lucas, por María Santísima; quien no tiene misericordia, ¿cómo ha de esperarla de Dios? Haz una buena obra, y cuando te eches á dormir, mas que sea en una estera de nea, te parecerá un lecho de espuma en el que has de dormir sin sueño.

—Tio Bartolo, no se canse V., que mas que supiera condenarme, no quiero oir hablar de esa infame: mi hermana murió; yo no tengo hermana, y con esto punto.

—¡Anda. Cain! dijo, levantándose indignado el buen anciano; y quiera Dios señalarte, como hizo con aquel mal hermano, que maldijo: mas vale ella con su culpa y su arrepentimiento, que no tú con tu virtud y tu soberbia.

No es de pintar el desconsuelo de la infeliz Lucía cuando el tio Bartolo le informó del ningun resultado de su gestion. ¡Dios Santo! esclamaba entre sollozos, ¿solo en vos hallaré misericordia? ¡Ay de mí! yo que tanto he amado á ese hermano mio en los dias felices de mi niñez cuando, libre de culpa yo, era él todo mi consuelo! Entonces no sabia que hacer para complacerme y me juraba no abandonarme nunca!

—Vaya, sosiégate, hija, le dijo el tio Bartolo, que

perdiz azorada en el dia asada; ¿á qué necesitas á ese descastado sin entrañas, no me tienes á mí? No es tan chico el techo de mi casa que no pueda cobijarte, y lo que yo, comerás tú; así ayudarás á mi pobre Josefa, que está ya hecha un tiesto y no para muchas, pues la hacienda de la mujer hecha y por hacer.

Despues que todos los de la casa se hubieron recogido, velaba Lucía en la soledad de la noche, y lloraba lo que tan feliz la hiciera antes; su inocencia, su pobreza, y el cariño de su hermano. Lanzada en el vasto campo de sus recuerdos, la pobre Lucía se afligia y consolaba á un tiempo, trayendo á su memoria cada pormenor de su sencilla vida, cada prueba de cariño dada por su hermano y cada esperanza marchita ó muerta. Su angustia y su agitacion fueron creciendo con las sombras y el silencio de la noche, y no le dejaba un momento de descanso.

—¿Qué haré? ¿qué haré? esclamaba tapándose la cara con sus manos; yo no puedo ser una carga para el buen anciano que me ha recogido, ni quedarme en el pueblo en que mora el hermano que me desconoce y enseña así á los demas á ultrajarme; ¿qué haré? Mendigar, si trabajo no hallo. ¿Dónde iré? Donde Dios me guie.

Sin aguardar el dia y para que no se apercibiese su protector de su partida, abrió silenciosamente la puerta y se salió á la calle.

Antes de dejar para siempre aquellos sitios queridos, se paró en la casa contigua, que era aquella en que habia muerto su madre, en la que ella habia pasado su tranquila infancia, y en la que dejaba al hermano que seguia queriendo á pesar de su inhumanidad para con ella.

Lucas por su parte tampoco podia dormir; agitado,

inquieto, exásperado, huíale el sueño y pesábale su corazon.

De repente oyó á la puerta de la calle una voz dulce y trémula que cantaba aquel mismo romance que él cantára á su hermana cuando era niña.

Lucas saltó de la cama por un ímpetu involuntario, y en seguida llevó sus manos á sus oidos como para tapárselos.

La voz cantaba:

Por Dios te lo pido, hermana,
por Diós y Santa María,
que me des una limosna
que Dios te lo pagaría.

Lucas, que se ahogaba, se sentó sobre su lecho, y pateó el suelo con rabia y dolor.

La voz proseguia cada vez mas lenta y trémula:

Tomó un pan y lo partió,
y halló que sangre vertia.

Lucas, que respiraba con dificultad, se tapó con ambas manos su rostro cubierto de lágrimas.

Pero cuando la voz entre sollozos prosiguió:

Quien niega el pan á su hermana,
ese entrañas no tenia,
quien niega el pan á una hermana
ese lo niega á María.

Lucas se precipitó á la puerta, la empujó con violencia, salió, abrió los brazos, y Lucía, lanzando un grito, se arrojó en ellos.

Al dia siguiente decia el tio Bartolo á su mujer:

—Cuando el diablo se apodera de uno, todas las puertas las atranca; pero hasta no estar condenadas de un todo las criaturas, permite su Divina Magestad que quede un postigo abierto en su corazon.

FIN DE LUCAS GARCÍA.

EL EX-VOTO.

RELACION POR

FERNAN CABALLERO.

EL EX-VOTO.

RELACION POR

FERNAN CABALLERO.

Cuéntanos en lisa prosa castellana, con ese estilo que no diré si es bueno ó malo, pero que es *tuyo*, y nos gusta por eso; cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.

Carta del lector de las Batuecas á FERNAN CABALLERO.

Es la ligereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* que todo lo marchita entre nosotros.

CHATEAUBRIAND.

El ateismo no es tanto la *creencia*, como es el *refugio* de las malas conciencias.—
Máxima.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos viajeros ilustrados.—Un pueblo que empieza á entrar en la senda del progreso material.—Un sacristan con la boca abierta.

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático (á sus paisanos) se ha propuesto que esta voluntad omnímoda realice la famosa y fantástica palanca de Arquí-

medes; á las fuerzas de Atlante reune los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Así es, que si un hijo del pais, cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albion, dice, *por aquí meto la cabeza*, lo hará, sin que le arredren calamorrazos, chichones, achocazos ni descalabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relacion que vamos á hacer, nadie estrañará el ver salir de Gibraltar á dos ingleses con la intencion de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar mas guia que sus narices. Mister Hall habia dicho á Mister Hill:

—Irémos los dos solos é inseparables, como los gemelos en el Zodiaco. Cádiz, á donde nos dirigimos primero, no es el polo para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitan Franklin.

—Por supuesto, contestó Mister Hill; el perderse, añadió suspirando, es un placer con el que han acabado las luces del siglo. El globo está ya esplotado.

Diciendo esto los dos amigos, el uno bajo y el otro alto, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de Ronda, que se acercan á la mar como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una encrespada selva de encinas y alcornoques, que se vestian y engalanaban con las zarzas, la yedra y las vides silvestres, que en sus valles escondian arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetacion: así fué que nuestros viageros quedaron perdidos en un decir *good vy*, tan perdidos como Mister Hill podia desearlo,

logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo mas despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habian venido acercándose, y al pie del monte, un valle que tenia por límites, á la izquierda una angosta playa de dorada arena, puesta por Dios entre el mar y la tierra, como inexpugnable baluarte, y á la derecha un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con la que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le proporcionaba la yerba que cubría el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar y á los lados las intrincadas sierras, parecía haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veian algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habian adquirido una actitud doblada y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo con su pilon adyacente, que servía de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo habia una robusta y fornida alcantarilla con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servia de desagüe al prado. Pero á la sazon, habiendo pasado la estacion de las lluvias, abria la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni menos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla, obra del arte y honra del lugar, dos pilares perfectamente cuadrados que terminaban, uniéndose amistosamente las cuatro esquinas y sellando esta union con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie no tienen clasifi-

cacion ni en la horticultura ni en la arquitectura. Cuando se habia concluido aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, aquellos postes, con pretensiones á pertenecer, aunque por casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar, un letrero ó inscripcion para memoria y señal de la época en que se hizo, y de las personas que en esta obra actuaron: lo único que le advirtió fué que diese aquel letrero testimonio de todo el profundo respeto que tenia el pueblo á la religion, y del que las autoridades profesaban á la Constitucion. El maestro de primeras letras que era espeditivo, escribió en dos por tres, en uno de los postes, con unas letras gordas y robustas como los chiquillos que iban á su escuela, la siguiente inscripcion:

Detente aquí, caminante;
Adora la religion
Ama la Constitucion,
Y luego pasa adelante (1).

En el otro poste estaban consignados el dia, mes y año en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del alcalde que corrió con la obra, del albañil que la llevó á cabo y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel dia memorable hubo fiestas y regocijos pú-

---

(1) La persona que escribe esto dá testimonio de haber visto este letrero en un poste á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningun género á la perfeccion de la naturaleza.

blicos, que constan en los fastos del pueblo; consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes, y para mas fijar indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al alcalde que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló mas medio de salvacion que subirse por una reja; pero no pudo verificarlo con bastante ligereza para poner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la parte que en su niñez tampoco habia podido poner nunca fuera del alcance de los azotes (1).

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistía en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero, que solía tener por parroquianos, gracias á la proximidad de Gibraltar, esa úlcera de España, una porcion de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos; que veia á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, habia escrito por via de muestra y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibunda almagra, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concision:

Vamos entrando,
Vamos bebiendo,
Vamos pagando,
Vamos saliendo (2)

---

(1) Histórico.

(2) Como los versos anteriores copiada del natural, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo de buen sentido, un lugar preferente en el prontuario ó mamotreto del autor.

Nuestros blancos hijos de Albion llegaron algo parecidos á las *pieles rojas* de América, por las caricias del sol español. En la alcantarilla *no se detuvieron*, la pasaron sin *adorar la religion ni amar la Constitucion*, sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza; cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guia que los condujese á Veger, que era el pueblo mas cercano. Mientras el ventero iba á evacuar esta diligencia, y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la iglesia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristan, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristan, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada en el templo con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Pero ¡cuál no sería la triste decepcion del pobre sacristan, cuando en lugar de la admiracion devota que aguardaba, solo vió á aquellos señores levantar los hombros con desden y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos por desgracia tan acostumbrados á ver la osadía con que la impiedad ataca y hiere de frente nuestras mas arraigadas convicciones, nuestras mas profundas creencias y nuestros mas dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, despues de quebrarse, se han encallecido, es decir, oyen escandalosas impiedades sin que estas les causen ya mas impresion que la de triste lástima; pero para el sacristan de aquel lugar apartado y humilde, fueron tales demostraciones, como una capa de nieve echada sobre un recien nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros que se denominaban con el honorífico dictado francés de *espíritus fuertes*, pero que acá llamarémos con mas propiedad *ignorantes materialistas*, fué una hermosa imágen de la Vírgen, que bajo su dulce y metafórica advocacion de *Divina Pastora* (que lo es del rebaño del que su divino Hijo fué pastor), estaba colocada en el altar mayor rodeada de sus ovejas, metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viageros, apesar de que venían por cuenta de una junta bíblica esparciendo Bíblias, es de presumir que jamas habian leido el nuevo ni el antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios, que su divino Hijo instituyó en la Cruz, y tampoco se hacian cargo de las figuras con que, en ambos Testamento, se hacen palpables altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Así fué que Mister Hall dijo á Mister Hill:

—El campo en este pais solo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas; en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia: ¿qué significa esta Filis?

—Esto, respondió en tono decidido y dogmático Mister Hill, es uno de los *ídolos*, que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

—¿Pues qué, no creen en el Ser Supremo? preguntó Mister Hall.

—No lo conocen, *dear fellow*, contestó el interrogado.— *Dear fellow* quiere decir *querido compañero*, y es espresion estremadamente usual entre los hijos de Albion.

El *dear fellow*, que la echaba de *humorista* (esto es, de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus lábios un manantial de agudezas capaces de batir en

brecha la gracia andaluza y la sal ática con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á esplayarse un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decía *Ex-voto*, pendia al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encages, y á cuyo pié se veian la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del *ex-voto*, que con preferencia á otros que estaban suspendidos al lado del altar de la cruz, habia atraido la atencion de estos aprovechados viajantes, mostraba sobre el oscuro fondo de un pinar, una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendia una guirnalda de flores, tal como se vé en todas las cruces en los dias designados particularmente á su culto á principio de mayo. En la parte delantera del cuadro se veia á un hombre con un puñal en la mano echando al suelo á otro, que al caer se asía á una cruz pequeña clavada en el suelo entre la maleza.

—¿Ha visto V. jamás, decia Mister Hill á su *querido camarada*, ha visto V. jamás pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

—Será respondió el interrogado, Salomon sin sal, un altar consagrado al santo que hayan instituido patron de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo que dice Homero que se reian los dioses en el Olimpo (sin duda seria cuando veian hombres tan ridículos como aquellos.)

—Cruces y puñales! dijo el *fellow* número 1.

—¡Sangre y oraciones! añadió el *fellow* número 2.

—¡Supersticion y estupidez! Eso si que se encuentra aquí; pero segun voy viendo, ni un solo *confort*.

—No le parece á V., amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romanceros que inventaron al Cid, y que nunca han existido en este pais de pésimos caminos.

—Podrá V. muy bien tener razon, querido señor. Lo que es indudable, es que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia, es contra el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplacion y la *dignidad* del culto.

Lector mio, que vives quizás apartado del trato de protestantes ó de hombres que no tienen religion y que dan á entender que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religion que no está á la altura de su sabiduría, sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro*, la *gravedad* y la *dignidad*, tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fé, en fin, que á las virtudes de arriba se han antepuesto las deabajo.

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido, respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, Sir.

—Una profanacion; *dear*.

—*Señor*, dijo el mas Salomon acercándose al sacristan, quema tú esos *non sens* (contrasentidos) ó dalos á tu *baby* (niño chiquito), y toma, añadió dándole una Biblia, aquí tienes la *verdad* que no sabes, y que hallarás en las Santas Escrituras que *no conoces*.

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose y dejando al sacristan con la boca abierta.

—No pueden ser cristianos, murmuró al fin; serán judios de los muchos que hay en Gibraltar entre otros géneros prohibidos.

Ahora á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustracion en su sentido genuino, que es dar luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referiremos el orígen y significado del ex-voto en cuestion, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretacion protestante; el caliente corazon que siente y acierta, con la fria razon que juzga, mide con su compás y yerra; la elevacion y poesía del alma religiosa que se levanta hácia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosaico y mezquino razonamiento escéptico que con sus pies de plomo tropieza por su seca y estéril senda, seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Por qué ellos enferman y yo no enfermo? ¿por qué se queman y yo no me quemo?



¡Oh! ne vous hátez pas de murir vos pensées!
Jouissez du matin, jouissez du printemps!
Vos heures sont des fleurs l'une á l'autre enlacées;
Ne les effeuillez pas plus vite que le temps.
VICTOR HUGO.—*A los niños.*

No os apresureis á madurar vuestros pensamientos; gozad de la mañana, gozad de la primavera. Son vuestras horas flores enlazadas una á otra; no las deshojeis aun antes que el tiempo.

Et sans comprendre encore ce que vaut l'innocence,
Dis: Mon Dieu, gardez-moi comme une blanche fleur.

Y sin comprender aun lo que vale la inocencia, pide á Dios te la conserve como una blanca flor.

CAPITULO II.

La fiesta de la Cruz.—Escena de interior.—Por qué los buenos ancianos conservan la vista.—El lenguaje de los pájaros.—Origen, martirologio y muerte de una muñeca de pan.

Aquel triste y solitario pueblecito tenia tambien sus felices y contentos moradores, que estaban apegados á él como lo están los niños á sus amas, aunque sean feas y displicentes. En cualquiera parte se

acomoda el contento de los humildes y de los sanos de corazon.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta, se veia una casa muy limpia, muy blanca, como que hacia poco que habia estrenado un vestido de cal; su tejado estaba cubierto de yerbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolon enramado; por su abierta puerta se veia el patio, que por pasar lo que referimos en los primeros dias de mayo, estaba hecho un canasto de flores; podia compararse la bella vista que formaba la casa á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazon lleno de inocencia y alegría. Veianse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trages.

La lila, esa flor alemana que tan temprano florece, se inclinaba indolente y triste en su modesto vestido.

Las delicadas violetas se cubrian con sus hojas redondas como con parasoles. En las rendijas de las paredes hacía el resedá á toda prisa sus ramilletitos, mientras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Al rededor del patio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hácia fuera doctos claveles, predicando á las demas flores un sermon sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmin que esto oia, caia desmayado en brazos de una *espuela de galan*, que denodada y con su vestido de oro habia subido hasta el jazmin escalando una reja. Ocupaban el centro del patio un naranjo y un granado, que mezclaban sus flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio, que deberían avergonzar profundamente á la Asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas, hacian corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora, se ne-

gase á recibirlas ni aun con la escusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecía, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitacion principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguan, se veia una escena de interior tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla baja, estaba sentada una mujer muy anciana, que tenia abierta sobre sus faldas la *Guirnalda mística*, en la cual leia en alta voz el capítulo correspondiente al dia. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendía de los labios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una muger de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus pies, sentada en el suelo con las piernas estiradas y los pies levantados y descansando sobre los talones, como dos perritos bien enseñados, estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor gravedad materna, una muñeca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach y Abdenago, salieron del que les mandó preparar Nabucodonosor; pero en cambio amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro lado de la ventana, frente á la anciana, estaba el abuelo sentado en un gran sillon de cuero, como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante formando con su mano una especie de embudo para su oido á fin de no perder una palabra de lo que leia su muger. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilon, el perrazo del anciano, anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerlo, á dejarse poner una especie de albarda; ahora

sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno: el perro volvía su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguian ágilmente cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se habia colocado contra la pared frente de la ventana, sobre el que se levantaba una Cruz hecha de flores, porque aquel dia era el 3 de mayo, dia de la Cruz. A cada lado una muchacha estaba sujetando las flores en los estremos de los brazos del santo árbol, y un jóven, subido en una escalera de mano, colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas; pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazon. La abuela leia.

«I. Hay muchas personas que no buscan la cruz, antes la huyen; pero á ellas las busca y haya: estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero estos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios, jamás está contento.

«II. Otras personas buscan las cruces, y en efecto las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios, que aun no tienen bastante valor y amor á Dios para que las aflicciones les sean dulces.

«III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco, pero no las hallan. San Francisco Javier deseaba mas y mas cada dia, y Santa Teresa pedia padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aflicciones. (1)

Cuando la anciana hubo concluido su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos dientes habian hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

---

(1) El padre Bosch Centellas, *Guirnalda mística*.

—*Mae* Juana, vamos á rezarle un *credito* al Señor *atao*?

—No se dice así, observó su hermana mayor, que se dice el Señor de la *humildad*, zonzona, y si así no lo dices, te castigará *pae* Dios.

—Que no, repuso muy sobre sí la chica, que no sale de su cuadro.

—Todo lo ha leido *mae* Juana hoy sin espejuelos, observó la niña mayor.

—¿Sabeis, repuso la anciana, por qué conservo tan buena la vista? Es, niños mios, porque jamás ni nunca le negué una limosna á un ciego, y como al recibirla me bendecia siempre con este voto: «*Dios os conserve la vista,*» el Señor los ha oido, por que ya saben Vds. que muchos *amenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana lo hubiesen atraido, se oyó una campanillita.

—¡El pobre ciego! ¡el pobre ciego! gritaron los niños en coro; y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguan.

Allí estaba el ciego con su fiel guia, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiaba á su amo, y pendia la campanillita que lo anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, espresando con sus elocuentes ojos la triste súplica, que su amo no tenia ya sino en la voz. Su amo le daba el pan, él daba á su amo su mirada. Aguardaba el pobrecillo con aire humilde, baja la cola hasta tocar el suelo como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Tráenos esto que vamos describiendo á la memoria un pasage de Chateaubriand en el *Génio del Cris-*

tianismo, en que dice: «Sin religion no hay sensibi-«lidad. Buffon admira por su estilo, rara vez enter-«nece. Leed su admirable artículo sobre el perro; «todas las clases de perros están incluidas en él; uno «solo falta, que es el perro del ciego, y este seria el «primero que un autor religioso hubiera tenido pre-«sente.» Y tened vosotros presentes, incrédulos españoles, hijos y discípulos é imitadores de la incredulidad francesa, que vuestra madre, maestra y modelo ha respetado, la gran reputacion de su gran escritor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la república saluda al sepulcro de un vandeano.

—Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! decian los niños al perrillo que se deshacia en fiestas apenas hubieron dado su limosna al ciego; ¿tienes calor? ¿tienes sed? ¿estás cansado? El animalito saltaba, les lamía los pies, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enternecimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubilon, que era poco hospitalario y rigidísimo guardian de la inviolabilidad del hogar doméstico, se habia echado sobre el intruso, lo habia derribado y lo aplastaba con sus enormes patas.—¡Cubilon! ¡Cubilon! bárbaro, pícaro, ¡*desalmado*! gritaban los niños; y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hocico, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y la mas chica, con el denuedo y esfuerzo que solo pueden dar unidos el corage y la generosidad, traia una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delincuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un leon, tiene para aquellos niños que

ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja; aguanta humildemente tanto castigo é ignominia sin moverse ni chistar, cuando solo con sacudirse puede lanzar á sus implácables verdugos á diez pasos de distancia: suelta su presa y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo, da unas cuantas vueltas al rededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo, que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio despues de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvia la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervencion generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, erguió la cabeza, levantó una pata y miró fijamente el nublado, como el marino el de la tempestad que se acerca.

—Apuesto, dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca (feroz canibal que habia devorado los brazos de su hija y habia dado sus piernas á Chiquito), apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan.

—Dicen *quiquiriquí*, respondió la niña.

—¡Qué *tupios* tienes los sentidos, Mariquilla, simplona!

—¿Y tú lo sabes, *chacho*?

—Sí que lo sé. Desde que nací lo sé, mira tú.

—Pues *ímelo*.

—No me *a gana*.

—Anda, chacho, *ímelo* y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano y Mariquilla con el desenfado de otra Dalilla, arrancó la castaña á su muñeca y se la dió á su hermano, el que en cumplimiento de lo

ofrecido, abrió la boca y empezó á un mismo tiempo á hacer un picadillo de la castaña, y la siguiente relacion:

—Mas de mil años há, vinieron al reino de España unos enemigos mas malos que *Arrancao*, mas feos que *Geta*, y mas desalmados que Judas, que se llamaban franceses. Se llevaron al rey de España por traicion, sin que lo supiese la gente, que no lo quería dejar ir; le hicieron prisioneros esos *indinos*, y metieron á su *sagrada magestad* en un cepo, sin darle mas que pan y agua.

—¡Jesus! esclamó Mariquilla, ¿y por qué no los mató *pae* Dios?

—Calla, muger, repuso su hermano: Dios no mata á los malos, pero se van al infierno, que es peor. Saqueaban esos ferósticos los pueblos, hacian quemas de los trigos, mataban á todos los que se les ponian por delante, pero en particular á los niños.....

—¡María Santísima! esclamó Mariquilla.

—¡Y á los gallos! dijo en voz honda concluyendo su peroracion el muchacho. Así era, continuó, que los niños y los gallos les tenian mas miedo que al Bú.

—¡No se lo habian de tener á esos Herodes! opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

—Cuando un gallo veia con sus ojos amarillos como dos estrellas que alcanzan á ver de dia y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algun lado á los franceses con un rey tuerto y borracho, que traian por delante, se ponía á cacarear para avisar á sus hermanos que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfeccion el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

¡Franceses vienen!
—¿Cuántos son, dí?
—Son mas de mil.
¡Triste de mí!!!

—¿Y por eso cantan de noche? preguntó muy convencida Mariquilla.

—Sí, se les quedó la maña; desde entonces no duermen mas que una hora.

—¿Cómo lo sabes chacho? ¿Te lo han dicho?

—No, pero me lo dijo el monacillo; mira, duermen:

Una el gallo,
Dos el caballo,
Tres el santo,
Cuatro el que no lo es tanto,
Cinco el peregrino,
Seis el teatino,
Siete el caminante,
Ocho el estudiante,
Nueve el caballero,
Diez el majadero,
Once el muchacho,
Doce el borracho.

No habia vuelto Mariquilla de su sorpresa cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo voltear y darse de narices con él.

—¿Tampoco sabes, le dijo, lo que dicen las golondrinas, muger?

—No, respondió Mariquilla atónita.

—¡Vaya, que estás en Babia, tonta! Y el sábio versado en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golondrinas en su gorjeo precipitado, esa alegre

algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado, como el beso de una madre al hijo que cria, con suma ligereza se puso á decir:

Fuí á la mar, vine de la mar,
Y labré mi casa sin piedra ni cal,
Sin azada ni azadon,
Y sin ayuda de varon.
Chicurrí, chicurri,
Comadre Beatriiiiiiiz.

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudian tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía, pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad: así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fé y confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al rey: *Tu techo es el nuestro*?

—Verdad es, verdad es, murmuraba la niña; pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus labios: era el caso que un gatito negro, aprovechando los momentos de profunda abstraccion de Mariquilla, se habia apoderado de la muñeca de pan,—muñeca que, á semejanza de las buenas estátuas antiguas, aun atrozmente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por mas que aquella desconsolada Céres corrió

tras de su Proserpina, no alcanzó al negro Pluton, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la desolada madre, no debajo de tierra como el otro, sino sobre el tejado.

Este fué el triste fin de la muñeca de pan, que vivió aun menos de lo que viven las rosas, tipos de la brevedad de la existencia.

—Juan de la Cruz, dijo la buena anciana á su nieto, cuando bajó de la escalera despues de colgar la araña, ¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la cruz del pinar?

—Si, señora mae Juana, contestó su nieto.

—No se te olvide llevarle mañana una fresca, hijo, prosiguió la anciana. Mi madre era ama del cura, y le oia yo decir á su merced una relacion de la cruz, de que era muy devoto, y siempre tengo en la memoria esto que decia:

¡Oh cruz alma! oh suave
camino al cielo! ponte intercediendo
como del cielo llave......
. . . .
esos ramos estiende
y en su divina sombra nos defiende: (1)

Sed devotos á la cruz, que en todo *con ese signo vencereis*. No se te olvide la guirnalda, hijo.

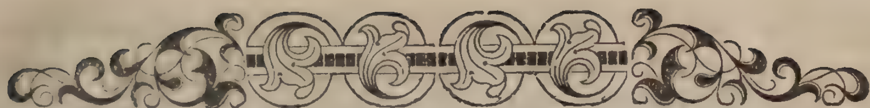
—Descanse Vd., mae Juana, respondió su nieto, que antes le faltarian al sol sus rayos que á la cruz del pinar su guirnalda.

---

(1) Lope de Vega.

Entretanto habia entrado el padre de los niños, la madre habia puesto la mesa y colocado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como sobrepuja siempre lo útil á lo agradable......

¡Magna sentencia que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Positivismo!



Hijo prudente del temor callado
Y la tiniebla muda,
Hermano del sosiego y del reposo,
A tí buscando voy por monte y prado.

Oda al silencio de Soto de Rojas.

CAPÍTULO III

Las fábricas de loza de Triana puestas en el lugar que les corresponde.—Juan Palomo y Pedro Palomo ¡qué buen par de pichones!—El silencio al revés de muchas cosas que vemos y que no tienen nombre, es un nombre sin cosa.

En la noche de aquel mismo dia, dos hombres de mala traza habian tomado posesion de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

Colgaba en la pared un candil de hierro súcio, que con unas borras de mal aceite y una espesa me-

cha que echaba un tufo negro como una chimenea de vapor, esparcía una luz amortiguada, vacilante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de un borracho arrimado á la pared; sobre la mesa habia un jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana (1) habia pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco súcio un animal apócrifo, como lo son las quimeras, arpías, memnons, el pelícano, el dragon con aliento de fuego, el hipogrifo, el fénix, la salamandra, el basilísco, el unicornio y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la imaginacion, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creacion fantástica no era bella ni elegante, y si acaso tiene esta especie algun orígen autorizado ó algun sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecia su cabeza á no dudarlo, en vista de las astas fieras que la ponian en un respetable estado de defensa, al ganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas eran de cigarron, y la bien poblada cola de caballo.—Creemos que en Triana, su pátria, se dá á este bicho sobrenatural el nombre de toro.—Si estos jarros fuesen esportados, como deberian serlo, no hay duda que aumentarian la fama que ya gozan en el estranjero Móntes, Cúchares y Redondo, si consideraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes

---

(1) Mme. Jacotot es la famosísima miniaturista, cuyo hábil pincel dá un mérito inestimable á los objetos de China de la fábrica de Sévres, que servian para los regalos régios.

mónstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena y que saltase como un cigarron! ¿Dónde ibamos á parar?

Antes de proseguir, es preciso tambien, despues de la de los productos, hacer una mencion honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sévres: ahora veremos lo que es esa antigüedad, lo que son esos pergaminos frescos en comparacion de la antigüedad y no interrumpida filiacion de las fábricas de Tríana. No pondremos como pruebas de esta remota antigüedad los mencionados animales, calificándolos de antidiluvianos, como podríamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedirnoslo: pero como tendrian el de dudarlo, traeremos pruebas mas irrefragables, pues el asunto es mas sério de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras.—Este cuadro ha pasado de Capuchinos al Museo de Sevilla, y así todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fábricas, podrá hacerlo comparando los productos de ellas que ha pintado el gran génio de Sevilla al pié de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá como son idénticos.

De esto hay doscientos años. Si Murillo tuvo la advertencia, como es de creer que la tuviese, al pintar estos accesorios, de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendian las Santas, se deducirá claramente, que esas respetables fábricas cuentan 1600 años, por lo cual tienen todo el interés de una mómia viva, y de un *statu quo* en perpétuo movimiento; y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza esta indiferencia por tal fenómeno de duracion y de inmutabilidad, en un siglo en que todo varia, todo es nuevo... hasta, y sobre todo, el modo de andar.

Triana ha visto levantarse erguidas las elegantes fábricas de Sévres, de Sajonia, de San Petersburgo, de La Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japonés, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococo, sin envidia y sin la mas mínima emulacion. Solo una taza frailera le dijo á una vacía: «*Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano.*» Así estas nobles matronas, sin cuidarse de lo Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de color, como las duquesas de aquellas época, lo estaban con su colorete, han seguido fomentando la buena casta de sus animales estrambóticos y pájaros estravagantes con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresion por parte del progreso, que sería una profanacion. El progreso, cuando pasa por estas fábricas, con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el mariscal Soult, el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos estremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones:—Soldados franceces! ¡diez y seis siglos os están mirando! (1)

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta, de los que decía el ventero á su muger, mirándolos de soslayo:

—Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! en seguida daba una vuelta por el aposento

---

(1) Recuerdo feliz de la célebre alocucion de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las pirámides de Egipto: «¡Soldados franceses, desde lo alto de esas piràmides, cuarenta siglos os están contemplando!»

en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á *soto voce* las dos primeras sentencias,—*vamos entrando, vamos bebiendo*; y sacando luego un vocejon de sochantre para acabar la segunda parte—*vamos pagando, vamos saliendo.*

Pero eran en vano los paseos y los esfuerzos que hacian los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salía.

—¡Mal haya, decía el uno dando un puñetazo sobre la mesa, ese condenado á muerte que nos tiene aquí aguardándolo mas de dos horas!

—Compadre Pimienta, dijo el otro que parecía mas cachazudo, los reyes son reyes y aguardan.

—Pues yo no soy rey y no quiero aguardar sino á la muerte, me voy...

—¿A donde? preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se habia ya puesto en pié, se volvió á sentar y dijo en tono mas templado:

—¿Tiénes grillos en los pies, que dos horas há nos tienes aquí de planton?

—No he venido antes, contestó el recien entrado, porque no he querido venir. Vamos á ver ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigía la palabra habia sido soldado de marina y baratero, y no habia valenton ni rufian que á él le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decia el ventero, gran conocedor de la especie, que eran un buen par de pichones, tenian entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenía sobre su conciencia una muerte; el otro era un presidiario fugado.

El recien llegado tendió la vista alrededor, y no ha-

llando en qué sentarse, fué á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

—No hay, contestó la mujer á la que, aquella tórtola que venia á unirse á los pichones, no hacia ninguna gracia; no hay sino dos que están en el aposento; si no le acomodan; siéntese en las astas de un toro, ó plántese en la del rey.

El maton no hizo caso ninguno de lo que decía la muger; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á la mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros dos.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se habia ido acalórando y elevándose gradualmente á disputa con los vapores del vino. Trataban á la sazon de cual de los tres sería capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aun mayores para lo sucesivo.

—Puro jarabe de pico, dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros; pongo cuanto hay que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

—Jactancia andaluza, repuso el presidiario; yo hago lo que hagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere, ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

—Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un son para que baile una gaita gallega, que le dé calentura; gritó el baratero. Y á vosotros digo, prosiguió dirigiéndose á los otros, que no haceis lo que yo.

—¿El qué? preguntó el presidiario.

—Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba,

pero no á traicion, sino como leal y valiente, cara á cara, dejándolo que se defienda como pueda y quiera.

—¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho? opinó el desertor.

—Es que este, añadió el presidiario señalando al baratero, tampoco lo haría. Jactancia, parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refran, fanfarronadas.

—¡Por el alma de mi madre! gritó el baratero furioso y levantando el brazo, ya vereis si es jactancia. Mire Vd. quien habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! por *via* del Dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó ésta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veia una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

—Vaya que eres buen cristiano, dijo al verla con mofa el presidiario.

—No soy buen cristiano, que soy mal cristiano, respondió el baratero; pero no soy impío como tú: ¿estás? Ni he ido á renegar á los presidios de los moros, ¿estás? Ni soy herege, ni soy judio, ¿estás? Acato la cruz, que eso lo mamé con la leche de mi madre, Dios tenga su alma, y el demonio la mia, si no hago callar, y por mas tiempo de lo que quisiera, al que á esto tenga que decir, ¿estás?

¡Qué contraste formaba aquel aposento súcio con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada atmósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias, con la fresca, pura y tranquila noche de mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en calma como una fiera no

acosada, reposaba en silencio mirando al cielo como para aprender de él á no agitarse, lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra; formaba la mar así tranquila y contemplativa tan mágico espejo á la luna, que le daba el brillo que en el cielo no tenia. Suaves olitas venian como escondidas á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se habia apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo de un agitado enfermo.

Oíanse mil susurros indistintos y leves, que son quizás cantos de las flores; ecos que suenan en las concavidades de los alóes ó pitas, el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que no obstante no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones de la noche que duerme;—pero rumores todos demasiados ténues para que puedan discernirlos nuestros toscos oidos.—¿O será que resuena en el aire el ruido del dia desde el otro hemisferio? puede que así como ha inventado el hombre el microscopio, que aumenta para la vista un millon de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oido, que aumente un millon de veces la fuerza de los sonidos, y entonces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.—¡Dios mio! ¿Qué soberbio y necio materialista inventó la palabra *imposible*? ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el autor de tanta maravilla? ¿*Imposible* decís, topos de la tierra, cuando solo la combinacion de algunos vídrios, que aumentan vuestra facultad de ver corporal, os lanza un mentís á la cara?—Nada imposible hay para el poder de Dios, ni otro diluvio, ni hacer caer el fuego del cielo sobre toda la tierra como en

Sodoma y Gomorra, así como nada imposible hay para su misericordia, ni aun el convertiros; y creed que el dia en que volvais á la casa paterna, todos los fieles os recibirémos, no como los Fariseos, que no querian rozarse con los impuros, sino como el padre del hijo pródigo, y os darémos un lugar de preferencia, pues mas habreis hecho en volver que nosotros en no salir.

Solo se oia distintamente el chirrido del grillo que partía el silencio de la noche como una sierra.

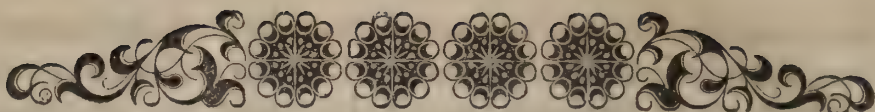
¿Por qué cantan en lugar de dormir esos desvelados? ¿por qué es tan incansable su furor filarmónico? —¿Es solo en ellos una espresion de amor, ó están dotados del sentido musical? ¿son amantes, ó son *dilettanti*? ¿ó son acaso, como los muchachos, enemigos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposicion la cierta, porque el silencio y la inocencia, que son las dos cosas mas bellas que en el mundo se pueden hallar, son tambien las dos que tienen mas enemigos y perseguidores.

¿No habeis notado con nosotros el inesplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico, y no habeis observado tambien cuán difícil y casi imposible es llegar á disfrutarlo? Podeis creernos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, la calma inalterable en el corazon, son goces rarísimos: del primero solo disfrutan los sordos; de la segunda solo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero, los filósofos tras la segunda, los alquimistas tras el oro artificial, todos con poquísimo éxito.—De las ciudades, esos hormigueros de toda clase de hormigas y hormigones, huye el silencio por verse poco apreciado; en el campo algo se detiene, apesar de que lo acosan de mancomun los pá-

jaros, que cada uno de por sí se cree un ruiseñor, el insecto que prefiere el monótono recitado al variado canto, el viento que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los cangilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz. Hémosle buscado en alta mar en dias de calma chicha, nada. Si no lo creeis, vosotros que teneis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo, ni vuestra persona á la mar, lo que es otra diablura, preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir como los pájaros, y confiando en sus alas, no temen las distancias, y confiando en su estrella, no temen los peligros; ellos os dirán que en tales dias, á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado al que Dios se olvidó de dar cuerda, á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbanquis, y despues de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo.—El barco, cansado de su forzoso *far niente*, se inclina y espereza, crujiendo sus coyunturas como las del rey don Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timon, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.—Hemos buscado con mucho afan y con preferencia el silencio en las iglesias, pero tambien allí una legion de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él.—Me objetaréis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron gemelos, la noche y el silencio; cosas de poetas, que sueñan despiertos y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las ideas; y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á son de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afan con que buscan un postigo mal de-

fendido ó una brecha al mosquitero de gasa, ese murallon, esa trinchera inespugnable?—Esto en verano:¡ pues y en invierno! ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las Pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de dia.—Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolía*, acuden á la moderna *desesperacion* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora.—Las gotas de lluvia de los aguaceros, parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista. Es pues preciso desengañarse: el silencio es un *nombre sin cosa*; una dulce ilusion irrealizable, una útopia, soñada por un Platon que se metió algodon en los oidos; una delicia que inventó Mahoma para su paraiso imaginario, y por eso dice en su Coran que *la palabra es plata y el silencio es oro.*—Es el silencio un sueño, un mito, una superesticion; ha huido de la tierra con hastío, y reina en las nubes, adorable sultan en su puro y delicioso serrallo.



Laissons les cloches rassembler les fideles, car la voix de l'homme n'est pas assez pure pour convoquer au pied des autels, l'innocence, le repentir et le malheur.

CHATEAUBRIAND.

Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante para convocar al pié del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al infortunio.

Si les cloches eussent été atachées á tout autre monument qu'á des églises, elles eussent perdu leur sympathie morale avec nos cœurs.

IDEM.

Si las campanas se hubiesen adaptado á cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones.

CAPITULO IV.

La misa de alba.—El romance.—El pinar.—El brazo de la Cruz.—El Ex-voto.

Si existe un sonido que vaya en derechura al corazon, que llene el alma de santa alegría y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de la campana cuando al alba, ágil y clara ella sola en

el *duerme y vela* de la naturaleza, hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensageros del culto á las nubes y á los vientos.*

Grandioso es el son de bronce de las campanas, cuando en coro replican á una solemnidad religiosa, ó anuncian un fausto evento al pais; grave y solemne es cuando, segun la espresiva frase popular, *llama al muerto á la tierra*; pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando toca la misa de alba, anticipando á toda faena humana el divino sacrificio!

—No parece sino que no quiere irse la noche sin haber oido aquellos santos y suaves sonidos, y que el dia no se atreve á llegar sin que ellos lo llamen; asi es que se está el alba muda, inmóvil y pálida como una lámpara de alabastro, alumbrando á la naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, mientras la noche, apoyada en el occidente, estiende sus velos que caen pesados de rocío, y anima á sus sombras que desmayan y caen por tierra.—Pero cuando se despierta el corazon del mundo (esto es, el hombre que piensa y siente) son sus primeros latidos, los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño, la voz de *padre.* Entonces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la naturaleza cuando ningun nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre cuando ninguna duda fria y amarga la oscurece. Santos y puros sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *hosana*, que entonan los án-

geles del cielo á su Dios, ¡qué melodiosos son, qué pacíficos y qué dulces y alegres!—Y lo son porque todo eso promete la religion al que la ame y la practique: paz, dulzura, alegría y melodías santas en el corazon.

Con estas salía Juan de la Cruz aquella madrugada de la iglesia, en la que habia oido la misa de alba, y al dirigirse hácia la cruz del pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel santo signo de nuestra redencion.

Iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la Iglesia
El misterio sacrosanto,
Cuando hallara Santa Elena
Aquel signo consagrado,
Que es el terror del infierno
Y consuelo del cristiano,
Salid á coger las flores
Que nacen en nuestros prados,
Tejed con ellas guirnaldas
Y vestid la cruz de ramos.
Cantad con el avecilla
Que hace su nido en el árbol
Load al que nos crió
Y que murió por salvarnos.
Coged, cristianos, la flores
Y vestir la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De está mañana de Mayo.
Aquel divino trofeo,
Como pronóstico santo,
El invicto Constantino

Miró en el cielo estampado,
Y Santa Elena llegó
A los lugares sagrados
A descubrir el tesoro
Que salvó al género humano,
Y halló el lugar escondido
A donde estaba encerrado
Aquel diamante del cielo
Perdido por tiempo tanto.
  Cantad loores á la cruz,
Salid por vegas y campos,
Coged las flores mas bellas
Y vestid la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de Mayo.

Seguia la vereda derecha y blanca abierta entre la espesa maleza como una raya en una crespa cabellera, que guiaba á la Cruz del pinar. Ya la distinguía sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la cruz, ya veia á esta con sus brazos abiertos como para implorar á Dios, ó como para abrazar á los hombres; ya miraba la guirnalda que anteriormente habia colgado en sus brazos con sus mustias flores, como si las hubiesen ajado las lágrimas y marchitado el dolor; ya oia el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave que siempre parece lejano como una dulce y remota esperanza, tan melancólico como un recuerdo de lo que dejó de existir, indeciso, vago, indistinto como el primer *si*, que arranca el amor autorizado á la vírgen tímida, criada en el rádio de la mirada de su madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda,—cuando de repente vió salir del

pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—¡Atrás! le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia"

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista, y no teniendo ningun interés en esponer su vida para resistir á un foragido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance en que habia mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexion, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un espontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pausadamente su camino.

—¿No me has oido? dijo ásperamente el provocador agarrando al inofensivo y desarmado jóven por un brazo.

Vamos, repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apreton del desconocido, ¿á qué me provocais? ¿Acaso os estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

—¡Atrás! volvió á decir el forastero.

—Id con Dios y dejadme en paz, repuso Juan de la Cruz, dando un paso adelante.

—¡Atrás! gritó por tercera vez el provocador, y si nó, defiéndete, añadió apuntándole con su escopeta, puesto que ó te vuelves atrás ó te dejo en el sitio.

Juan de la Cruz, ligero y ágil, se echó sobre su adversario, le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho antes que pensado. El baratero, pues era él, se quedó un momento suspenso y atónito de sorpresa y de rabia.

—¿Esas tenemos? murmuró sacando su navaja; ¡chiquillo, prepárate! defiéndete, y encomienda tu alma á Dios.

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz; este se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso; pero siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y enredándose sus pies en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando consigo á su implacable antagonista en su caida. Este, sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podía ya hacer resistencia, y levantando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su accion, un objeto de mas fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos, y que no habia cual estos cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caida víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrjentas miradas lleno de rabia en este objeto... y..... no pudo apartarlas de él; los músculos contraidos de su rostro se dilataron, sus miradas parecieron retroceder hácia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes á sus costados. Aquel objeto que habia estendido un brazo protector sobre el pecho del inocente, era... ¡una cruz!

—Bien puedes dar gracias á Dios, dijo el asesino levantándose, por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente y desapareció en el pinar.

La cruz que salvó á su devoto habia sido erigida, segun la piadosa costumbre de nuestro pais, en aquel lugar, porque allí había sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habian crecido despues, habiàn ocultado la humilde cruz de madera.

—Algunos momentos despues colgaba Juan con mano aun trémula y agitada la fresca guirnalda, que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la cruz del pinar, y hacía voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvacion por ella, conservándola espuesta en un cuadrito, que como testimonio de su fé y gratitud suspendería en el altar de la Cruz para edificacion de las almas piadosas.

—¡Y este era el *ex-voto* que tanto habia escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fé y de la gratitud era de la que decian los que *nos quieren convertir*.

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido, respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, *sir*.

—Una profanacion, *dear*.

Y ahora, despues de comparar el hecho católico con la interpretacion protestante, ¿habrá entendimiento de buena fé, ni corazon sano que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: «*¿por qué ellos enferman y yo no enfermo? ¿Por qué ellos se queman y yo no me quemo?*

FIN.

NOTA.

Por una singular coincidencia mientras se imprimía esta narracion, han traido los diarios de Madrid copiada del *Diario de Tolosa*, la relacion de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se halla el siguiente párrafo.

Hace unos dias que anunciamos la estradicion de Francia del llamado Juan Dastrada, acusado de asesinato.

Hé aquí segun el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crímen.

Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la estrema frontera de Cataluña en un sitio aislado. En aquel parage apenas se detenía alguno que otro pasagero. Juan, que era jóven y tenia una fisonomía agradable, se habia enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella por su parte le amaba tambien, pero los padres no consentian en la boda, pretestando la pobreza del novio.

Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenía esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los padres de la que amaba.

En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando oyó que llamaban violentamente en la puerta de su posada solitaria.

Era un hombre á caballo que, perdido en aquellas breñas y acobardado con el temporal, pedia hospitalidad por aquella noche. Juan lo recibió, encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

Mientras se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo trage indicaba ser un opulento personaje, tenia oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

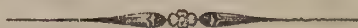
La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viagero que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detrás, le dió una navajada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

Juan quiso rematarlo, pero el arma tropezó con un Crucifijo que el extranjero llevaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redencion tan venerado en España hasta por los hombres mas criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor y no osó consumar el asesinato.

ÍNDICE

DE LOS CUADROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.



Páginas.

